


SERIE LOS JEFES: LIBRO UNO

LA JEFA

— VICTORIA QUINN —



*Ya
estoy
al
mando*

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

LA JEFA

BOSS #1

VICTORIA QUINN

TATUM

LOS RASCACIELOS de Manhattan resplandecían bajo el reluciente sol, que asomaba por el horizonte. Mi despacho estaba orientado hacia el oeste, por lo que podía ver el sol ponerse en el horizonte y desaparecer durante los atardeceres invernales.

Mi mano se movía sobre el documento que estaba corrigiendo, llenando el silencio de la oficina con el suave rasgar de la punta del bolígrafo contra el grueso papel. A veces me apetecía disfrutar de un silencio sepulcral y centrarme en el trabajo con tal disciplina que podría cortar el silencio sólo con la punta del bolígrafo. Y otras veces, como aquel día, me apetecía escuchar música tranquila.

Cogí el mando, pulsé un botón y la voz de Frank Sinatra llenó la sala.

La pared trasera de mi despacho estaba formada por ventanales que iban del suelo al techo, y mi escritorio blanco hacía juego con las estanterías de ambos lados. La madera oscura que había bajo mis pies estaba cubierta por una alfombra gris, y había dos sillas azules con reposabrazos delante de mi escritorio, con una mesita de café blanca en el centro.

No era oscuro y siniestro, como la mayoría de los despachos en los que había estado. Mi objetivo no era intimidar a los posibles clientes y socios, sino mostrarles el estilo y la elegancia que me gustaban. Siempre había un jarrón de flores en la mesita de café.

Era un lujo sin el cual no podía vivir.

La puerta de mi oficina se abrió, pero no aparté la vista de lo que estaba haciendo porque sabía exactamente de quién se trataba.

Jessica entró y puso la taza de café y el platillo en el borde de mi escritorio. Sobre el plato blanco descansaba una cucharilla de metal, que tintineaba por sus movimientos temblorosos. O bien estaba sufriendo un subidón de cafeína o simplemente estaba nerviosa.

Puesto que aquella era su primera semana, sabía de cuál de las dos opciones se trataba.

—Aquí lo tiene, señorita Titan. —Me acercó más la taza, derramando una gota sobre la madera blanca—. Ay, Dios mío, lo siento mucho. —Dio toquecitos con una servilleta para limpiarlo.

—No pasa nada. —Sonreí con la mirada baja. Recordaba mi primer día de trabajo: yo había estado igual de nerviosa que ella. Antes de perder el hilo, terminé lo que estaba haciendo y dejé caer el bolígrafo plateado, que tenía la anchura perfecta para mis finos dedos.

Entonces me fijé en el color lechoso del café.

Jessica acababa de darse la vuelta para volver a su escritorio.

—Jessica —la llamé para que volviera, sin alzar la voz.

—¿Sí, señorita Titan?

—Llámame Titan. —Decir una palabra en vez de dos ahorraría tiempo cada vez que quisiera dirigirse a mí. Mi nombre rara vez lo pronunciaba alguien, sólo aquellas personas que cruzaban la línea de mi círculo íntimo. E incluso entonces, solían utilizar un apodo.

—Ah... Lo siento. —Hizo una mueca, cerrando las manos en puños por su propia estupidez.

—No pasa nada, Jessica. Estas cosas llevan tiempo. —La miré a los ojos y sonreí—. Tomo el café solo y con dos azucarillos. —Le acerqué la taza, deslizándola por la madera con relieve hasta que quedó accesible para ella.

Se percató de su tercer error e hizo otra mueca.

—Claro. Debo de haberme confundido con... —Su voz se fue apagando, incapaz de encontrar una excusa para su falta de atención—. Ahora mismo lo arreglo.

—Gracias.

Cogió la taza y el platillo, respirando con más fuerza de la necesaria. Parecía que fuera un soldado en el ejército y yo su sargento instructor. Temía cometer hasta el más mínimo error, por si aquello le costaba diez flexiones.

—¿Puedo darte un consejo, Jessica?

—Claro. —Se acercó más el plato, en posición firme y atenta, con los ojos clavados en mí. Los tenía más grandes de lo normal, lo que le daba un aspecto de sorpresa permanente a su rostro.

—No pasa nada por cometer errores. —A lo largo de mi vida, había aprendido más de mis fracasos que de mis éxitos. Cuando lograba un objetivo, no había nada que ganar con ello. Pero mis fracasos siempre me llevaban a éxitos mayores con el tiempo. Los fracasos son momentos que se quedan con uno, los que hacen que las personas pierdan el sueño—. Pero nunca hay que repetirlos.

Me hizo ver que lo comprendía con una breve inclinación de cabeza.

—Les doy dos semanas a los empleados nuevos para que aprendan cómo funcionan las cosas. Así que respira hondo y relájate. Cuantas más vueltas les des a las cosas, más errores cometerás. Ten confianza, nada más.

—Claro —dijo entrecortadamente—. Supongo que... Bueno, no importa.

—¿Qué? —Los comentarios y las preguntas imprecisos me irritaban. Me gustaba que las conversaciones fueran claras y concisas. Si daban pie a interpretaciones incorrectas, se acababa perdiendo tiempo. Y no había nada que odiara más que perder el tiempo.

—Que me siento intimidada por ti, Titan. —Finalmente, rompió el contacto

visual entre nosotras—. Mucho.

—¿Sabes lo que hago yo cuando me siento intimidada por alguien?

Dejó escapar una risita involuntaria.

Yo levanté una ceja.

—Ah... No estás bromeando.

Bajé la ceja y contuve la pequeña sonrisa que pujaba por aparecer en mis labios.

—Les doy una razón para que se sientan intimidados por mí. Así que, Jessica, adelante.

HABÍA TENIDO TRES REUNIONES, había comido y ahora estaba revisando los correos electrónicos e ignorando el resto de la semana. El trabajo no se detenía nunca y, por desgracia, yo tampoco. Había una reunión en el club ese sábado y tenía que asegurarme de aparecer por allí. Después de unas copas, acabaría en la pista de baile. Y cuando pasaba la noche en una pista de baile, siempre me lo pasaba bien.

Jessica llamó con los nudillos a la puerta de cristal antes de entrar en mi despacho.

—Titan, tengo a la ayudante de Diesel Hunt al teléfono.

Conocía a Diesel Hunt, no en persona, pero sí por su reputación. Era uno de los muchos multimillonarios de la ciudad, aunque sin duda se trataba del más joven. A sus treinta y cinco años, acumulaba una cantidad de riquezas con la que la mayoría de la gente no podía ni soñar. Era despiadado, frío y decidido.

Lo respetaba.

Jessica continuó hablando cuando supo que yo estaba escuchando.

—Quiere concertar una reunión.

Nunca había conocido a Diesel Hunt, y nuestros negocios no tenían nada en común. Fuera lo que fuera lo que quisiera de mí, me resultaba un misterio.

—¿De qué se trata?

—No me lo ha dicho.

—Pues entonces tienes que preguntar, Jessica. Cuando me presentes información, quiero todos los hechos en el momento.

—Claro, Titan. Eso está hecho. —Empujó la puerta de cristal para cerrarla y se alejó.

Tenía cuatro ayudantes y cada uno de ellos se ocupaba de asuntos diferentes. Uno se encargaba de mi horario, otro del transporte, otro de gestionar mi agenda personal y el último hacía un poco de todo.

Jessica volvió cinco minutos después.

—Dice que Diesel Hunt quiere hablar de una oportunidad de negocios

contigo.

Sin conocer el sonido de su voz, podía sentir su arrogancia. ¿Acaso yo parecía ser alguien que necesitara una oportunidad de negocios? El día no tenía suficientes horas para que yo abarcara a gestionar mi propio imperio. Expandir mis negocios con otra persona no encajaba con mis intereses financieros. Como si fuera un lobo solitario, lo hacía todo sola.

—Dile que no.

—¿Que no? —preguntó.

—Sí. Dile que no estoy interesada.

—Eh... —Sostuvo la puerta abierta con la palma de la mano, y la pulsera de plata tintineó suavemente contra el cilindro plateado que iba de arriba abajo y hacía las veces de pomo. Mi oficina era moderna y abierta, con paredes de cristal que dividían a los trabajadores entre sí, dándoles silencio para las llamadas telefónicas, pero no mucha privacidad—. ¿Quieres que le diga eso a Diesel Hunt?

Contuve la irritación que sentía por su indecisión. Diesel Hunt tenía una importante reputación que llegaba hasta la última persona de la ciudad y, tal vez, del país. Era un hombre con una gran fascinación por los coches y las mujeres, como todos los demás hombres ricos. No escuchaba la palabra «no» muy a menudo.

Pues era una lástima.

—Sí, dile que no estoy interesada.

Transcurrieron dos segundos y se marchó.

PASÉ y entré en el espacioso ático de lujo con vistas al río. Las ventanas tintadas no ocultaban la sobrecogedora imagen del sol desapareciendo de la vista del mundo.

—Soy yo.

Thorn estaba sentado en el sofá del salón, de espaldas a mí. Sostuvo el vaso en alto para saludarme.

—Tengo tu copa justo aquí, con cáscara de naranja y una cereza. —Agitó el vaso, y el hielo dio vueltas en el interior junto con el oscuro *bourbon*.

—Y mi atención también la tienes. —Tomé asiento junto a él y crucé las piernas. Le arrebaté el vaso de la mano y di un buen trago, acabándomelo como si fuera agua en vez de *bourbon*.

Con un traje azul marino y una corbata a juego, Thorn estaba sentado con una pierna cruzada. El tobillo descansaba sobre la rodilla opuesta, y el immaculado traje no tenía ni una sola arruga. Planchada por profesionales, su ropa rezumaba un poder perceptible. Se llevó el vaso a la boca y se lo acabó.

Cuando terminó, se lamió los labios.

—No entiendo tu fascinación por estos cócteles. Son demasiado fuertes y demasiado dulces al mismo tiempo.

—¿En serio? —Di otro sorbo—. A mí me parece que no son lo bastante fuertes.

—Te lo habría preparado doble, pero no estaba seguro de si vendrías conduciendo el Bugatti.

—No. Me ha traído el chófer.

—En ese caso, el próximo te lo preparo triple. —Apoyó el brazo sobre el respaldo del sofá, ocupando el doble de espacio del que necesitaba.

Me quité los tacones y me pasé los dedos por el pelo, ya sin necesidad de hacerme la fuerte, como hacía constantemente ante el resto del mundo. Thorn me había visto en mis mejores y en mis peores momentos. Los secretos no salían de nuestro escondrijo.

—¿Tienes algo para mí?

—Ya me conoces. —Con una mandíbula cincelada y unos ojos preciosos, me miró con una ligera sonrisa, como si tuviera algo divertido que contarme—. Se rumorea que la nueva empresa de Bruce Carol es un gran error.

—¿De verdad? —Mantuve los dedos sobre el vaso, dando golpecitos sobre la condensación—. Pues yo he oído lo contrario.

—Está sacando a los relaciones públicas para que parezca un éxito, pero yo he visto las cuentas.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros.

—Yo digo el pecado, pero no el pecador. Ya lo sabes.

Lo sabía. Demasiado bien.

—¿Es definitivo?

—Sin duda. Le doy seis meses.

—¿En serio? —Me acerqué las rodillas al cuerpo y me giré para mirarlo.

—En serio. —Ahora esgrimía su sonrisa infantil; parecía más un amigo de la infancia que un socio de negocios adulto—. Ha invertido más de lo que debería y sus otros negocios tampoco van tan bien. Es sólo cuestión de tiempo.

—Sabes que no me interesa comprar otros negocios y reinventarlos.

—Pero esto es sólo quedarse con la pasta —dijo—. Reúnete con él en privado y encuentra el precio adecuado. Podrías hacerte con ello antes de que llegue al mercado.

Entrecerré los ojos porque aquello despertó mi interés. Para mí el dinero no era lo más importante, pero las buenas gangas sí me interesaban. Como si fuera una enfermedad, aquello me consumía. Si se trataba realmente de una buena

oportunidad de negocios, la quería.

Las quería todas.

—Qué ironía. —Di otro trago hasta que el vaso quedó vacío. Lo volví a depositar en la mesita, sintiendo cómo el calor me quemaba la garganta y el estómago al descender. En cuanto tenía una bebida fuerte dentro del cuerpo, podía pensar incluso con más claridad de lo normal—. Diesel Hunt se ha puesto hoy en contacto con mi oficina. Quiere hablar de una oportunidad de negocios.

—¿De verdad? —Thorn ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos—. No hace negocios con nadie.

—Lo sé.

—Y eso sólo puede significar que quiere comprarte algo.

—Eso es lo que he deducido yo también. —Thorn y yo éramos una sola mente. Eso explicaba nuestra estrecha conexión, el vínculo que compartíamos y que iba más allá de nuestra relación empresarial.

—¿Cuándo te vas a reunir con él?

—No lo voy a hacer.

Mantuvo el vaso pegado al pecho, con los ojos clavados en mí con absoluta atención.

—¿Que no lo vas a hacer? ¿Eso qué quiere decir?

—Que le he dicho que no.

Toda su seriedad se desvaneció, y no le quedó nada más que una sonrisa que poco tardó en convertirse en una carcajada.

—¿Le has dicho que no?

Asentí brevemente.

—¿A Diesel Hunt?

Volví a asentir.

Finalmente, dejó que la risa le saliera del pecho.

—Tío, eso no le habrá gustado ni un pelo. La palabra «no» no entra en su vocabulario.

—Pues ahora sí. Parece que habrá aprendido algo.

Se rio de nuevo antes de dar un trago.

—Dudo que eso sirva para detenerlo. Cuando quiere algo, lo consigue.

—Bueno, cuando yo quiero algo, también lo consigo.

—A lo mejor ha encontrado la horma de su zapato. ¿Sigues siendo tú la ponente principal este viernes?

—Sí. —Me pasé los dedos por el pelo una vez más, sintiendo la suavidad que se prolongaba hasta mis hombros.

—Puede que esté allí.

—Los hombres como Hunt no asisten a las conferencias de negocios. Yo

sólo voy a hablar por hacer un favor.

—Puede que vaya si sabe que estarás allí.

—Bueno, lo mantendré vigilado. Aunque no estoy segura de qué aspecto tiene.

—¿Cómo es posible que no sepas qué aspecto tiene? —preguntó Thorn con incredulidad.

—Porque he estado demasiado ocupada dirigiendo un imperio como para preocuparme por la apariencia de mis competidores.

Apoyó el brazo en el respaldo del sofá, sosteniendo su vaso ya vacío.

—Pues por muy ocupado que esté él, estoy seguro de que se ha tomado cinco segundos para preocuparse por la tuya.

DIESEL

NATALIE ENTRÓ en mi despacho con unos tacones altísimos. No tenía un código de vestimenta para mi edificio, pero les pedía a mis ayudantes que siempre fueran de negro. El color combinaba con las paredes grises de aquella planta, al igual que con mi oficina.

—Señor, la ayudante de Titan ha dicho que no está interesada.

¿Que no estaba interesada?

¿Qué clase de respuesta era aquella?

Sentí cómo se me tensaban automáticamente los músculos de la mandíbula. Me pasé la palma de la mano por el mentón de inmediato para ocultar aquel gesto. Ya empezaba a asomar una barba incipiente que me oscurecía el rostro, a pesar de que me había afeitado aquella mañana. Mi molestia no se debía a que tuviera el ego por las nubes; era simplemente sorpresa.

A mí nadie me decía nunca que no.

—Comunícame con ella directamente.

Natalie asintió, mostrando su comprensión, antes de salir de mi despacho.

Me quedé mirando el teléfono mientras esperaba a que sonara. Había dejado un correo a medias, pero ya se me había olvidado. El móvil se iluminó con un mensaje de Pine, pero fue relegado de inmediato a otra zona distinta de mi cerebro, donde almacenaba todas las cosas sin importancia.

El teléfono sonó.

Lo cogí y oí a Natalie a través de la línea.

—Tengo a Diesel Hunt en espera para hablar con la señorita Titan. —Su voz femenina transmitía un ligero atisbo de urgencia.

La ayudante de Titan vaciló, y su falta de confianza dejó entrever que era nueva.

—Disculpe, ¿tiene cita...?

—A mí no me hacen falta citas. —La pantalla del teléfono móvil se me llenó de diez correos diferentes a medida que mi vida seguía su curso. Había detenido mi mundo para realizar aquella llamada, y no me gustaba que me dijeran que debía esperar.

La ayudante de Titan hizo una pausa de nuevo.

—Eh... Un momento, por favor.

Natalie se retiró de la conversación.

Yo me quedé allí sentado durante un minuto completo.

Un puto minuto eterno.

Nadie me había hecho esperar tanto por nada, jamás.

La señorita Titan estaba jugando con fuego en aquellos momentos.

La ayudante de Titan retomó la conversación, y me decepcionó oír su voz.

—¿De qué se trata?

¿Aquello era una broma?

—Me gustaría hablar con ella sobre la oportunidad de negocios que he mencionado.

—Necesita que sea usted más específico.

Apreté los dientes entre sí.

—Cuando se ponga al teléfono, seré todo lo específico que quiera.

—LO SIENTO, señor Hunt. La señorita Titan no está interesada en propuestas no solicitadas en este momento. Agradece su llamada y le transmite sus mejores deseos.

¿Propuestas no solicitadas?

¿De qué cojones hablaba?

—Pásame con...

—Que tenga buen día, señor. —Y colgó.

Me colgó a mí.

A mí.

CUANDO LA CAMARERA dejó nuestras bebidas, la falda se le levantó y su ropa interior quedó expuesta para que yo pudiera verla.

Sin duda alguna, había sido intencionado.

Pero no miré. No me impresionaba cuando una mujer dejaba todo a la vista para atraer mi atención. La sutileza era atractiva. El desnudo descarado no lo era. Quería a una mujer que me deseara, no que se lanzara sobre mí sin una pizca de clase.

Los ojos de Pine la siguieron mientras se alejaba, dejándonos en nuestro reservado del club. La iluminación era tenue y la música alta. Había mujeres y parejas bailando en la pista, y la gente se acababa las copas como si fueran agua. Pine estaba sentado con una mujer a cada lado, rodeándoles los hombros con los brazos. Mike se encontraba en la misma situación.

—¿Qué te pasa?

Volví la mirada hacia Pine.

—No me pasa nada.

—Una mujer atractiva acaba de enseñarte el culo y ni siquiera se lo has mirado.

—He visto muchos culos bonitos.

—Y pareces horriblemente solitario ahí sentado tú solo. —Apartó el brazo de la rubia y la acercó a mí—. Ahí tienes. Mucho mejor.

Yo tenía el brazo apoyado en el respaldo del sofá, pero no me incliné hacia ella. No necesitaba a Pine para conseguir una chica, y desde luego no quería a una chica que él ya hubiera reclamado para sí. Las sobras no eran excitantes.

—He intentado hablar con Tatum Titan hoy. No he conseguido que se ponga al teléfono ni dos segundos.

—¿Tatum Titan? —preguntó, sabiendo perfectamente de quién se trataba—. ¿En serio?

Asentí.

—Mi ayudante ha intentado organizar una reunión con ella dos veces. Ha dicho que no está interesada.

—¿Es estúpida?

—Pues la he llamado yo mismo... y ni aun así he conseguido que me prestara atención.

Pine silbó por lo bajo.

—Hostias... Pues eso debe de haberte cabreado mucho.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Ves? Tenía razón.

—No entiendo a esa mujer. Tiene un negocio en quiebra y quiero comprárselo. Si no fuera tan terca, escucharía mi oferta.

—Al parecer no quiere una oferta.

Debería querer cualquier oferta que yo le hiciera. Di un trago a mi copa y examiné el club, observando a las preciosas mujeres con vestidos ajustados y tacones. Aquella noche podría irme a casa con alguien o no hacerlo. Lo cierto era que me daba bastante igual. Cuando tenías demasiado de algo, se volvía anodino y obsoleto. Había pasado mucho tiempo sin que mis sentidos cobraran vida. Era la misma rutina todos y cada uno de los días. Llevaba una vida acelerada, pero avanzaba a tal velocidad que en realidad me daba la sensación de ir despacio.

—Y ahora ¿qué vas a hacer?

—¿Por qué iba a hacer algo? —Noté que la rubia se aproximaba más a mí y me ponía la mano en el pecho. No la aparté, pero tampoco la atraje hacia mí.

—Porque te conozco, Hunt. No paras hasta conseguir lo que quieres. Y el hecho de que esa mujer se niegue a darte algo... sólo hace que lo desees más.

Lo único que sentía por aquella mujer era puro enfado. Ni siquiera me importaba tanto su empresa. Simplemente había visto una posibilidad de ganar dinero fácil y había decidido ir a por ella. Había dado por sentado que cualquiera se alegraría de deshacerse de un negocio que estuviera fracasando. Su respuesta fría e indiferente me había sorprendido, porque nunca antes había sido testigo de algo así. Pero ahora quería su empresa todavía más... sólo para demostrarle que

no debería haberme rechazado tan a la ligera.

—Va a dar una charla en la Conferencia de Coalición Empresarial el viernes.

—¿De verdad? —Ya estaba pensando en asistir.

—Sí. Y espero que lleve falda porque está buenísima. Tiene las mejores piernas que he visto en mi vida.

Sus piernas no podrían importarme menos.

—Y tiene un culo que alucinas —siguió Pine, a pesar de que ya tenía una chica a la que llevarse a casa.

Que fuera guapa o no era irrelevante. Lo único que quería de ella era realizar una adquisición.

—¿Dónde la has visto?

—Tuvo una reunión con mi padre hace más o menos un año. Yo estaba en la oficina cuando pasó por allí. Mi padre dice que es la persona más inteligente que ha conocido nunca... Y eso es mucho decir porque según él todo el mundo es idiota, yo incluido.

Miré hacia el bar, pero no centré mi atención en nada en particular.

—Es la mujer más rica del mundo... Impresiona bastante.

¿La mujer más rica del mundo?

—Está en el número once en la lista Forbes. Sólo unos puestos por debajo de ti.

Hasta ese momento, no sabía nada sobre ella aparte de su nombre y poco más. Mi interés había aumentado cuando creí que podría sacar provecho de su producto existente. En el fondo, yo sabía que estaba impresionado, pero hice lo posible por no demostrarlo.

—Así que supongo que no me sorprende la forma en que ha pasado de ti. Probablemente tiene mucho ego.

Me sorprendería que no lo tuviera.

—¿Y si...?

—¿Viste el partido de los Yankees anoche? —Ya bastaba de hablar de Titan. Ya había ocupado mis pensamientos lo bastante aquel día.

MI CHÓFER se detuvo delante del hotel y me abrió la puerta.

En cuanto salí, la gente empezó a sacarme fotos con los teléfonos. Un reportero se inclinó hacia mí, poniéndome una grabadora delante de la cara.

—¿Qué será lo siguiente de Hunt Auto?

Llevaba toda mi vida haciendo aquello, así que me tomé tanta atención con calma. No sonreí abiertamente, pero mostré una expresión cordial. Levanté la mano a modo de saludo y continué caminando, deshaciéndome de ellos sin parecer un capullo mientras lo hacía.

Pasé al interior y me abroché la pechera del traje. Varios pares de ojos se clavaron en mí de inmediato, reconociéndome al instante. La mayoría de las personas que había allí eran aspirantes a empresarios, y había algunos veteranos. Estreché la mano de varios hombres y continué avanzando.

La ponencia principal se celebraba en el salón de actos, y yo me colé justo mientras hacían su presentación.

—Como propietaria principal de una de las empresas de belleza y cosmética más grandes que existen, Tatum Titan es la mujer más rica del mundo, con un patrimonio neto de cuarenta y cinco mil millones de dólares. Fundó su primera compañía a la edad de quince años y desde entonces su presencia no ha hecho más que aumentar en el ámbito empresarial. Con una poderosa influencia en los negocios, ha invertido sus intereses en mercados extranjeros, así como en energías limpias aquí, en Estados Unidos. Su empresa, Illuminance, es la primera compañía energética que ha creado paneles de energía solar en el exterior de los edificios, permitiendo que los hogares prescindan de los tejados con paneles solares a favor de un módulo exterior. Además, las investigaciones realizadas por su empresa han logrado que la energía solar sea más asequible que las fuentes de energía tradicionales. Demos la bienvenida en el escenario a la señorita Titan. —El hombre aplaudió antes de alejarse del estrado, cediéndole todo el escenario.

El público se unió a los aplausos con fervor.

Mis ojos se desplazaron por la parte baja de las escaleras hasta que la encontré. Con unos tacones de aguja de trece centímetros, subió las escaleras sin sujetarse al pasamanos para mantener el equilibrio. Los músculos de los gemelos se tensaban con sus movimientos, y sus piernas esbeltas y tonificadas se veían largas y exquisitas. La falda de tubo que llevaba se ajustaba perfectamente a su cintura, acentuando las curvas femeninas de su cuerpo.

Cuando llegó a la parte superior, caminó hasta el estrado y apoyó las manos en la superficie. Su postura era perfecta, con los hombros hacia atrás y la cabeza bien alta. No bajó la vista ni una sola vez, manteniendo la mirada fija en la multitud que tenía delante, sin miedo.

Llevaba una camisa de un intenso azul marino metida por dentro de la falda. Tenía todos los botones abrochados y la tela se extendía sobre la curva de sus pechos. Su piel era bronceada, oscurecida por el sol. Para ser alguien que pasaba la mayor parte del tiempo trabajando, resultaba evidente que también disfrutaba del aire libre. Llevaba el cabello, una cascada de mechones oscuros, ondulado y brillante. Sólo un modesto maquillaje le adornaba el rostro, justo lo suficiente para resaltar sus rasgos sin sobrecargarlos.

Me vi obligado a estar de acuerdo con las palabras de Pine.

Era exactamente como él la había descrito.

Mis ojos recorrieron su cuerpo y desconecté de todas y cada una de sus palabras. Habló de sus negocios, de las dificultades que tuvo para abrir su primera tienda y de su viaje hasta convertirse en una capitalista con una marca importante.

Pero a mis ojos les interesaba más el hueco de su garganta, aquella piel suave que sería perfecta para la lengua de un hombre. En su mano izquierda no había ningún anillo de boda. De hecho, no llevaba ni una sola joya.

Si la hubiera visto por la calle, no habría sabido que era una empresaria de éxito.

Dominaba el escenario como si fuera suyo, haciendo que el público se riera unas veces y que la tomara en serio otras. Sabía perfectamente cómo captar a la audiencia, cómo lograr que sintiera exactamente lo que ella quería que sintiera.

Parecía despreocupada.

Yo estaba sentado en la última fila, observando desde una distancia prudencial, pero mis ojos estaban absortos en la forma en que sus caderas se balanceaban de lado a lado. No arrastraba los pies al caminar, sino que llevaba aquellos tacones como si fueran sandalias planas.

Y tenía un tipo de seguridad en sí misma que rivalizaba con la mía.

Nunca antes había visto a una mujer así. Había conocido a otras mujeres de negocios que eran unas triunfadoras y había conocido a mujeres igual de atractivas.

Pero nunca a una que fuera ambas cosas al mismo tiempo.

Ella era de una especie diferente.

Cuando acabó la presentación, abrió la ronda de preguntas. La gente disparó de inmediato, algunos formulando buenas preguntas y otros, mediocres. Era evidente quiénes eran propietarios de negocios con experiencia y quiénes no sabían ni sumar.

Un periodista que estaba en primera fila levantó la mano.

Tatum dirigió la mirada hacia él.

—Adelante.

Se levantó para que todas las demás personas del auditorio pudieran oírlo.

—Como mujer que está entrando en la treintena, ¿va a apartarse temporalmente de sus negocios para formar una familia? ¿O la opción de tener una familia es un objetivo que no valora?

Entrecerré los ojos por el velado insulto que implicaba aquella pregunta. Era sexista, por no decir otra cosa. Hasta a mí, que no era una mujer, me había molestado la pregunta. Volví la mirada hacia Tatum, preguntándome cómo respondería.

Sus facciones se suavizaron y esbozó una sonrisa tan convincente que habría creído que era real.

—Es muy poco frecuente que me tope con un periodista al que le preocupe tanto mi salud reproductiva. Mis ovarios están perfectamente, gracias por preguntar. No tendré la menopausia hasta dentro de veinte años por lo menos, así que todavía me queda tiempo. —Volvió a analizar al público, sin aminorar la marcha y sin que su confianza flaqueara—. ¿Alguna otra pregunta?

Los extremos de la boca se me curvaron en una sonrisa, y admiré el modo en que se había librado de la pregunta sin responderla de verdad. Había hecho quedar a aquel tipo como un idiota, incluso después de que él mismo se hubiera hecho quedar como un idiota.

Se levantó otro periodista, también hombre.

—¿Qué se siente siendo la mujer más rica del mundo?

Puse los ojos en blanco al oír la pregunta.

Ella esgrimió la misma sonrisa diplomática.

—Pues supongo que se siente lo mismo que siendo el hombre más rico del mundo.

Volví a sonreír al percibir su sutil fuego y su hostilidad. Insultaba a la gente sin que resultara obvio, peleando sus batallas de un modo indirecto que era más potente que un puñetazo en la cara.

Y yo la respetaba por ello.

TATUM

LUCAS PERMANECÍA CERCA DE MÍ, haciendo las veces de chófer privado y de guardaespaldas. Estaba ahí sólo por aparentar, porque sin duda alguna a mí no me hacía falta un hombre para pelear mis batallas. Cuando lo había contratado, sólo lo necesitaba para que me llevara de un sitio a otro de la ciudad, para que yo pudiera seguir trabajando en el asiento trasero, pero él me había ofrecido más servicios. Tras años trabajando a mi mando, había desarrollado un fuerte instinto de protección hacia mí.

La lealtad era mucho más valiosa que un salario, así que había aceptado su oferta.

Jessica y Courtney me seguían con los cuadernos preparados para apuntar cualquier cosa que yo pudiera necesitar. Permanecían en silencio, analizando la sala e informándome si alguien importante se acercaba a mí. Eran mi séquito profesional, creando un círculo intimidante que hacía que los socios empresariales se pensarán dos veces si aproximarse o no a mí.

Si estuviera sola, no sería capaz de espantar a las moscas.

Un hombre con traje negro se acercó a mí desde la pared del fondo del auditorio. El traje se ajustaba a sus hombros fuertes, un conjunto hecho a medida que era a todas luces obra de Armani. Bajo la camisa y la chaqueta se insinuaba un cuerpo vigoroso, y sospechaba que había una pared de músculos allí escondida. Sólo le dediqué un breve vistazo y mantuve mis pensamientos y mis reacciones enterrados en mis ojos verdes. No reconocí su rostro y me pregunté si sería un aspirante a empresario.

Con esa apariencia y aquella seguridad, probablemente lo conseguiría.

Jessica interpuso su cuerpo en su camino, cortándole el paso antes de que pudiera llegar a mí.

—Disculpe, señor. ¿Puedo ayudarle?

La contempló con las manos metidas en los bolsillos. No fue una mirada hostil, pero sus intensos ojos marrones desprendían tanto poder que llenaba la sala como si de humedad se tratase. No apartó los ojos de ella en ningún momento, ordenándole en silencio que se hiciera a un lado.

Jessica se encogió visiblemente ante mis ojos, derritiéndose como mantequilla allí mismo. No quedó claro qué fue lo que le hizo dar una gran zancada hacia la izquierda: su evidente atractivo o el poder que irradiaba.

A mi ayudante le hacía falta un poco de coraje.

Ahora nada se interponía en el camino de aquel hombre, así que me enfrenté a él con las manos unidas sobre la cintura. No me encogí como había hecho Jessica, pero mentiría si dijera que su semblante serio no tuvo ningún efecto en

mí. Tenía la mandíbula cuadrada, cincelada con una perfección masculina. La sombra de la barba le cubría el rostro, a pesar de que ni siquiera era mediodía, y la camisa de color crema se ceñía sobre un pecho fuerte, dejando ver los músculos de sus pectorales bajo el tejido. Tenía los ojos marrones como una taza de café caliente una tarde de otoño, pero brillaban con una intensidad tan fría como una mañana invernal. Me miró con la misma expresión dura que le había dirigido a mi ayudante, sin sentirse intimidado por mí ni lo más mínimo. Los hombres me inspeccionaban con opiniones variadas, algunos me respetaban y otros dudaban de mi trabajo. Eran sexistas sin ni siquiera darse cuenta. Hasta el momento, no podía decir cómo me veía aquel hombre.

No hubo ningún intercambio de palabras, pero se produjo una conversación entre nosotros. Fue una batalla silenciosa de seguridad y poder. Parecía estar poniéndome a prueba, pero yo también lo estaba poniendo a prueba a él. Cuanto más tiempo pasaba sin que ninguno de los dos se pronunciara sin perder nuestra seguridad, más confiados parecíamos.

Tenía todo el día.

Sacó la mano derecha del bolsillo y la extendió hacia mí.

—Diesel Hunt.

Ahora comprendía aquella sutil hostilidad. Le estreché la mano, notando su fuerte muñeca al agarrarlo. A propósito, apreté la mano con un poco más de fuerza que él, porque necesitaba proyectar la misma energía que rezumaba de todos sus poros.

—Tatum Titan.

Tenía las puntas de los dedos ásperas, como si pasara demasiadas horas al día dándole al teclado. Su piel era cálida al tacto, porque aquellos músculos cargados de testosterona producían calor como una caldera en mitad de enero. La mano era considerablemente más grande que la mía, y sobrepasó mi apretón con su brutal tamaño. Yo compensé mi pequeña estatura con fuerza, estrechándole la mano con más firmeza antes de soltarla.

Conocía lo que se rumoreaba de él. Que era alto y atractivo, un poco mujeriego. Por lo normal, las habladurías eran exageradas y, a veces, completamente falsas. Pero todo lo que había oído de él era cierto.

Tenía algo especial.

No volvió a meterse la mano en el bolsillo, sino que la dejó a un lado de su cuerpo.

—He disfrutado con su ponencia.

Y con los imbéciles que no dejaban de menospreciarme, sin éxito alguno.

—Dudo que un hombre con tanta experiencia como usted haya aprendido algo nuevo.

Estrechó sus ojos de color chocolate, centrándose por un instante en mis labios.

—Eso es un cumplido viniendo de usted, señorita Titan.

Dejé que mis labios formaran una sonrisa, suavizando mi expresión.

—Pero no debe de tenerme en tan alta consideración si no puedo lograr que se ponga al teléfono ni dos minutos.

No era tan tonta como para pensar que no sacaría aquel tema. Era evidente que estaba empeñado en mí porque le interesaba uno de mis negocios. A mí me gustaba trabajar sola y, por lo que tenía entendido, a él también.

—Ahora tengo dos minutos, señor Hunt.

Clavó los ojos en los míos y dio un pequeño paso hacia delante. Estaba claramente dentro de mi espacio personal, y su poder infectaba hasta el último rincón de la sala. Como si fuera un leve murmullo en mi oído, era capaz de oírlo. Con una altura superior a la mía, a pesar de los zapatos de tacón, debía de medir al menos un metro noventa.

Me gustaban los hombres altos.

—Soy un hombre que no termina en dos minutos, señorita Titan.

Tanto si dijo aquel doble sentido a propósito como si no, capté la insinuación. Exudaba sexo a raudales y me sorprendió que no apestara a perfume de mujer en ese mismo momento. Probablemente las mujeres se peleaban por ser las primeras en hacerle una mamada. Las mujeres eran un bien del que disponía en exceso, un producto que nunca caducaba.

—Vayamos a comer. Debe de tener hambre después de esa conferencia.

—Tengo planes para comer.

—Entonces quedemos mañana en mi oficina.

Contuve la risa, pero no pude evitar sonreír.

—Señor Hunt, no me interesa ningún tipo de acuerdo empresarial con usted. Pero me siento halagada, debo decir.

No mostró ni un atisbo de enfado, pero apenas parpadeó mientras me observaba.

—No es inteligente rechazar una oferta que no se ha escuchado. Regla número uno de la escuela de negocios.

—No tenía ni idea. No fui a la universidad. —Yo no era como mis homólogos, con sus títulos de la Ivy League. Había empezado a trabajar en la industria antes de alcanzar la mayoría de edad. Aunque siempre había cosas que aprender en cualquier ámbito, la idea de una formación reglada me parecía aburrida. Yo prefería afrontar la vida sobre el terreno. Algunas cosas no se podían aprender en los libros, como la habilidad de sobrevivir.

Volvió a lanzar una ojeada a mis labios, esta vez contemplándolos durante

más tiempo que antes. Estaba claro que no le importaba que yo me diera cuenta, porque volvió a mirarme a los ojos con más confianza que nunca.

—Me interesa su editorial. Es un negocio en quiebra, por si no lo sabía.

No sabía de dónde habría obtenido esa información, pero no importaba. Tenía razón sobre el dinero.

—Conozco mis finanzas. Gracias por su preocupación. —No me gustaba que cuestionaran mis decisiones. No estaría donde me encontraba ahora si no confiara en mi instinto.

—Entonces debería escuchar mi oferta.

—No estoy abierta a ofertas de venta. —Si insistía, yo insistiría aún más. Eché un vistazo al reloj antes de contemplar su expresión concentrada una vez más—. Sus dos minutos han llegado a su fin, señor Hunt. Que le vaya bien.

Lo rodeé y me alejé de él, conservando la misma postura que siempre mostraba cuando estaba en público. Tenía los hombros hacia atrás, el pecho hacia delante y me deslizaba sobre los tacones. Llevaba zapatos con tacón de aguja a todas horas excepto cuando por fin estaba sola en mi ático de lujo. Eran como una segunda piel, y caminar descalza me parecía casi inestable.

Diesel Hunt no me impidió marcharme, pero su mirada me abrasó la espalda. Notaba cómo me rodeaba su presencia, como una manta pesada, casi asfixiándome. El calor de sus ojos se aferraba a mi cuerpo como las llamas de una hoguera. Podía incluso sentir su mirada clavada en mi trasero.

Diesel Hunt no era un hombre al que quisiera contar entre mis enemigos, pero tampoco era un socio de negocios adecuado. Con suerte, aquel sería el único encuentro que tendríamos jamás.

Pero sospechaba que no sería así.

DIESEL

DABA vueltas al bolígrafo con los dedos mientras contemplaba la ciudad. Tenía las piernas cruzadas, llevaba un traje que me quedaba como un guante y observaba los rascacielos de los que era propietario. Manhattan no era mío, pero era un hombre ambicioso y decidido. Un día, sería el dueño de todo.

Y de todos.

Tenía algunas reuniones aquella mañana, pero mi mente estaba en otro sitio. Mis pensamientos seguían divagando hacia aquella reina con tacones, una mujer que contrarrestaba mi seguridad con su propia majestuosidad. Estaba tan segura de su valor que daba por hecho que yo no podía permitírmela.

Se equivocaba.

Cara a cara, me había fijado en las comisuras de su boca. Tenía la piel de un blanco lechoso, y me imaginé la suavidad que sentiría al pasarle el dorso del dedo por la mejilla. Me dolía la mandíbula al pensar en aquellos labios, en aquella boca carnosa y rosada que sería maravilloso tener por todo mi cuerpo.

Tenía unos ojos almendrados que eran marcadamente femeninos y que acentuaban el color verde de sus iris. A pesar de lo femenina que era, exhibía el tipo de presencia que mostraría un rey al dirigirse a sus súbditos. Nunca había conocido a una mujer más atractiva, más deliciosa y tan claramente poderosa al mismo tiempo.

Madre mía.

Me había rechazado sin importarle el dinero que estaba en juego. Era tan rica, tenía tanta clase, que no le importaba perder un trato. Era terca y obstinada, y seguía sus propias reglas sin contemplar siquiera las mías. Cuando le había propuesto que fuera a mi oficina, casi se había reído.

Lo había visto.

Las mujeres se me echaban encima constantemente, queriendo visitar mi cama durante la noche. Querían montar en mi caro yate por el Caribe. Querían ser testigos por un segundo del intenso tren de vida que yo experimentaba a diario.

Nunca me decían que no.

No recordaba la última vez que había oído aquella palabra.

Pero a la señorita Titan no le impresionaba. No le importaba mi dinero. No le importaba mi colección de coches y yates. Yo no tenía nada que ella no poseyese ya.

Excepto su cama.

Seguí girando el bolígrafo con las puntas de los dedos, pensando en aquellas piernas largas que se veían por debajo de la falda. Era cinco años más joven que

yo, pero igual de exitosa. Costaba ganarse mi respeto, pero ella se lo había ganado un millón de veces.

Era grandiosa.

Natalie llamó a la puerta antes de entrar a mi despacho.

—Señor, su próxima reunión es en cinco minutos.

Estaba de espaldas a ella y continué observando la ciudad, sabiendo que su edificio estaba tan sólo a unas manzanas de distancia.

—Cáncelala.

Natalie no cuestionó mi decisión, porque sabía que aquello sería un gran error.

—¿La vuelvo a programar?

—Para mañana. —Me levanté de la silla y me abotoné la parte delantera del traje—. Cancela todo lo que haya la próxima hora. Tengo que ir a un sitio. —Sabía exactamente adónde me dirigía, pero no estaba seguro del todo de por qué lo hacía.

Me decía a mí mismo que era sólo una oportunidad de negocios, una forma de robar un negocio decadente y convertirlo en uno próspero.

Pero nunca me había mentido a mí mismo, y no quería empezar ahora.

JESSICA SE QUEDÓ boquiabierta cuando me vio de pie frente a su mesa.

Cuando quedó claro que ella no iba a decir palabra, tomé las riendas.

—Diesel Hunt, para hablar con Tatum Titan.

Jessica continuó mirándome antes de darse cuenta por fin de que aquello era realidad, y aun así seguía sin apartar la vista de mí.

—Esto... Sí, por supuesto. —Pasó desesperadamente las páginas de su agenda, pero se dio cuenta de que ya estaba en la fecha correcta y volvió hacia atrás—. Eh...

Metí las manos en los bolsillos.

—No tengo cita. —Si no quería dedicarme ni un segundo de su tiempo, me daba igual. Lo tomaría y punto.

—Titan no recibe a nadie sin cita...

Hasta ahora.

—Esperaré sentado.

Me senté en el cómodo recibidor que había fuera de su oficina. Tenía dos enormes puertas de cristal que daban a un amplio espacio. No miré hacia el interior porque no quería que me pillara observándola. Los sofás eran grises y las paredes, blancas. Había jarrones de flores por todas partes, y sólo el sonido de los teclados y de los teléfonos rompía el silencio. Sus otras tres ayudantes no apartaban la vista de mí, pues me habían reconocido al momento.

Jessica entró en la oficina y volvió unos minutos después. Se acercó a mí con los dedos entrelazados con firmeza. Estaba hecha un manojo de nervios, y me pregunté por qué Titan contrataba a una persona tan insegura. Era una contradicción directa con su propia personalidad y con su ética de trabajo.

—No está disponible.

Dios mío, aquella mujer me hacía perder los nervios.

—Esperaré.

Jessica miró hacia la puerta y volvió a girarse hacia mí.

—Eh...

La contemplé con una mirada llena de hostilidad. Si Titan quería deshacerse de mí, tendría que recibirme. Ya me había hecho perder demasiado tiempo rechazándome. Ahora me tocaba a mí hacerle perder el tiempo a ella.

Jessica entró de nuevo en la oficina. Esta vez tardó más en volver a salir.

—Estará con usted en diez minutos. —Se dirigió hacia su silla y tomó asiento, con la cabeza inclinada y los ojos clavados en el escritorio.

En mis labios se dibujó una sonrisa, y disfruté del sabor del éxito. Nadie le decía que no a Diesel Hunt, ni siquiera Tatum Titan. Al final, yo siempre me salía con la mía.

Sospechaba que me estaba haciendo esperar diez minutos por principios, sólo por conservar algo de poder en aquella situación. En cuanto había aceptado reunirse conmigo, había perdido algo de su influencia sobre mí.

Me encantaba ese juego.

Jessica habló con Titan por teléfono antes de acercarse al sofá donde me encontraba.

—Titan ya puede recibirlo. —Me abrió la puerta de cristal.

Dejé de sonreír y entré, viéndome rodeado por la agradable estética de su despacho. Toda la pared del fondo era un enorme ventanal que daba a la ciudad y le brindaba exactamente las mismas vistas que tenía yo desde mi oficina. Delante del ventanal se encontraba un escritorio blanco, con estanterías blancas a cada lado de la pared. Acababa de entrar en un catálogo de Pottery Barn, pero aun así sentía la influencia de su control profesional.

No apartó la vista del ordenador hasta que estuve de pie justo delante de su mesa. Hasta sentada tenía una postura perfecta. La silla no le rozaba la espalda, y tenía los hombros perfectamente alineados con la columna. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, suave y largo. Los mechones estaban ligeramente ondulados, lo cual me hizo preguntarme si su cabello sería rizado al natural. El maquillaje era igual que la última vez, sutil y sensual. Se levantó de la silla, con un vestido negro que le quedaba ceñido y destacaba las perfectas curvas de su cuerpo. Tenía figura de reloj, con un pecho considerable, una cintura minúscula

y un trasero de escándalo.

Extendió la mano hacia mí.

—Hunt.

Se la estreché, apretándole la muñeca con más fuerza de la que había empleado ella la semana anterior.

—Titan.

Bajó la mano y se sentó de nuevo con las piernas cruzadas. Por debajo de la mesa alcanzaba a ver los zapatos negros de tacón y sus piernas, igual de largas y atractivas que la última vez. Llevaba un reloj brillante en la muñeca y un collar de oro blanco en la garganta. Su despacho desprendía un ligero aroma a vainilla, y entonces me fijé en el jarrón de azucenas que había sobre su escritorio. En el vestíbulo había hortensias. Resultaba extraño ver flores frescas en oficinas corporativas como aquella; parecía un toque femenino que ella había pedido específicamente.

—¿Quiere tomar algo? —Miró hacia la estantería que había a la derecha, donde se encontraba un armario de licores y un minibar completo con vasos, un cubo de hielo y fruta fresca. Abrió una botella de *bourbon* y sirvió una copa.

La miré con los ojos absortos en sus movimientos.

—Tomaré lo mismo que tome usted. —Eran las once de la mañana y ya estaba bebiendo.

Me parecía increíblemente sensual.

—Espero que le gusten los cócteles Old Fashioned.

Entrecerré los ojos con interés.

—Lo cierto es que sí.

Preparó las bebidas e incluso puso la cáscara de naranja y la cereza dentro. Fijó sus ojos verdes en los míos mientras cruzaba por la alfombra gris y ponía el vaso sobre la mesita que había a mi lado. Los tacones resonaban contra el suelo con cada uno de sus movimientos, creando una melodía que encajaba perfectamente con su aura.

Vi cómo rodeaba el escritorio sin apartar los ojos de aquel culo idílico.

Lo tenía muy prieto.

No pasaba todo el día sentada sobre aquel trasero. Le daba duro al gimnasio, al menos tres veces a la semana. Tenía los brazos tonificados y el vientre tan recto como una línea continua.

Me gustaban las mujeres en forma. No sólo alguien que saliera a correr todas las mañanas, sino una persona que pudiera coger unas pesas y hacer veinte sentadillas. Me agradaba su físico, y me pregunté cómo sería sin nada más que aquella hermosa piel.

Volvió a tomar asiento y dio un largo trago. Cuando se lamió los labios al

acabar, casi me pareció deliberado.

Yo bebí de mi copa, percatándome de lo fuerte que estaba. No cabía duda de que era doble.

—No tengo mucho tiempo, Hunt. Vaya al grano.

Cuanto más estricta se ponía, más la admiraba. No se andaba con tonterías ni con palabras vacías. Todo era claro y conciso, como el resto de ella.

—Su editorial ha fracasado todos los años durante los últimos tres años. Nunca ha sido muy rentable, pero ahora le está costando más que nunca mantenerla en funcionamiento.

Se llevó el vaso a la boca y se bebió la mitad sin parecer afectada por el alcohol en absoluto. Debía de hacerlo de forma regular y se habría vuelto inmune. Podía aguantar el licor tan bien como yo. Si saliera con una mujer que se acabara uno solo de esos cócteles, acabaría mareada y acostada sobre mi regazo.

—Soy consciente de la situación, señor Hunt. Eso no cambia lo que ya le he dicho en repetidas ocasiones. No estoy interesada en vender.

Para ser la mujer más rica del mundo, aquella decisión comercial no parecía tener sentido.

—¿Por qué?

—El porqué no importa.

—A mí sí. Me parece usted una mujer inteligente. No estaría donde está si fuera dueña de negocios infructuosos.

Se acercó la copa a los labios y la terminó. Ahora había una marca sobre el cristal que dibujaba perfectamente el contorno de su boca. Me pregunté si ocurriría lo mismo si su boca estuviera pegada a otra cosa.

—¿Por qué insiste tanto en comprarla? No es el tipo de empresario que reinventa marcas. Empieza desde los cimientos. ¿Por qué quiere hacer una excepción en este caso?

Esbocé una sonrisa, sabiendo que había recabado información sobre mí. Tal vez me había buscado en Google. A lo mejor había visto cómo presentaban mi vida los periodistas. O quizá era lo bastante inteligente como para saber que las historias siempre ocultaban algo más.

—Creo que puedo darle un giro a su editorial. Tengo grandes planes en mente.

Me miró fijamente con sus severos ojos verdes. Eran vivaces como un bosque de pinos, más oscuros, en lugar de vibrantes. Escondían un profundo misterio, una colección de secretos indescifrables. Dejaba ver muy poco de sus pensamientos, ocultándose tras su influyente fachada y absorbiendo un sinnúmero de información de lo que la rodeaba. Me examinaba como si fuera un espécimen

bajo un microscopio, mirándome con un detalle sin precedentes.

—Diesel Hunt no es el tipo de hombre que espera por nadie. Es decidido, pero no persigue a nadie. Es inteligente e indiferente. Usted ha intentado reclamar mi atención en cuatro ocasiones para comprar una editorial en quiebra. —Se inclinó hacia delante sobre el escritorio, obteniendo una vista mejor de mí. Me recordaba a un león acechando a su presa.

Me encantaba ser su presa.

Inclinó la cabeza hacia un lado; su expresión resultaba atractiva cuando se ponía tan seria.

—¿Acaso quieres acostarte conmigo? —No cerró los ojos, ni siquiera para parpadear un segundo. Me tenía acorralado para poder observar hasta mi más mínima reacción.

Al momento, el vello de la nuca se me erizó, poniéndose de punta como si una corriente de aire frío hubiera entrado en la oficina. Tenía las manos apoyadas en los reposabrazos y me agarré al borde de madera con los dedos. Mi entrepierna cobró vida, incapaz de resistir su instinto natural. La sangre que me bombeaba en las sienes cambió de dirección, respondiendo a la pregunta que mi boca se negaba a admitir.

Formuló la pregunta con una confianza absoluta, pasando por alto mis actos y analizando los motivos que había tras ellos. No llegó a aquella conclusión porque se considerase atractiva. Simplemente, se trataba de la explicación más lógica para mi comportamiento.

Y a mí eso me parecía excitante.

No se cortó a la hora de decir lo que pensaba. Había dicho exactamente lo que tenía en mente, independientemente de cómo la viera yo. Movié los ojos de un lado a otro mientras escudriñaba mi rostro, esperando la respuesta que ya había predicho.

Podía mentir e ignorar el modo en que la erección se me apretaba contra la bragueta de los pantalones, pero había aceptado verme sin cita, probablemente habría cancelado otra reunión para recibirme a mí. Sólo lo habría hecho si fuera a sacar algún provecho.

Apreté la mandíbula antes de responder, porque no recordaba la última vez que había estado tan excitado. Había hecho que se me tensara la columna hasta que estuvo a punto de partirse en dos. Todos los músculos se me pusieron rígidos mientras el calor me recorría el cuerpo. Me vinieron a la mente imágenes de mí mismo penetrándola sobre aquella misma mesa. Me hundía en su boca, en su sexo y terminaba corriéndome en lo más profundo de su trasero.

—Sí.

No alteró su expresión, mostrando la misma dureza que antes. Lentamente,

tomó asiento y recuperó aquella postura rígida detrás del escritorio. Tragó con fuerza, haciendo que se le movieran los músculos del cuello.

Yo seguía aferrado a los reposabrazos.

Cuando se levantó y rodeó la mesa, tuve la esperanza de que se montara a horcajadas sobre mis caderas y me tomara en ese mismo instante. Mi sexo ansiaba estar enterrado en ella, formar allí su hogar y no marcharse jamás.

—Me siento muy halagada, pero no mezclo negocios y placer. —Se apoyó en la parte delantera del escritorio, agarrando el borde blanco con las manos.

—Entonces no compraré tu editorial. Problema resuelto. —Cuando se aferró a la mesa como yo me estaba aferrando a la silla, supe que quería sentir mi sexo dentro de su cuerpo. No me habría abordado de forma tan deliberada si no estuviera preparada para la respuesta que le había dado. Ella también quería acostarse conmigo, aunque no lo admitiera como lo había hecho yo.

Aquella sonrisa diplomática se extendió por sus labios.

—Ya sabes lo que quiero decir, Hunt.

Los dos nos movíamos en las mismas esferas. Conocíamos a las mismas personas. Los periodistas nos seguían a todas partes. Ella tenía una reputación mayor que la mía, y debía protegerla. Yo podría tirarme a cualquier mujer de Manhattan y a nadie le importaría. El hecho de que ella fuera mal peinada bastaría para llenar titulares negativos.

Aquel era el triste mundo en el que vivíamos.

—Debería volver al trabajo. Ha sido un placer verlo, señor Hunt. —Cogió mi vaso medio lleno de la mesa y volvió a rodear el escritorio.

Mis ojos se dirigieron de nuevo a su trasero antes de que me levantara y caminara hacia la puerta. Ahora que me había rechazado, no seguí insistiendo. Ella tenía razón. Tampoco tenía tantas ganas de tener su empresa. Sólo había llegado tan lejos por orgullo. Y en cuanto la había examinado bien, no había deseado nada más que sexo. Estaba dispuesto a comprarle la empresa sólo para tener la oportunidad de follármela.

Hasta tal punto la deseaba.

Pero ella me había rechazado otra vez. Y lo había hecho con una facilidad pasmosa.

Miré por encima del hombro antes de salir.

Se llevó mi vaso a los labios y se acabó el resto de la copa sin apartar los ojos de mí. Echó la cabeza hacia atrás, tomándose hasta la última gota y dejando que la cáscara de naranja le rozara la boca. Cuando se terminó el *bourbon*, dejó el vaso sobre la mesa. Al igual que la vez anterior, se pasó la lengua por los labios.

Se lamió los labios sólo para mí.

TATUM

AQUELLA NOCHE no me puse tacones de aguja. Llevaba unos zapatos altos con tiras que eran igual de inclinados que los que solía ponerme, y un vestido ajustado que era tan ceñido que apenas me permitía respirar. Era de Valentino, así que la respiración no podría importarme menos.

Ir a la moda era más importante.

Isa y Pilar estaban sentadas a mi lado en el reservado circular, las dos con vestidos con corte por encima de la rodilla. Llevaban zapatos de tacón, pero estaban tan acostumbradas a usarlos todos los días en el trabajo que se los ponían sin dudar.

—¿Qué tal va el desfile? —le pregunté a Pilar, que trabajaba de modelo para una de las marcas más importantes del mundo. De hecho, ella misma era toda una marca.

—Genial y de pena —dijo—. Esta semana no puedo comer. De ahí que tome agua. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el vaso con agua y hielo que había en la mesa—. Si alguien vuelve a preguntarme si estoy embarazada...

Yo no es que comiera mucho, así que siempre había sido más bien delgada, pero Pilar era todo cuerpo y nada de grasa. Yo no podía renunciar a los lujos que me permitía sólo para tener un físico perfecto. A mí me bastaba con estar como estaba.

—¿El limón te lo puedes comer? —bromeé.

—Es mi plato principal —dijo Pilar con sarcasmo.

—¿Va a venir Thorn esta noche? —preguntó Isa.

—No, tiene planes. —Manteníamos el contacto a diario, pero no nos veíamos a todas horas. Los dos teníamos nuestras propias vidas.

—Mecachis —dijo—. Su amigo Bryan está bueno.

—Puedo hacer que le llegue el mensaje si quieres. —Isa era tan guapa que dolía mirarla. Había visto a una docena de hombres mirar hacia nosotras con los ojos clavados en ella. La modelo era Pilar, pero Isa podría desfilarse en pasarelas si quisiera.

—No —se apresuró a decir—. Siempre puedo llamar a Thorn si decido ir en serio.

Yo prefería pasar el tiempo con mujeres ambiciosas que tenían claros sus objetivos. Si les interesaba un tío, le pedían salir. Si querían un ascenso, lo pedían. Isa había fundado su propia empresa digital y la había convertido en una industria millonaria. En lugar de fundirse los beneficios, había reinvertido en otras cosas, y ahora era una importante empresaria que tenía todo el derecho a ser quisquillosa con respecto a los hombres.

—¿Y tú qué te cuentas? —preguntó—. ¿Qué tal fue la conferencia?

Pilar dio un sorbo al agua antes de apartarse el pelo del hombro. Estaba sentada erguida, con los hombros hacia atrás y pendientes de diamante en las orejas.

—Bien, pero hubo algunos periodistas imbéciles.

—Siempre los hay. —Isa puso los ojos en blanco.

—Me preguntaron que cuándo iba a formar una familia —continuó—. ¿Acaso le habrían hecho esa pregunta a Diesel Hunt?

Soltó una carcajada.

—Ese se tira a una tía distinta cada noche y a la sociedad le importa una mierda.

—Y luego otro me preguntó que qué se sentía al ser la mujer más rica del mundo. —Las preguntas siempre me ponían de los nervios, pero no tenía permitido manifestar mi enfado. Si rebatía, parecía estar a la defensiva. Si decía que eran preguntas sexistas, sólo lograba parecer débil—. Como si el hecho de ser mujer lo hiciera especialmente impresionante...

—Los hombres son unos cerdos —dijo Isa—. Si no los necesitara para el sexo, me olvidaría de todos.

—Yo también —dijo Pilar.

—Pues luego Diesel Hunt se ofreció a comprarme la editorial... y se negaba a aceptar un no por respuesta.

—¿Diesel Hunt? ¿En serio? —preguntó Isa.

—Joder, está suuuperbueno —dijo Pilar—. Si me entrara a mí, caería seguro.

—Vamos, que aunque te rompa el corazón merece la pena por lo bueno que está —dijo Isa—. ¿Qué le dijiste?

—No me interesa vender. Ha intentado hablar conmigo del tema cuatro veces.

Isa levantó una ceja con los ojos llenos de malicia.

—A mí me parece que no es la empresa lo que le interesa...

Yo había llegado a la misma conclusión.

—Nunca funcionaría. No es mi tipo. —Yo tenía una forma muy específica de hacer las cosas y nunca hacía excepciones. Diesel Hunt no se ajustaba a mis gustos, por muy bueno que estuviera.

—¿Que no es tu tipo? —preguntó Isa.

—¿Cuándo dejaron de ser tu tipo los tíos buenos? —se sorprendió Pilar.

—Tengo una reputación que cuidar —les recordé—. Hunt usa a las mujeres como si fueran coches: las utiliza hasta que ya no sirven y pierden su valor. —Los periodistas nos verían juntos, todo el mundo hablaría de nosotros y después cada uno iría por su lado. Por supuesto, todos darían por hecho que me

había roto el corazón... fuera cierto o no. Estar con un mujeriego arruinaría la reputación que me había creado—. No vale la pena.

—Bueno, en eso puede que tengas razón —dijo Isa.

Tomamos algunas copas más y se acabaron uniendo a nosotras un par de chicos. Se sentaron en el reservado con Isa y Pilar. Había un hombre entre nosotras dos, pero no estaba claro si estaba interesado en ella o en mí. A lo mejor tenía tanta confianza en sí mismo que intentaría conquistarnos a las dos al mismo tiempo.

Me disculpé y me dirigí a la barra, porque no me interesaba ninguno de los dos. Llegué al mostrador y esperé menos de un segundo a que el camarero me atendiese. Sólo había una copa que me gustaba; me gustaba tanto que mis amigos me habían apodado Old Fashioned. Algunos hombres que había en la barra me estaban mirando, pero ninguno de ellos intentó nada, bien porque me reconocieron o simplemente porque dieron por sentado que diría que no. No establecí contacto visual con ninguno, haciendo lo posible por no animarlos a intentar ningún tipo de interacción.

Yo no me liaba con tíos de bares. Demasiado arriesgado.

El camarero me puso la copa delante.

—Invita la casa, querida.

Sonreí.

—Gracias.

—No invita la casa, invito yo. —Un hombre alto se acercó a mi lado y puso un billete de veinte en la barra. Con un metro noventa de altura y con olor a gel y perfume, Diesel Hunt apareció ante mí, espléndido con una camisa y un pantalón de vestir ceñido. Tenía la mandíbula recién afeitada, y su piel clara era impecable, suplicando que la besaran. La camisa se le ajustaba a los hombros y resultaba imposible ignorar aquellos músculos prominentes. Sus caderas estrechas llevaban a un torso impresionante, un conjunto de músculos que se unían para formar una obra maestra de fuerza. Su piel bronceada asomaba por la abertura del cuello de la camisa, dando una pista de la magnífica figura que habría debajo.

En cuanto se acercó, me puse en guardia.

—Gracias por la oferta, pero no es necesario.

Diesel no apartó los ojos de mí mientras desplazaba el billete por el mostrador.

—Quédate con el cambio, tío.

El camarero lo cogió sin dudar.

—Tenía que compensarte por la copa doble que me diste la semana pasada.

—Me bebí yo la mitad. —No necesitaba que se lo recordara—. Así que no

me debes nada.

Estaba más cerca de mí que nunca porque el resto del bar estaba abarrotado. Estaba dentro de mi espacio personal, cruzando la línea de mi burbuja invisible. Cuando alguien se acercaba a mí demasiado, yo retrocedía automáticamente.

Pero ahora no lo hice.

Los ajustados pantalones de vestir resaltaban sus piernas largas y tonificadas. No podía verle el trasero, pero en cuanto se alejase, echaría un vistazo. Diesel Hunt era el donjuán favorito de Estados Unidos por un motivo. Tenía todo lo que debía tener un hombre. Era atractivo, inteligente y extremadamente encantador. Ni siquiera yo quedaba inmune.

Hunt por fin apartó la vista de mí y se giró hacia el camarero.

—Ponme lo que está tomando ella.

El camarero llenó el vaso, añadió la piel de naranja y la cereza, y lo empujó hacia Hunt.

Dejé de golpe un billete en la barra.

—Esa la pago yo.

El chico lo cogió de inmediato y se marchó.

Hunt me miró sonriendo, complacido por mis acciones en lugar de sentirse molesto, como habrían hecho la mayoría de los hombres.

Cogió el vaso y se lo llevó a los labios.

—Qué excitante.

—Me parece que necesitas un poquito más de hielo.

Dio otro trago.

—No hace falta. Simplemente me resulta excitante que una mujer como tú me pague una copa.

—¿Como yo? —pregunté.

—Sí. No todos los días me invita a una copa la mujer más rica del mundo... Y la más guapa.

En esa ocasión no pude mostrar mi sonrisa diplomática. Se me escapó una carcajada profunda y sincera.

Diesel me dirigió una sonrisa que yo nunca había visto.

—Tienes una risa bonita. Nunca la había oído.

—La mayoría de la gente no la ha oído.

—Me alegra divertirme, incluso cuando hablo en serio. —Sus ojos adquirieron de nuevo su severa seriedad, abrasándome con aquella mirada ardiente. No se apartaron de mi rostro mientras se llevaba el vaso a los labios y daba otro trago—. El tuyo estaba mejor.

—Gracias. Tengo mucha práctica.

—Deberías venir a mi casa y probar uno de los míos.

Cuando Hunt había salido de mi oficina, había dado por sentado que aquel era el final de su empeño. Pero lo había infravalorado. Él no se detenía hasta conseguir lo que quería. Y ahora yo era su nuevo objetivo.

—Ya te he explicado lo que pienso de ese asunto.

—Pero los dos sabemos que eso no es lo que quieres en realidad.

Si cualquier otro hombre hubiera pronunciado aquellas palabras, me habrían irritado. Pero, viniendo de él, un hombre que me hacía mojar la ropa interior, resultaba seductor.

—No importa lo que yo quiera. Pertenece a mundos diferentes, aunque vivamos en el mismo.

Hunt pareció entender exactamente a qué me refería. Me respetaba más que los otros hombres con los que me había tropezado. No intentaba interrumpirme ni hablar por encima de mí, y ni una sola vez formuló un comentario sexista.

—A pesar de lo que hayas podido leer de mí, soy un caballero. Y los caballeros no venden su vida privada.

—Todas las mujeres con las que te acuestas aparecen de inmediato en la página central de todas las revistas sensacionalistas.

—Porque quieren estar ahí. Quieren sus quince minutos de fama, quince minutos en mi cama y quince minutos en mi coche de lujo. Pero las mujeres que no quieren llamar la atención, no lo hacen. He estado con muchas modelos y actrices y tú no te has enterado.

—¿Como quién?

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Sé que me estás poniendo a prueba.

Tenía razón, lo estaba haciendo.

—Y la has pasado sin problemas.

Se acercó más a mí en la barra, y su cara quedó peligrosamente cerca de la mía.

—Ven a casa conmigo, Titan. —Cuando estaba tan cerca, su fragancia me envolvía. Me vino a la mente una imagen de cómo sería estar en su cama, con su cuerpo musculoso sobre el mío mientras movía el trasero para penetrarme con fuerza, como a mí me gustaba—. Sólo tú y yo.

—No vas a parar hasta conseguir lo que quieres, ¿no?

Lo único que hizo fue intensificar su mirada.

Aquella era la única respuesta que necesitaba. Tendríamos una noche de sexo fantástico, yo me marcharía por la mañana y fingiríamos que nunca había ocurrido. Para mí era un acuerdo perfecto, suponiendo que él fuera un hombre capaz de guardar un secreto.

Su gran mano se desplazó hasta la parte baja de mi espalda, cubriendo casi

toda la zona con sus anchos dedos. Me dio un ligero apretón, plegándome el vestido a la espalda. Me acercó más a él, su cara casi pegada a la mía.

—Titan, ¿quieres acostarte conmigo? —Sus ojos se centraron en mis labios, deseando ver la respuesta y no sólo escucharla.

La atracción estuvo ahí en cuanto posé los ojos en él. Me excitaba su poder, su confianza, su determinación imparable. No me importaba su riqueza, pero respetaba su disciplina para haberla conseguido. Me gustaban los hombres que no se detenían ante nada para conseguir lo que querían, aunque fuera yo misma lo que deseaban. Tenía el cuerpo con curvas de músculos firmes, y una sonrisa que podía hacer que se me derritieran las bragas.

Me acerqué más a él y posé los labios en la comisura de su boca. Fue una caricia suave, apenas un beso, pero bastó para que una ola de calor me atravesara el cuerpo. Bastó para entumecerme los dedos.

—Sí.

SU PISO de lujo estaba en la última planta de un rascacielos. Tenía una vista panorámica de la ciudad y todo desprendía un toque de oscura masculinidad. Sin conocer al ocupante de aquel ático, habría adivinado que pertenecía a un hombre que se ajustara a la descripción de Hunt.

Hunt caminó hacia la barra que había en la cocina.

—¿Quieres una copa?

No me apetecía tomar una copa. Me bajé la cremallera del vestido y lo dejé caer en un montón al suelo. De pie, sólo con un tanga negro y los tacones, le dirigí una mirada fogosa antes de poner rumbo a su dormitorio, al final del pasillo, sabiendo que él contemplaba todos mis movimientos.

Me senté en el borde de la cama y me quité los zapatos, sabiendo que se reuniría conmigo en cuestión de segundos.

Hizo su aparición justo cuando yo me levanté, ya sin nada más que el tanga de encaje que apenas cubría nada.

Se detuvo en el umbral y me contempló; sus ojos se deleitaron con cada curva de mi cuerpo. Observó mis pechos, viendo cómo mis pequeños pezones se endurecían bajo su oscura mirada. Bajó la vista por mi cintura hasta mis piernas, y volvió a levantarla de nuevo.

Jugué con el encaje del tanga antes de bajármelo por las piernas.

Él me observó en todo momento.

Recogí el tanga del suelo y me acerqué a él, completamente desnuda en su habitación. Llevé las manos al cinturón y se lo quité antes de desabrocharle los pantalones. Cuando estuvieron abiertos y él quedó accesible, enrosqué el tanga sobre su erección, dejando que su sexo sintiera lo húmeda que estaba.

Él respiró sobre mi boca y me agarró la cintura con sus manos enormes, clavándome los dedos en la piel como si fueran puntos de presión. Deslizó una mano hacia mi nuca y me sostuvo la cabeza. Clavó los ojos en mis labios, pero no me besó al instante. Prolongó el momento, provocándome.

Nunca, en toda mi vida, había deseado tanto que me besaran.

Puso la boca en la mía y me besó, enviando sus cálidos jadeos directos a mi boca. El contacto inicial fue suave y lento, los dos delicados mientras nos explorábamos mutuamente por primera vez.

Nuestros labios no se movían, simplemente permanecían unidos.

Y después me besó con más pasión, pasando los labios por los míos con una intensidad contenida. Me pasó los dedos por la nuca y estrechó el abrazo. Con la otra mano, me tocó los pechos, masajeándolos con agresividad y rozando el pezón con el pulgar.

Y entonces llegó el turno de su lengua, que se introdujo en mi boca hasta que encontró la mía.

Nos besamos, succionándonos y lamiéndonos el uno al otro.

Subí las manos hacia su camisa y le desabroché los botones, revelando aquellos surcos de músculos y poder. Estaba en forma y fuerte, y los pectorales parecían bloques de hormigón. Tenía los abdominales perfectamente definidos, y unas marcadas líneas dibujaban la V de sus caderas.

Las puntas de mis dedos veneraban su cuerpo como si fuera un santuario.

Gemí contra su boca cuando sentí el cúmulo de humedad entre mis piernas. Estaba tan resbaladiza que podría tomar aquel inmenso miembro con facilidad. Mis dedos lo midieron mientras envolvía el tanga sobre su erección.

Y sin duda alguna era impresionante.

Acaricié su sexo con los dedos, arrastrando la parte interior del tanga por su erección. Extendí mi propia lubricación por él, dejándolo tan resbaladizo como lo estaba yo.

Ahora era él el que gemía en mi boca, y su sexo se sacudía entre mis manos. Se quitó la camisa y me guio hacia la cama. La parte posterior de mis rodillas chocó contra el colchón, obligándome a sentarme.

Hunt se quitó los bóxers y mi tanga cayó con ellos.

Era increíblemente sensual.

Era metro noventa de puro sexo, pura fantasía. Su piel bronceada se ceñía a aquel poderoso cuerpo. Era fuerte donde debía serlo, y no había rastro de lo contrario en toda su figura. Tenía un trasero prieto y musculado, y un torso que podría derribar un muro de ladrillos. Su cabello oscuro estaba perfectamente peinado porque mis dedos no lo habían revuelto... todavía.

Su miembro era la cualidad más impresionante, con veintitrés centímetros de

largo y un grosor considerable. Dejó que lo contemplara, evidentemente orgulloso de la herramienta con la que estaba a punto de penetrarme.

Me lamí los labios, profundamente impresionada.

Él entrecerró los ojos con avidez, abrió un envase metálico y desenroscó un preservativo sobre su erección.

Por fin había llegado la mejor parte.

Nos desplazamos hacia el cabecero de la cama y se colocó encima de mí, con un claro deseo de tomarme exactamente como estaba. Su enorme cuerpo hizo que el mío se hundiera en la cama, y los almohadones me rodearon a causa de su imponente peso. Separé las rodillas para que sus caderas encajaran entre mis muslos. Quería ofrecerle mucho espacio a aquel hombre, porque sabía que iba a penetrarme justo como yo deseaba.

Sostuvo la cabeza sobre la mía y pasó su sexo entre mis pliegues.

—¿Cómo quieres que te folle? ¿Despacio y profund...?

—Con fuerza. —Le agarré las caderas y tiré de él hacia mí, deslizando el glande en mi interior. En cuanto lo sentí, gemí y mi mente deliró de felicidad al tener a aquel hombre tan atractivo encima de mí.

Diesel me separó más las piernas y embistió con más vigor, introduciéndome de inmediato los veintitrés centímetros al completo. El cabecero se estrelló contra la pared por toda la fuerza que contenía aquel movimiento.

—Sí... —Le pasé las uñas por la piel, sintiendo la suavidad que deseaba cortar. Entrelacé los tobillos alrededor de la parte baja de su espalda y me aferré a sus hombros, usándolos como ancla. Utilicé los músculos de los brazos y de la espalda para moverlo dentro de mí, para tomar su grueso sexo una y otra vez.

Hunt me observaba con los ojos ardientes de excitación. Recolocó los brazos antes de empezar a moverse, follándome con fuerza, como yo le había pedido. Me penetraba con tanta pasión que el cabecero de madera dejaría una marca en la pared, no cabía duda.

Gruñía y respiraba, usando su tenso trasero para enterrar su deseo entre mis piernas. Los sonidos que producían nuestros cuerpos resbaladizos unidos hicieron que los dos gimiésemos de placer más de una vez. Abrí las piernas para darle más espacio, sintiendo cómo su cuerpo enorme se esforzaba por penetrarme como yo había pedido.

Iba a correrme.

Y no como una persona normal.

Iba a ser una puta explosión.

—Hunt... Vas a hacer que me corra.

Me agarró el pelo por la nuca y me sujetó con firmeza mientras se introducía en mí, golpeándome las nalgas con los testículos. Cada centímetro de su

generosa erección me sacudía una y otra vez. Me miró a los ojos con fogosidad y agresividad.

Me corrí con un grito y se me tensó todo el cuerpo por las maravillosas sensaciones que su sexo me producía. Los pezones se me pusieron duros como diamantes y le pasé las uñas por la espalda mientras me llevaba al éxtasis. Me corrí sobre su erección y mis fluidos lo envolvieron desde el glande hasta los testículos.

—Hunt...

Estaba a punto de correrse. Podía ver cómo se le acumulaba el deseo en los ojos. Era sólo cuestión de segundos que llenara la punta del preservativo.

Lo puse de espaldas y me coloqué a horcajadas sobre él sin sacarlo de mi interior. Hice equilibrio sobre las puntas de los pies y apoyé las manos en su pecho. Descendí una y otra vez, tomando su abultado sexo sin detener el ritmo. Me dolían los muslos y tenía el trasero tenso, pero aquello no me hizo aminorar la marcha.

Hunt se movía debajo de mí, sacudiendo las caderas hacia arriba para poder penetrarme más rápidamente que antes. Nos movíamos juntos a la velocidad de la luz, follando como animales que nunca habían experimentado una sensación tan arrasadora.

—Córrete —le ordené, moviéndome con tanta rapidez que los pechos me temblaban hacia arriba y hacia abajo. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y las manos prácticamente me resbalaban sobre su pecho. Era un esfuerzo enorme pero, joder, la sensación era increíble.

Me agarró las caderas y tiró de mí hacia él con fuerza, introduciendo toda su erección en mí mientras se corría. De sus labios escapó un gruñido masculino que llenó la habitación y se me clavó en los oídos. Se sacudió dentro de mí, llenando la punta del condón con su semen mientras seguía alojado en mi interior.

—Joder... Titan. —Cerró los ojos durante un breve instante mientras se recuperaba del ardiente orgasmo que casi había acabado con ambos.

Había estado bien, incluso mejor de lo que yo había esperado. A Hunt se le daba tan bien follar como hacer dinero. Su miembro era descomunal, justo lo que yo quería en una pareja. Tenía las herramientas necesarias para reparar mi maquinaria en cualquier momento.

Me aparté de él y me tumbé a su lado, recuperando el aliento ahora que estaba sudorosa y cálida. Contemplé la punta del condón y vi todo el semen que había expulsado por mí. Había tanta cantidad que me habría costado tragármelo si hubiera estado chupándosela de rodillas. Me sentía satisfecha, pero una parte de mí anhelaba que aquellos fluidos estuvieran dentro de mí.

Era una de mis mañías.

Hunt guardaba silencio mientras recuperaba el aliento a mi lado. Al final cerró los ojos y, cuando el ritmo de su respiración cambió, supe que se había quedado dormido.

Y entonces me vestí y me marché.

HUNT

CUANDO ME DESPERTÉ a la mañana siguiente, se había marchado.

Ni una nota.

Nada. Absolutamente nada.

Aquella mujer no se andaba con rodeos, ¿no?

Todas las mujeres a las que había llevado a mi casa se habían quedado hasta la mañana siguiente. La mayoría incluso más tiempo. E incluso había llegado a un punto en que había tenido que ofrecerme a llevarlas a casa porque no pillaban la indirecta.

Pero ella debía de haberse marchado en cuanto había salido de su cuerpo.

Era como un hombre, pero en mujer.

Mi semana transcurrió con su caos habitual. Había demasiadas cosas que hacer y el día no tenía horas suficientes. Aunque trabajara día y noche, no sería capaz de ocuparme de todo. Pese a que tenía ejecutivos al cargo de lugares que yo nunca visitaba físicamente, seguía sin cubrir terreno suficiente.

Pero, para un hombre como yo, ni siquiera tenerlo todo era suficiente.

Me quedé tan absorto en el trabajo que dejé de pensar en la mujer a la que había llevado a mi apartamento. Pero, como si fuera un pensamiento siniestro que se negaba a desaparecer, me perseguía. Aparecía en mi mente en los momentos más extraños, hasta en medio de una reunión.

No les dije a mis amigos nada sobre ella, manteniendo la palabra que le había dado a Titan. Ella no quería que nadie supiera lo nuestro para evitar la obsesión pública que me seguía allá adonde iba, y yo respetaba su petición.

Después de todo, yo era un caballero.

Había hecho que se corriera, como todo caballero debería hacer.

Pero había esperado que me llamara a la oficina o que consiguiera mi número de teléfono. Le había dejado una tarjeta a su ayudante para que supiera cómo contactarme, pero no había oído ni una sola palabra de ella.

Era como si aquella noche nunca hubiera tenido lugar.

Debería estar feliz. Así era exactamente como me gustaba que fueran mis líos, con una ruptura limpia. En cuanto cerraba la puerta, no quería volver a ver a esa mujer en mi vida. No quería que me llamara a todas horas para pedirme otra cita.

Pero ahora que no había más que silencio, me estaba cuestionando mis preferencias.

Creía que estar con ella una vez me satisfaría lo bastante como para dejar de pensar en ella.

Pero, joder, quería más.

¿Por qué coño me pasaba aquello?

¿Era porque el sexo había sido increíble? ¿O se debía a que no le importaba una mierda si estaba vivo o muerto?

No tenía ni idea.

En el centro de la ciudad iban a celebrar la inauguración de un nuevo club y me habían invitado. Había pensado en ir con los chicos para gastar dinero, enrollarme con alguna tía y hablar de estupideces sobre cualquier competición que tuviéramos.

Y me preguntaba si ella asistiría.

Había estado en el Atlas, que era propiedad del mismo dueño que este nuevo local.

Así que había posibilidades. Me encontraría con ella de forma natural y vería qué rumbo tomaban las cosas. Si no estaba allí, tendría que pensar otro plan.

EL SONIDO de los tonos graves amortiguaba gran parte de la conversación. Tanto Pine como Mike tenían a una chica bajo el brazo en el reservado. Una de sus amigas se sentó a mi lado, pero yo no entré al trapo. Era guapa, desde luego, pero yo tenía la mente en otro sitio.

Mis ojos estaban clavados en la entrada.

Habíamos llegado tarde a propósito. Nunca acudíamos a ningún sitio hasta el último minuto y, por supuesto, siempre había una mesa esperándonos. Mi mirada se centró en un grupo de mujeres que acababa de entrar, pero ninguna de ellas era Titan.

Pine agitó la mano delante de mi cara.

—¿A quién buscas? Tienes a la mujer ideal aquí mismo. —Señaló con el pulgar a la rubia que había a mi lado, cuyo nombre no conocía.

No le respondí y permanecí con los ojos fijos en la puerta.

—Seguro que está buscando a Titan —comentó Mike.

—¿Todavía sigues empeñado en ella? —preguntó Pine con incredulidad—. Está buena, pero parece muy estirada.

—No es muy estirada. —No pude atenuar el enfado de mi voz. Había tocado una fibra que no sabía que tenía.

Pine levantó ambas manos al darse cuenta de que me había molestado.

—Vale... pues no es muy estirada. Pero tú sí.

Aquel insulto me parecía bien si estaba dirigido a mí. Porque yo era el tipo más estirado del planeta.

—¿Ha pasado algo más con ella? —quiso saber Pine.

Yo les contaba todo a mis amigos. Habíamos pasado por mucho juntos, por muchos altibajos. Era raro no decirles la verdad cuando me hacían una pregunta

directa, pero tenía que proteger la reputación de Titan.

—No.

—Entonces no vas a conseguirlo nunca —dijo Pine.

—De todas formas, está con Thorn Cutler —dijo Mike—. Que yo recuerde, siempre han estado saliendo y dejándolo.

Giré la cabeza de golpe hacia él, con tanta fuerza que casi me dio un tirón.

—¿Qué?

—Thorn Cutler —repitió Mike—. Lo conoces.

Había oído hablar de él, pero no le había dado importancia.

—¿Está saliendo con él?

Mike se encogió de hombros.

—Eso he oído. No parece que se haya confirmado o negado nunca porque su relación es bastante reservada, pero siempre se los ve juntos.

¿Tenía novio?

¿Lo había engañado conmigo?

Me hervía la sangre al pensarlo, me asqueaba que una persona hiciera algo tan deshonesto. Pero cuando pensé en su carácter, en su evidente preocupación por la opinión que tenían los demás de ella, me di cuenta de que no tenía sentido. Tenía que haber algún tipo de explicación.

Le concedería el beneficio de la duda.

—Hablando del rey de Roma... —Pine hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Titan entró con Thorn Cutler a su lado. No estaban dándose la mano ni mostraban ningún gesto de afecto, pero estaban cerca, más cerca de lo que estarían dos amigos. Las dos chicas con las que la había visto la última vez aparecieron detrás de ella. Una era modelo y la otra era empresaria. Su círculo de amistades era muy cerrado, al igual que el mío.

Se sentaron a una mesa que evidentemente habían reservado para ellos. Thorn pidió las bebidas, escogiendo para ella un Old Fashioned, y empezaron a charlar. Hubo intercambio de risas y en sus rostros se dibujaron varias sonrisas.

Thorn y Titan estaban cerca, rozándose los hombros. Thorn miraba hacia la muchedumbre, más interesado en ver quiénes eran los otros asistentes que en prestarle atención a ella.

Aquello me resultó extraño.

Cuando me di cuenta de que llevaba mirando más tiempo del debido, aparté la vista. No sabía cuál sería mi próximo movimiento. Thorn complicaba las cosas. No era asunto mío si se acostaba con él o no, pero, de todos modos, quería saberlo.

ME ENTRETUVE viéndolos juntos en la pista de baile. Las chicas se movían al compás de la música y no pasó mucho tiempo hasta que algunos hombres se unieron a ellas, haciendo lo posible por acercarse todo lo que podían. Un chico agarró a Titan de la mano y le hizo dar una vuelta.

Y ella se dejó llevar.

Mis ojos se desviaron inmediatamente hacia Thorn.

Los miró y después sacó el teléfono y escribió un mensaje.

No le importaba una mierda. Ni lo más mínimo.

Ahora tenía incluso más sospechas que antes. Si Titan fuera mi mujer, no dejaría que bailase con otro tío mientras yo me entretenía con el teléfono.

Siguieron moviéndose al ritmo de la música y cuando él le pasó la mano por la cintura, algo estalló dentro de mí.

Me levanté del asiento, caminé hasta la pista de baile y la tomé para mí.

¿Qué cojones estaba haciendo?

La hice girar y la atraje hacia mi pecho, bailando con ella como si yo hubiera estado allí en todo momento.

La mirada que me dirigió Titan fue una mezcla de horror y de sorpresa evidente. Perdió el compás de los movimientos antes de volver a coger el ritmo.

Yo miré fijamente al otro hombre, indicándole que se retirara si quería conservar la cabeza sobre los hombros.

Tomó la decisión adecuada y se alejó.

La acerqué más a mí y bailé con ella, mirándonos a los ojos como nos habíamos mirado mientras follábamos en mi cama una semana antes. Recordaba perfectamente lo que se sentía al estar entre sus piernas. Tenía el pene duro como una piedra, y estuve a punto de estallar cada segundo que pasé hundido en su entrepierna. El sonido de su orgasmo permanecería eternamente grabado en mi mente, al igual que el gesto de su cara al correrse sobre mi erección.

Sus amigas terminaron la canción y se alejaron con sus citas, acercándose a la barra para hidratarse. Yo le cogí la mano a Titan y me la llevé de la pista de baile, apartándonos de sus amigas y de mis amigos.

Ella no se separó, como había pensado que haría.

Cuando estuvimos en la oscuridad, alejados de todo el mundo, dije por fin lo que pensaba.

—Ha pasado mucho tiempo, Titan.

—Supongo. —Se colocó el pelo con las puntas de los dedos, domando los mechones rebeldes después de haberlo dado todo en la pista. Llevaba un vestido sin mangas de color burdeos, un tono que quedaba bien con su piel, y unos pendientes de diamante que valían más que el coche de la mayoría de la gente. El collar que le rodeaba el cuello parecía tener un precio diez veces superior. No

llevaba demasiadas joyas, pero sin duda escogía piezas elegantes para destacar su valor.

Me había quedado anonadado cuando había actuado como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Si ella me hubiera visto primero, probablemente no se habría parado a saludarme. No debería sorprenderme, y sin duda no debería importarme, pero lo cierto era que me importaba.

—He oído que Thorn y tú estáis saliendo. —No formulé la pregunta directamente, porque quería ver cómo reaccionaría ante aquella especulación.

Me sostuvo la mirada sin miedo y sin pronunciar palabra.

Yo guardé silencio, sin ceder.

Y ella tampoco cedió.

Madre mía, qué testaruda era.

—¿No tienes nada que decir?

—Yo no hablo de mi vida privada.

Incliné la cabeza, molesto por su actitud beligerante.

—Mi vida personal no es asunto tuyo, Hunt.

—Ah, ¿no? —pregunté—. Porque la semana pasada te acostaste conmigo.

—¿Y? —preguntó con frialdad—. ¿Es que un hombre puede acostarse con cualquiera, pero una mujer no?

—¿Acaso te acuestas con cualquiera?

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿De qué va todo esto, Hunt? ¿De verdad has venido aquí para interrogarme? Tienes pinta de ser un hombre al que no le importa que una mujer con la que se ha acostado una vez se tire a otro.

Cuando lo explicó de aquel modo, pareció que yo estaba reaccionado de forma exagerada.

—No me van mucho las infidelidades.

—A mí tampoco.

Si esa era su respuesta, imaginaba que no tenía nada de lo que preocuparme. Aquello explicaba por qué a él no le importaba que se pegara a otro tío en la pista de baile. Explicaba por qué le interesaba más su teléfono que lo que hacía ella.

Titan me sostuvo la mirada un poco más antes de mirar por encima del hombro.

—Creo que debería marcharme ya. Ha sido un placer verte, Hunt. —Se dio la vuelta.

La sujeté y la atraje de nuevo hacia mí. Justo cuando abrió la boca para sermonearme, la llevé hacia la pared y la besé. Mi mano se cerró en un puño sobre su cabello suave, y la envolví entre las sombras. En cuanto mi boca estuvo

sobre la suya, me devolvió el beso de inmediato. No hubo duda alguna por su parte.

Me deseaba.

Me froté contra ella mientras la música sonaba por los altavoces, ambos rodeados de ruidosas conversaciones. Ya estaba empalmado y apreté mi erección contra su vientre, queriendo que supiera que la deseaba tanto como la otra noche. Nuestras bocas se devoraron mutuamente y nuestras lenguas se entrelazaron, bailando con erotismo.

Deslicé la mano bajo su vestido y metí la mano por su ropa interior. En cuanto toqué sus pliegues, noté su humedad.

Estaba empapada.

Estaba claro que me deseaba.

Mantuve la boca junto a la suya, pero puse fin al beso.

—Ven a mi casa.

Dejó de mirarme a los labios y alzó la vista hacia mis ojos.

—Aquello fue un lío de una noche, Hunt.

—Tus bragas mojadas no dicen lo mismo.

Entrecerró los ojos enfadada, pero el resto de su cuerpo cobró vida, sacudido por una corriente eléctrica. Se le aceleró el pulso y se le descontroló la respiración. Sus mejillas, pálidas por lo normal, estaban teñidas de rubor.

—No.

—Sí.

Las mejillas se le sonrojaron más cuando me negué a aceptar su respuesta.

Froté mi erección contra su clítoris, rozándole aquel punto del modo que volvía locas a todas las mujeres.

Soltó un gemido involuntario.

Llevé la boca a su oreja.

—Ningún hombre puede hacer que te corras como yo.

Con reticencia, me rodeó el cuello con los brazos y respiró directamente contra mi oreja.

—Ahora, ven a casa conmigo.

ESTABA de rodillas detrás de ella, introduciendo mi enorme sexo en su entrepierna, increíblemente estrecha. Incluso a través del condón podía sentir lo húmeda que estaba. Había cúmulos de sus fluidos por todo el preservativo, porque se había corrido varias veces sobre mi erección.

Sus gritos quedaban amortiguados cuando apretaba la cara contra las sábanas. Tenía las bragas en los tobillos y el vestido levantado para que yo pudiera penetrarla. Ni siquiera me había quitado la camisa antes de pasar a la

acción.

Tenía las manos en sus caderas y ella me agarraba las muñecas para sostenerse mientras nuestros cuerpos resbaladizos se movían al unísono. Tenía el trasero en pompa y aquel precioso ano me devolvía la mirada. Su cuerpo era hermoso, perfecto y sensual. Me encantaba pasar la lengua por su piel, saboreándola y marcándola al mismo tiempo.

Se volvió a correr con la entrepierna llena de mi sexo.

—Hunt...

Cerré los ojos un instante, deleitándome en el sonido de mi nombre. Nunca había disfrutado tanto haciendo correrse a una mujer. Hacer que se corriera bastaba para que yo llegara al orgasmo, pero la había llevado al éxtasis tres veces antes de permitirme liberarme.

Me la follaba como si tuviera algo que demostrar.

Me la follaba como si no quisiera que me olvidara.

Me la follaba para que estuviera allí por la mañana.

Cuando estuve preparado para explotar, salí de ella, me quité el preservativo y me corrí sobre sus nalgas. Quería que mi semen la tocara directamente para reclamarla de un modo en que no podían hacerlo otros hombres. Me masturbé con fuerza y deposité hasta la última gota en su exquisita piel. Un último gemido escapó de mis labios cuando terminé.

Se quedó en la cama con la cara en las sábanas, igual de exhausta que yo.

Me aseé en el baño y me deshice del condón. Lo amable habría sido llevarle papel higiénico para limpiarla, pero quería que lo hiciera ella misma. Quería que sintiera cuánto semen había derramado por todo su cuerpo.

Cuando entró en el baño, miró su reflejo en el espejo.

Y lo vio.

Los ojos se le contrajeron de excitación. Su reacción fue breve, pero yo alcancé a verla.

Y sonreí.

Volvió al dormitorio y encontró sus bragas en el suelo.

Di unas palmaditas junto a mí en la cama, ordenándole en silencio que se tumbara a mi lado.

Miró aquel lugar antes de subirse las bragas y colocarse el vestido.

¿Alguna vez hacía caso?

—Titan. —Volví a dar unos golpecitos, haciendo que las sábanas se hundieran bajo mi mano.

Ella rechazó mi invitación.

—Debería marcharme... —Se dio la vuelta para coger los zapatos.

Entonces le rodeé la cintura con el brazo y tiré de ella hacia la cama. Chocó

contra mi pecho cuando los dos estuvimos en el centro del colchón.

—¿Es que las cosas contigo siempre son negocios y punto?

—Cuando no son más que negocios, sí. —Se incorporó, apoyándose sobre un codo, y me miró. Cuando tenía el pelo así de alborotado y el rímel corrido, estaba incluso más sensual. Parecía que un hombre muy atractivo acabara de follársela con ganas. Tenía los labios hinchados y el pintalabios había desaparecido, porque estaba por algún lugar de mi cuerpo.

Eché la cabeza hacia atrás, me apoyé en la almohada y la contemplé desde una perspectiva perfecta. Su cuerpo largo estaba estirado sobre la cama, y veía cómo su torso acababa en una cintura estrecha. La prefería desnuda, pero estaba igual de buena con aquel ceñido vestido.

Me puso la mano en el vientre y la deslizó lentamente por los abdominales, pasando los dedos por los duros surcos de mis músculos. Llamaba la atención el gran contraste entre sus dedos suaves y la dureza de mi cuerpo. Era como frotar una pluma contra una lija. Su mirada se ensombreció imperceptiblemente, pero la reacción fue suficiente para hacerme saber que había disfrutado de la caricia.

Me alegraba que le gustara tocarme tanto como a mí me gustaba tocarla a ella.

Giró la cabeza hasta que sus ojos aterrizaron en los míos. Analizó mi cabello revuelto antes de fijarse en mis labios.

—Eres un hombre muy atractivo. —Subió la mano hasta mi pecho, palpando los músculos duros de mis pectorales.

Titan no era el tipo de persona que hacía cumplidos y, cuando los hacía, era porque te los habías ganado.

—Gracias.

Su mano serpenteó hacia abajo de nuevo, y dibujó líneas por mi piel con las puntas de los dedos hasta que llegó al vello abdominal. Lo tocó antes de volver a subir la mano.

—Y tu casa también me gusta.

—A lo mejor algún día puedo ver yo la tuya. —Las palabras aparecieron en mi cerebro sólo un milisegundo antes de que las pronunciara. Como el triunfador que era, siempre pensaba todo lo que decía con cuidado antes de permitir que otra persona escuchara mis palabras. Pero con Titan, no pensaba demasiado.

Simplemente actuaba.

Su mano continuó explorando mi cuerpo, y sus ojos no mostraron ni la más mínima reacción ante lo que había dicho.

¿Qué le pasaba por la cabeza?

—Espero que tus amigas no estén preocupadas por ti.

—Saben que puedo cuidar de mí misma. —Tenía respuesta para todo, como

si ya hubiera presenciado aquella conversación y hubiera ensayado qué decir. Ni una sola vez la había visto nerviosa. Hasta cuando se enfrentaba a preguntas difíciles, las sorteaba sin titubear. No sólo era la mujer más rica del mundo, también era la más grácil—. Y ellas pueden cuidar de sí mismas.

—¿Saben algo de mí?

—¿Qué es lo que deberían saber?

Me apoyé en un codo para que estuviéramos cara a cara. Hasta cuando moví el cuerpo, la palma de su mano permaneció pegada a mi musculoso torso. Podía actuar con toda la indiferencia que quisiera, pero su afecto era indiscutible.

—Que no sólo hago que te corras con intensidad, sino que también lo hago bien.

Cuando sonrió, no esgrimió aquella sonrisa diplomática que tenía reservada para sus adversarios. Ahora su boca mostraba una sonrisa amable, y sus ojos reflejaban un ligero afecto. Subió la mano por mi pecho y por el cuello hasta que sus dedos llegaron a la mandíbula. Tocó la barba que me había crecido desde aquella mañana. El vello era oscuro y áspero en la zona donde exploró mi barba incipiente.

—No les he hablado de ti, pero lo haré.

—Parece que confías en tus amigas.

—Claro que sí. Son mi familia.

Yo no sabía nada de su familia. Sólo sabía que era inmensamente rica, elegante e inteligente. Pero ahora tendría que investigar un poco... sobre todo a Thorn Cutler.

—¿Le hablarás a Thorn de mí?

Su sonrisa no se desvaneció.

—Para ser un hombre al que sólo le interesa el sexo, haces muchas preguntas.

—¿Quién ha dicho que a mí sólo me interesara el sexo?

Me estudió con aquellos ojos vigilantes.

—Bueno, pues a mí es lo único que me interesa. Espero lo mismo por tu parte.

Todas las mujeres con las que había estado querían más. Si les pidiera que se quedasen, lo harían. Si les pidiera que dejaran el trabajo y huyeran conmigo a Grecia, lo harían. Nunca había conocido a una mujer tan despegada, tan indiferente. Sin duda alguna, se trataba de una experiencia diferente.

—Tengo una mente abierta.

—Yo no. —Se incorporó y se arregló el pelo antes de desplazarse hasta el borde de la cama—. Gracias por esta agradable noche.

No quería que se marchara, pero ya le había pedido que se quedara una vez.

No podía hacerlo de nuevo.

—Ya sabes dónde encontrarme si te entran ganas y necesitas saciarlas.

Se puso los zapatos de tacón y se levantó.

—Lo tendré en cuenta.

No estaba seguro de por qué había esperado que aquella noche fuera distinta de la anterior. Ella sólo me veía como a una máquina de follar, un hombre que conseguía que se corriera en el momento preciso. Y a mí me parecía perfecto, más que perfecto. Me la había follado una vez para mi propia satisfacción. Ahora me la había vuelto a tirar y estaba preparado para pasar página.

¿O no?

Me vestí y la acompañé a la puerta.

—¿Puedo llevarte a casa?

—No, gracias. —Cogió el bolso del lugar donde lo había dejado en la entrada. Tenía el pelo arreglado y no parecía que acabara de echar un polvo, de no ser porque ya no tenía pintalabios—. Adiós, Hunt. —Me deslizó la mano por el pecho desnudo y me besó en la boca, depositando un beso suave y maravilloso.

Aquella boca era perfecta. Le devolví el beso y le di un pequeño mordisco en el labio inferior, arrancándole un callado suspiro de su esbelta garganta. La dejaba sin respiración, y los dos lo sabíamos. Su cuerpo anhelaba mis caricias, mis besos. Lo había demostrado aquella noche en el bar. En cuanto había pegado mi cuerpo al suyo, había caído rendida a mí.

Y volvería a ser mía.

—Buenas noches, Titan.

Me bajó la mano por el pecho mientras se alejaba, arañándome suavemente con aquellas uñas largas durante su partida. Su trasero respingón se bamboleaba al caminar, tan sensual con el vestido como cuando estaba al desnudo. Los tacones golpeaban contra el suelo de parqué mientras se alejaba, un sonido elegante que anunciaba su marcha.

Me la quedé mirando mientras entraba en el ascensor y se daba la vuelta. Yo sólo llevaba los pantalones del traje, y estaba descalzo. Mi cuerpo duro todavía estaba tenso por la adrenalina que había provocado con sus caricias. La examiné de un modo íntimo, observando cada una de las facciones de su rostro. Cuando miraba a una mujer durante demasiado tiempo, ella acababa por bajar la vista. La pasión resultaba demasiado.

Pero Titan no era una mujer que apartara la vista.

Me sostuvo la mirada, negándose a dejarse intimidar por ningún hombre, ni siquiera por mí.

Nuestros ojos permanecieron fijos, el ascensor emitió un pitido y las puertas

empezaron a cerrarse lentamente.

Se deslizaron hacia el centro, dejando su perfil cada vez menos visible. Su cuerpo desapareció hasta que sólo pude ver un centímetro de ella.

Y las puertas se cerraron.

Ninguno de los dos ganó el enfrentamiento.

Pero tampoco lo perdió ninguno.

TATUM

NINGÚN HOMBRE me lo hacía como Hunt.

Madre mía, era una máquina.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un sexo tan magnífico, y no es que mi vida sexual fuera aburrida. La tenía grande y ciertamente sabía cómo usarla. Sus besos eran abrasadores, su contacto resultaba seductor y sabía perfectamente cómo acariciar un clítoris.

De hecho, notaba escozor, pero me gustaba.

Yo nunca me quedaba a dormir en la casa de un hombre, no cuando se trataba de encuentros ocasionales. Siempre me escapaba de allí antes de que las cosas pudieran complicarse. No tenía tiempo para complicaciones.

Ni para nada más.

Hunt parecía ser el tipo de hombre que tampoco buscaba algo serio. Por lo que había indagado sobre él, era la clase de hombre que normalmente iba con dos mujeres, una en cada brazo. Nunca lo fotografiaban con la misma mujer dos veces, y era aclamado como todo un símbolo sexual al que otros hombres admiraban. Sin duda alguna, no era un hombre que fuera a tener esposa e hijos algún día.

Era perfecto para mí.

Pero nuestro acuerdo tenía que llegar ya a su fin. Ya había roto mi norma de acostarme con alguien una sola vez porque me había seducido sin piedad. Pero no podía volver a suceder nunca más. Lo habíamos pasado de maravilla, pero ahora necesitábamos olvidarnos el uno del otro y seguir con nuestras vidas.

No importaba lo bueno que estuviese.

Pasaron unos días sin que supiera nada de Hunt. Di por hecho que él quería pasar página al igual que yo, pero mentiría si dijera que no pensaba en aquel cuerpo tonificado y en aquellos brazos musculosos. Tenía unos hombros sensuales, anchos y fuertes. En él todo era masculino de forma innata, era el hombre más perfecto del planeta. Cuando hundía su dura erección en mi cuerpo, me sentía mujer, únicamente mujer. No era directora ejecutiva, un modelo a seguir ni una empresaria implacable.

Era una mujer, nada más.

Y era agradable.

Incluso había jugado con mi vibrador unas cuantas veces aquella semana mientras pensaba en él.

Pero aquel recuerdo se desvanecería con el tiempo. Mi atracción desaparecería cuando encontrara a mi próxima pareja. Él volvería a ser un socio de negocios con el que rara vez interactuaba. Y para mí aquello era perfecto.

Estaba en mi despacho cuando sonó mi teléfono móvil y el nombre de Isa apareció en la pantalla. Sólo mis mejores amigos y mis socios empresariales podían contactarme directamente. El resto del mundo tenía que pasar por uno de mis cuatro ayudantes, e incluso así era difícil contactar conmigo.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal va todo?

—Bien. Acabo de salir de una reunión hace cinco minutos.

—Uf, odio las reuniones. Tengo la sensación de que nos sentamos y hablamos, pero no se avanza nada.

Activé el altavoz para poder revisar el correo electrónico al mismo tiempo.

—Ya sé de qué me hablas.

Después de una pausa elocuente, abordó el verdadero motivo de su llamada.

—Bueno... La otra noche desapareciste sin dejar rastro. ¿Adónde fuiste?

No le había hablado de Hunt. Iba a hacerlo, pero había planeado contárselo cuando estuviéramos las tres juntas.

—Me fui con un chico.

—Uhh... ¿Qué chico?

—Uno que está muy bueno.

—Cuéntamelo todo.

—Bueno... Te acuerdas de Diesel Hunt, ¿verdad?

Después de una pausa prolongada, casi dejó escapar un grito.

—Dime que no lo has hecho.

—Lo he hecho.

—¿Y cómo estuvo?

Un escalofrío me recorrió la columna sólo al pensar en ello.

—Increíble.

—Ahora mismo me estoy muriendo de envidia.

—Lo cierto es que todas las mujeres deberían morir de envidia. Tres veces.

—¿Te folló tres veces? ¿O hizo que te corrieras tres veces?

Sonreí.

—Las dos cosas.

—Uff... Suena de maravilla.

—Y no era la primera vez. Nos liamos también hace dos semanas.

Esta vez su pausa contenía un millón de sentimientos más.

—¿Te acostaste con él dos veces?

—Sí.

—¿Tú?

—Ajá.

—¿Tatum Titan?

—La misma.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó—. ¿Te gusta de verdad?

Lo respetaba, y eso era mucho decir viniendo de mí. Me gustaban sus besos y sus caricias, pero mis sentimientos por él no existían más allá de lo físico.

—No en el sentido romántico. Le he dicho que no volverá a ocurrir.

—¿Y le ha parecido bien?

—Es un mujeriego. Sí, le ha parecido bien.

—¿Y qué opina Thorn al respecto?

—Todavía no he hablado con él.

—Pero si sois inseparables. Me tienes asombrada.

—Esta noche vamos a cenar juntos, así que le haré un resumen. ¿Y tú qué? ¿Pasó algo esa noche?

—Pues...

Ignoré los correos y centré toda mi atención en nuestra conversación.

—¿Pues qué? ¿A quién te llevaste a casa?

—A Pine Rosenthal.

No me sonaba aquel nombre.

—No sé muy bien quién es.

—Su familia tiene un montón de bancos. Es rico de nacimiento.

La mayoría de las personas ricas lo eran.

—¿Te gusta?

—Es fantástico en la cama. Sí, me gusta.

—¿Vas a volver a verlo?

—Eso espero —dijo—, pero me lo estoy tomando con calma.

—Bien. Siempre hay que hacer que se lo curren.

Isa apartó el teléfono para poder hablar con su ayudante. Intercambiaron algunas palabras antes de que volviera al teléfono.

—Guapa, tengo que dejarte.

—Luego hablamos. —Colgué y entonces me fijé en que tenía un correo nuevo en la bandeja de entrada.

De Diesel Hunt.

SEÑORITA TITAN:

Voy a llevarla a comer en quince minutos.

Ahora nos vemos.

H.

¿QUÉ COÑO ESTABA PASANDO? ¿Por qué creía Diesel que tenía derecho a entrar en mi despacho cuando le diera la gana? Nuestra última conversación había sonado

a final, lo cual me había hecho pensar que nunca volveríamos a vernos de manera intencionada.

Entonces, ¿qué estaba haciendo?

Eché un vistazo por las puertas de cristal de mi despacho y vi una figura alta con traje negro. Reconocí aquellos hombros anchos porque me había aferrado a ellos en varias ocasiones. Mis uñas recordaban su piel dura, porque casi se la había cortado hasta hacerle sangrar. Aquel cabello oscuro estaba perfectamente peinado, y se me entumecieron las yemas de los dedos al pensar en alborotárselo mientras me penetraba en la cama.

La voz de Jessica se oyó a través del interfono un instante después.

—Titan, Diesel Hunt ha venido a verte. Dice que tiene una reunión para comer contigo, aunque no lo veo en la agenda.

Porque no estaba en la agenda.

—Gracias, Jessica. —No dejé que la irritación que sentía se reflejara en mi voz—. Dile que pase. —Cuando solté el botón, me di cuenta de la fuerza con la que lo había pulsado. Me dolía la articulación del dedo.

Hunt entró, llenando mi espacio de una masculinidad imperiosa, como si se tratara de su propio despacho. Con una mano en el bolsillo, caminó hasta mi escritorio con aire regio. Sus ojos mostraban una sonrisa, lo cual me dejó claro que sabía que aquello me molestaría, pero que a él le hacía gracia de todos modos.

—Señorita Titan.

—Titan, por favor.

Asintió brevemente antes de sentarse. Estiró sus largas piernas frente a él; los abultados muslos se percibían a través de los pantalones del traje. Ahora que lo había visto desnudo, sabía exactamente por qué la ropa se le adaptaba al cuerpo de una forma tan perfecta. Comprendía por qué el traje se tensaba sobre sus hombros anchos: porque su cuerpo era pura perfección.

Se acomodó como si estuviera en su casa. Su personalidad arrolladora impregnó el aire y yo me vi forzada a respirarla. Se imponía en toda la sala con su silencio, rebosando de forma natural el tipo de fuerza que estaba fuera del alcance de los hombres normales y corrientes.

Lo contemplé fijamente con las piernas cruzadas bajo el escritorio. Si cualquier otra persona hubiera intentado aquella treta, le habría dejado las cosas bien claras y le habría dado una patada en el culo. Pero Hunt era diferente. De algún modo, aplacaba mi enfado con su atractivo.

—¿Puedo ayudarte, Hunt?

—¿Dónde quieres ir a comer?

—Ya he comido.

—Mentirosa.

Entrecerré los ojos al oír su acusación.

—¿Qué? —preguntó con una sonrisa—. Me gusta regañar a la gente cuando miente.

—Qué coincidencia. A mí también.

Aquella sonrisa encantadora no se movió de su sitio.

—Estoy muy ocupada, así que no sigas malgastando mi tiempo. ¿Qué es lo que quieres?

Inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, sin que la intensidad de su mirada se atenuara en ningún momento. Me miró exactamente como me había mirado cuando estaba en su ascensor. Su mirada era intrusiva, como si pudiera verme desnuda hasta cuando estaba completamente vestida.

—A ti.

—A mí no puedes tenerme. —Ningún hombre podría tenerme nunca. Hunt no sería distinto.

—Pues yo pienso lo contrario. Te lo demostraría si no tuvieras puertas hechas de cristal.

Maldito engreído.

—O bueno, puedo demostrártelo de todas formas, si a ti no te importa.

Mis muslos se tensaron involuntariamente, afectada por la arrogancia de aquel hombre tanto como por su sensualidad.

—No estoy interesada en mantener una relación contigo, Hunt. Y, si no me equivoco, me parece que tampoco a ti te interesa tener una relación conmigo. —Prefería acostarse con una mujer distinta cada noche, follándose a una mientras otra esperaba su turno pacientemente, como si fuera un perro. Su gran masculinidad y sus niveles extremos de testosterona me resultaban instintivamente deseables, pero sólo de manera temporal.

—Somos de la misma opinión, Titan —dijo—, pero sigo deseándote.

—Yo a ti no.

Su sonrisa se ensanchó más que antes, y la arrogancia resplandeció en sus ojos.

—Mentira.

Volví a apretar los muslos.

—No quiero que me relacionen contigo, Hunt.

—¿Por qué no?

—Ya te he dicho por qué.

—No tiene por qué saberlo nadie. Soy un caballero capaz de guardar un secreto.

Guardar un secreto no tenía la menor importancia.

—Para ser clara: no eres lo que estoy buscando.

—¿En serio? —preguntó, ladeando más la cabeza—. Entonces, ¿qué es lo que estás buscando?

Como si fuera a contárselo a él.

—Eso da igual.

—No da igual. —Tenía la mandíbula perfectamente rasurada, y no se le veía la sombra de la barba a aquella hora tan temprana del día—. Porque puedo darte exactamente lo que estás buscando.

No era muy probable.

—No lo creo.

—Ponme a prueba.

No pensaba revelar ese secreto nunca. Confiaba en que Hunt no le contara a nadie que se había acostado conmigo, pero no confiaba en que no le hablase al mundo entero de... mis fetiches.

—Hunt, sólo voy a decirlo una vez. Sea lo que sea lo que haya pasado entre nosotros, se ha terminado.

—Cuando dejes de apretar los muslos, te creeré.

¿Cómo lo sabía? El escritorio se encontraba entre nosotros, así que no podía verlo. A menos que estuviera deduciendo que mentía.

—Te deseo, Titan. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. Follamos bien juntos. Follamos como deberían follar un hombre y una mujer. Quiero seguir haciéndolo... y tú también.

Eso era cierto, con algunos detalles.

—Creo que simplemente odias que te digan que no.

—Soy un hombre adulto, no un niño. Ya lo he demostrado muchas veces.

—Entonces eres un capullo arrogante que no va a detenerse hasta conseguir lo que quiere.

Se puso de pie y se acercó a mi mesa, y su altura proyectó una amplia sombra sobre la superficie, a pesar de que la luz del sol entraba por la ventana. Apoyó sus grandes manos contra la madera blanca de la mesa, reclamando toda mi atención.

—Sí, estoy acostumbrado a salirme siempre con la mía, pero el único motivo por el que estoy aquí es porque te deseo, no porque no me dejes tenerte.

Durante un breve instante, quise sucumbir y decirle la verdad. Quise contarle hasta el más íntimo de mis secretos, hablarle de las cosas tan ardientes que me consumían. Quise decirle cómo quería que me tocara exactamente, cómo quería que me follase.

Pero el pensamiento racional se impuso una vez más.

—Tengo una agenda bastante apretada, Hunt. Ya sabes dónde está la salida.

—Como había hecho en los miles de reuniones que había tenido en mi vida, mantuve la voz firme, sin importar lo hostil que fuera el cliente. Lo miré a los ojos, con las manos apoyadas tranquilamente sobre la mesa.

Hunt ni se inmutó, su potente masculinidad llenaba el aire entre nosotros.

—Adiós, Titan. —Por fin retrocedió, alejando de mí y de mis muebles sus brazos largos y musculosos. Aquellos músculos tensos podrían hacer pedazos fácilmente mi precioso escritorio si estallaba. Sus ojos marrones permanecieron clavados en los míos, llenos de autoridad—. Por ahora.

ENTRÉ en el restaurante y me encontré a Thorn sentado en nuestra mesa habitual. Llevaba un traje y una corbata de color azul oscuro, y zapatos negros brillantes. En su muñeca relucía un reloj de oro blanco, una pieza de joyería que tenía más valor que el restaurante. Estaba hablando por teléfono, pero se lo guardó rápidamente en el bolsillo una vez que me vio acercándome a la mesa.

Se puso de pie, abrumándome con su altura, varias decenas de centímetros superior a la mía. Me pasó el brazo por la cintura y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, Old Fashioned. —Me sacó la silla y me ayudó a tomar asiento antes de volver a sentarse él.

—Siento llegar tarde. Me han entretenido en la oficina.

—No te preocupes. Así he tenido más tiempo para beber. —Sostuvo en alto la copa, que contenía un líquido de un intenso color rojo. La agitó antes de llevársela a los labios, adoptando de nuevo su humor sombrío. Cada vez que nos encontrábamos rodeados por más personas, construía unos muros tan altos que apenas permitían ver el cielo—. ¿Vino?

—Claro.

Me llenó una copa antes de apoyar los codos en la mesa, con sus ojos azules fijos en mí.

—A Bruce Carol le va cada vez peor. Por lo que he oído, va a hacer público todo esto, probablemente hará una subasta.

Mi cuerpo se tensó, como siempre que oía una oportunidad evidente.

—¿Cuándo?

—Pronto. Tendremos que hacer nuestra jugada.

Thorn y yo éramos el tipo de adversarios de negocios a los que nadie quería enfrentarse. Sólo nos éramos leales el uno al otro, y éramos enemigos de todos aquellos que no pertenecían a nuestro grupo. Ninguno de los dos tenía debilidades, sólo fortalezas. Unidos formábamos una potencia aterradora.

—Creo que podemos darle la vuelta a ese negocio con bastante facilidad. Con mi experiencia en marketing con la agencia, sé cómo poner su producto en el mapa.

—Yo estaba pensando lo mismo. —Puso los dedos sobre el tallo de la copa—. No se conformará fácilmente aunque esté desesperado. Perder su negocio y que se lo quede una mujer va a hacer que se tire de los pelos. Es un insulto sutil.

Una de las cosas que me gustaban de Thorn era su gran sinceridad. No suavizaba las cosas, no tergiversaba la realidad para que a mí me resultara más sencillo oírlo. El sexismo era un gran obstáculo en mi mundo, y Thorn había decidido no fingir que no existía.

Era uno de los motivos por los que le tenía cariño.

—Cierto.

—Entonces negociamos a la baja, claro, pero si no cae, tendremos que ofrecerle algo mejor. Estaba pensando en una participación en las ganancias del diez por ciento.

—Diez por ciento. —Arqueeé una ceja, molesta por que Thorn lo hubiera propuesto siquiera—. Yo no entrego participaciones en mi empresa.

—No es una participación. Es a corto plazo.

—¿Cómo de corto?

—Un año. Puede que te desprecie por llevar falda, pero no puede ignorar tus méritos. Sabe que así ganará algo de pasta, probablemente más de lo que ha perdido. No lo rechazará. Creo que es la última arma que tenemos en nuestro arsenal.

Era un buen plan B porque era temporal. Thorn ni siquiera tenía acceso a ninguna propiedad de mi compañía, por el momento.

—Pues adelante.

—Dile a tu personal que organice la reunión. Sé que puedes ocuparte de esto tú solo.

A Thorn y a mí nunca se nos veía juntos haciendo negocios. Todo quedaba entre bambalinas. La gente especulaba sobre el tipo de relación que manteníamos, y sus suposiciones nunca eran ciertas.

Y eso era bueno.

—Te aviso cuando la reunión esté concertada.

—Perfecto.

Cuando llegó el camarero, Thorn pidió por los dos. Sabía que yo pediría ensalada, porque era lo que tomaba siempre. Él pidió lo mismo, pero añadió tiras de carne tierna encima. Pusieron una cesta con pan en la mesa, pero ninguno de los dos lo tocó.

Thorn se terminó la copa y volvió a llenarla.

—¿Con quién te fuiste a casa la otra noche?

Abordó justamente el tema del que yo quería hablar.

—Pues es una historia bastante divertida...

—Dudo que me ría.

La gente insistía en que Thorn Cutler era duro y cruel, un empresario despiadado al que sólo le importaba el dinero, pero eso no era completamente cierto. Tenía un corazón que le avergonzaba mostrar, después de que se lo hubieran roto tantas veces.

—Con Diesel Hunt.

Thorn mantuvo los dedos en el tallo de la copa y me miró a la cara con los ojos entrecerrados. Movi6 las cejas, frunciendo el entrecejo y nublando sus atractivas facciones.

—Entonces, después de todo no le interesaba tu negocio.

—Todavía no estoy segura de eso.

—¿Cómo fue?

—Ni te lo imaginas... —Hice girar el vino antes de dar un trago. El pintalabios, de un rojo intenso, dejó una marca perfecta en el cristal. El último lugar en el que habían estado mis labios era la piel de Hunt. Recordaba la calidez y la dureza de su cuerpo bajo las puntas de mis dedos. Quería arañarlo sólo para sentir su fuerza—. Es tan bueno que me he acostado con él dos veces.

El interés de Thorn se difuminó como si fuera vapor.

—Tay, tienes que tener cuidado.

Muy pocas personas me llamaban así. Si alguien lo intentaba sin mi permiso, lo lamentaba.

—Ya se ha acabado.

—¿De verdad?

—Sí. —Hunt había irrumpido en mi despacho y había hecho que me retorciera en la silla, pero no dejé que se saliera con la suya. Yo gané la batalla y él renunció a la guerra.

—No sé mucho sobre él, además de que es un mujeriego. Pero ¿acaso no lo somos todos? —Thorn frunció el ceño, pero en sus labios se dibujó una sonrisa—. Por lo demás, no sé qué clase de hombre es.

—Me dijo que es un caballero y que nunca habla de su vida privada.

Thorn relajó los hombros.

—Bien. Probablemente ya ha acabado contigo y está listo para pasar página, de todas formas.

Eso aún estaba por ver.

—Sí...

—¿Te preguntó por mí?

—Sí. —Me había interrogado con una pizca de celos.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada.

—¿Nada? —preguntó inclinando la cabeza.

—Cambié de tema, le dije que mi vida personal no era asunto suyo.

—Pero ¿cree que estamos juntos?

Después de nuestra conversación en el rincón del bar, no estaba segura de qué opinaba sobre ese tema. Nos habíamos marchado a su casa y lo habíamos hecho como animales.

—No estoy segura de qué es lo que piensa. Si cree que estamos juntos, no parece que le importe demasiado.

—Eso es perfecto. Nunca oigo nada sobre él en los medios de comunicación, así que parece ser un hombre que mantiene en secreto su vida privada. Probablemente le dé igual. No parece ser muy charlatán.

Apenas conocía a Hunt, pero tenía la sensación de que lo conocía desde hacía mucho tiempo. Podía hablar de su carácter sin conocer ningún detalle. Podía hablar de su lealtad sin haberla experimentado nunca. Podía hablar de su compromiso sin haber visto cómo perseguía ninguna meta en su vida.

—No me traicionaría. Es buena persona.

Thorn estaba a punto de darle un sorbo al vino, pero se detuvo y me miró.

—Titan. —Sólo pronunció mi nombre, pero dijo mucho más que eso—.
¿Buena persona?

Bebí el vino, más serena que nunca.

—Estoy empezando a pensar que este tío te gusta de verdad.

—No me gusta. Simplemente sé que es diferente a los demás.

—Diferente, ¿eh? ¿Vas a pedirle que sea tuyo?

Mentiría si dijera que no había pensado en ello.

—No. No cumple los requisitos.

—¿Y eso?

—Es demasiado dominante. Nunca me cedería nada de poder sobre él. —Era uno de los motivos por los que apenas podía mantener las piernas cerradas. Él tenía el tipo de poder que yo ansiaba, el tipo de autoridad que me hacía desear obedecer. Nada me excitaba más que la fuerza descontrolada, y el hecho de que aquel hombre la tuviera, me hacía desearlo todavía más. Pero también hacía que lo evitara como a la peste, porque sabía que nunca podría dejar que me controlara.

Thorn asintió brevemente.

—Cierto. No parece ser el tipo de hombre que se arrodillaría.

—No. —Definitivamente, no lo era.

—Al menos te lo has pasado bien con él. Ahora ya puedes seguir con tu vida. Aquellos sentimientos de lujuria acabarían por desaparecer, al igual que lo

habían hecho otras veces en el pasado. En ese momento, él era una niebla espesa en mi mente. Cada vez que no me concentraba en una tarea, estaba pensando en él. Y cuando cerraba los ojos y me tumbaba en la oscuridad de mi habitación, mi mano actuaba por voluntad propia. Sus intensos ojos color chocolate escudriñaban los míos, palpitantes y aterradores. Me desnudaba únicamente con la mirada y su poder me calaba en las venas como una aguja liberando su droga.

—Sí... Ahora ya puedo pasar página.

8
HUNT

TATUM TITAN.

Toda una obra de arte.

Era obstinada, implacable y un auténtico dolor de muelas.

Me había acostado con muchas mujeres en aquella maravillosa ciudad, pero nunca me había tirado a nadie como me tiraba a Tatum Titan.

Y estaba seguro de que ella tampoco.

Se había deshecho de mí con facilidad, me había eliminado de su vida como si fuera una sudadera que ya no quisiera. No quería salir con aquella mujer ni crear ningún vínculo con ella, pero tampoco quería poner fin al mejor sexo del que había disfrutado en mi vida.

Y también era el mejor sexo del que había disfrutado ella.

Era una corazonada.

Pero me había rechazado de todas formas.

Intenté pensar en mi próximo movimiento, pero no estaba seguro de cómo proceder. Cada uno de mis intentos se veía bloqueado por su crueldad. La última vez que había tenido éxito, estábamos en un rincón oscuro y tenía la erección apretada contra aquel clítoris palpitante. Haber entrado en acción en su despacho, donde había puertas de cristal que permitían a todo el mundo ver lo que hacíamos, probablemente no era la mejor idea.

Teniendo en cuenta que ella era tan reservada con respecto a su vida sexual.

Ni siquiera quería contarme si se estaba tirando a Thorn Cutler.

Aquel maldito cabrón.

Pine entró por las puertas de mi oficina, ignorando a mis ayudantes porque creía tener derecho a ir y venir como le placía.

—No tienes planes para el sábado por la noche, ¿verdad?

—Depende. —Me pasé las yemas de los dedos por la mandíbula, sintiendo la barba incipiente, porque aquella mañana no me había afeitado.

—Pues ahora sí. Vamos a coger tu yate para ir a dar una vuelta.

—¿Mi yate? —Levanté una ceja, constantemente sorprendido de que mi mejor amigo exigiera lo que le daba la gana—. ¿Acaso te parezco Papá Noel?

—No te estoy pidiendo que me lo regales. Y estás invitado.

—Vaya, qué suerte la mía.

—Conocí a una chica la otra noche y va a venir.

—Yo no hago tríos.

Pine se dejó caer en la silla que había frente a mi escritorio, ocupando todo el espacio posible y acomodándose como si estuviera en su casa.

—Sí que los haces.

—Con tíos, no.

—Bueno, de todas formas va a traer a algunas amigas. Dime que te apuntas.

Por lo normal me habría abalanzado sobre aquella oportunidad de pasar el día navegando en el Atlántico con mujeres preciosas a bordo. Pero en ese momento, sólo tenía ojos para una increíble morena que tenía un trasero al que no quería renunciar.

—No me interesa.

—Tienes que estar de coña. ¿Qué problema tienes?

—Ninguno, simplemente no quiero ir.

—¿Porque sigues obsesionado con Tatum Titan? —preguntó con incredulidad—. No quiere chupártela. Supéralo.

Muy al contrario, estaba seguro de que sí quería.

—No se trata de ella.

—Pues claro que sí. ¿Cuántos años hace que soy tu amigo? Sé cuándo quieres follarte a una tía. Pero en este caso no vas a salirte con la tuya.

Guardar el secreto estaba resultando mucho más difícil de lo que yo había pensado.

—Vas a venir.

Pine a veces era como un niño. No paraba hasta salirse con la suya.

—Vale.

—Genial. —En cuanto los detalles estuvieron claros, cambió al siguiente tema del que más nos gustaba hablar, además de las mujeres—. Se rumorea que Bruce Carol se está hundiendo.

—¿De verdad? —Ahora había captado toda mi atención—. ¿Cómo te has enterado de eso?

—Por Roger. Pero he investigado yo mismo y sus acciones están por los suelos.

Tendría que indagar más en aquello.

—Ha cometido un montón de errores de novato que nunca deberían haber ocurrido. Pero ahora alguien va a ser incluso más rico que antes.

Apoyé los brazos en el escritorio oscuro, mirando directamente a mi amigo, pero con el pensamiento solamente en otra persona.

—Sí. Yo.

EL YATE ESTABA ATRACADO en el puerto, cargado de bebidas alcohólicas frías, sándwiches y crema solar.

—¿A qué hora llegan? —preguntó Mike, de pie con un bañador negro y sin camiseta.

—En cualquier momento —dijo Pine—. Ya sabes cómo son las mujeres.

Sólo recuerda lo buenas que están.

Mike dio un trago a la cerveza, silenciado con aquel comentario.

Tal vez si me follaba a aquella mujer me olvidaría de la mujer que había tenido el descaro de rechazarme. No me había dado cuenta de lo mucho que me gustaba el tira y afloja hasta que una mujer me había hecho ganármelo de verdad. Era la primera que no me daba lo que yo quería al momento. Me hacía sentir insignificante.

Y eso sólo me hacía desear demostrarle que se equivocaba.

Un Cadillac negro aparcó en el límite del puerto, elegante y reluciente. La puerta trasera se abrió y apareció una pierna larga con una cuña de color carne.

—Esas son —dijo Pine—. Me pido la habitación de abajo.

—Yo la de arriba —reclamó Mike.

Eso me dejaba a mí el dormitorio principal, aunque no estaba seguro de que fuera a usarlo.

Todas las mujeres salieron del coche con los bolsos en el hombro. Con vestidos de verano y los bikinis debajo, eran exactamente el tipo de mujeres con las que nos gustaba divertirnos.

Pero cuando se acercaron más, reconocí a la que estaba a la izquierda.

Tatum Titan.

Yo no sonreía a menudo, pero esta vez no pude contener la sonrisa. Todo mi cuerpo se tensó mientras ella se acercaba, y en mi sangre se diluyó una mezcla de excitación y emoción. Llevaba gafas de aviador que ocultaban sus ojos. Si me había reconocido, había hecho caso omiso y no había detenido el ritmo. No mostró ninguna expresión que no fuera la confianza. Las palabras «sorpresa» y «miedo» no estaban en su vocabulario.

Pine ayudó a su cita a subir al barco.

—Hola, cariño.

—Hola. —Ella le dio un beso en la mejilla antes de que ambos fueran caminando hasta el otro extremo del barco.

Mike extendió la mano y ayudó a subir a la rubia. A juzgar por su sonrisa, estaba realmente contento de ver a la mujer que lo acompañaría aquella tarde.

Yo no me molesté en ofrecerle la mano a Titan, porque sabía que no la aceptaría. Subió los escalones con facilidad, sin que los tacones la detuvieran, a pesar de que no había mucha fricción entre la suela de su zapato y la suave superficie del yate. Cuando llegó arriba, me miró y el pelo ondulado se le agitó con la brisa suave.

—Hunt.

Yo seguía sonriendo.

—Titan.

Eché una ojeada a sus dos amigas, que ya estaban recibiendo atenciones, con copas de vino y afecto masculino. Se giró hacia mí sin quitarse las gafas de sol. Tenía los labios pintados de rojo y se percibía una capa cremosa en sus hombros, allá donde se había puesto crema de sol.

—Qué agradable sorpresa.

Apartó la vista y miró hacia el mar abierto del Atlántico. Se le habían soltado mechones de pelo con la brisa y le cruzaban por la cara, adhiriéndose a su pintalabios sólo un instante.

—Es un día bonito. Vamos a disfrutarlo.

ANCLÉ el yate a unos kilómetros de la costa, desde donde disfrutábamos de una maravillosa vista de los rascacielos de la ciudad. No había más barcos cerca, sólo estábamos nosotros en aquel azul interminable. Yo era el capitán de aquel viaje, porque me negaba a permitir que los chicos tocaran mi yate.

Era toda mía.

Nos sentamos juntos en la parte trasera del barco, cómodos en los cojines blandos junto a una mesa llena de aperitivos que había preparado mi tripulación. Pine rodeaba a Isa con un brazo, y estaba tan absorto en ella que no parecía darse cuenta de que allí había más personas. Mike le dio una uva a Pilar, dejando caer la fruta en su boca.

Sin duda alguna acabarían en la cama.

Titan y yo nos sentamos juntos y bebimos vino. Pine abrió una botella y llenó todas las copas. Al ver que ella no ponía reparos y bebía igual de rápido que yo, me di cuenta de que también le gustaban otras bebidas alcohólicas, además del *bourbon*.

—La famosa Tatum Titan —dijo Pine mientras la miraba—. Me alegro de que hayas venido. Hunt no para de hablar de ti.

Titan no reaccionó, limitándose a dar sorbos al vino.

No pude fulminarlo con la mirada porque tenía puestas las gafas de sol. Lo último que necesitaba era que Titan creyera que iba hablando de cómo me lo hacía. Cuando le había dicho que protegería su reputación, lo había dicho en serio.

—¿Ah, sí? —preguntó Titan—. ¿Y por qué está Hunt tan interesado en mí? —Con las piernas cruzadas y un cuerpo espectacular oculto bajo el vestido, tenía más aspecto de supermodelo que su amiga Pilar.

—Bueno, de cara a la galería, le interesa tu editorial —dijo Pine—. Pero en realidad sólo quiere...

—Pine. —Sólo necesitaba decir su nombre para hacer que se callara.

Pine cerró la boca, pero en sus ojos había un brillo travieso.

—Le pareces guapa. Lo dejaré ahí.

Después de un rato más de conversación, los chicos se marcharon con sus citas. Pine fue a la habitación de la planta baja y Mike llevó a Pilar al otro dormitorio del yate. Titan y yo por fin estábamos a solas, pero no estábamos pasándonoslo tan bien como los demás.

Me levanté, caminé hasta la barandilla y contemplé la ciudad en todo su esplendor. Era una vista magnífica de cerca, desde la ventana de mi despacho, pero la imagen era distinta desde una posición privilegiada como aquella. En cierto modo, hacía que aquella descomunal ciudad pareciese pequeña.

Titan se acercó a mí y apoyó las manos en el borde.

—Bonito, ¿eh?

—Indescriptible.

Se pasó los dedos por el cabello sedoso, ofreciendo una imagen sensual sin intentarlo siquiera. Su constante fachada de fuerza era deliberada, pero cuando se la veía tan deseable, era todo natural.

Ni siquiera tenía que esforzarse.

Me giré para quedar de frente a ella, nuestros cuerpos estaban tan cerca que podía tocarla si me movía un poco.

—No se lo he contado.

Desde aquel ángulo, podía verle los ojos detrás de las gafas de sol. Contemplaban la ciudad, a kilómetros de distancia.

—Ya lo sé, pero es evidente que te gusta hablar de mí. —Las comisuras de la boca se le curvaron en una sonrisa.

—Sí.

—¿Y qué clase de cosas dices?

—Que me frustra no conseguir lo que quiero.

Ella seguía esgrimiendo aquella leve sonrisa.

—¿Porque me niego a vender mi empresa?

Asentí.

—Pero ellos creen que sólo quiero acostarme contigo.

—¿Y se equivocan? —preguntó quedamente.

—En realidad, tienen razón en lo del dinero. —Me acerqué a ella hasta que mi cuerpo quedó pegado a su hombro. Mis dedos encontraron el tirante de su vestido veraniego y reconocí la marca de la etiqueta que sobresalía en la espalda. Se lo bajé lentamente hasta que su hombro desnudo quedó completamente descubierto.

Ella no me detuvo, y permaneció quieta como una estatua, pero su respiración la delató. El ritmo acelerado me dijo que estaba estremeciéndose de excitación. Mis caricias la abrasaban, la quemaban con mi deseo.

Apoyé los labios en su piel, dándole un beso tan inocente que resultó obsceno. Era tan sólo una pista de lo que quería hacer con ella en ese instante. Quería hundir mi erección en su cuerpo durante toda la tarde, haciendo que el barco se balanceara con mis embestidas. La rocé suavemente con la lengua y le succioné la piel, arañándola con los dientes.

Un gemido imperceptible escapó de sus labios. Fue tan silencioso que no estuve seguro de haberlo oído antes de que se lo llevara la brisa del mar.

Le recorrí el cuello con la boca hasta llegar a la oreja. Le besé el contorno, la piel suave que normalmente estaba oculta bajo su pelo.

Ella se tensó ante mi contacto, y su cuerpo reaccionó tal y como lo hacía cuando nuestras extremidades desnudas estaban entrelazadas.

—¿Te ha sorprendido verme?

—Sí.

—Parece que el universo quiere que estemos juntos.

Volvió la cabeza hacia mí, pero no apartó el cuerpo.

—Creo que el universo corre peligro cuando hay dos soles en la misma galaxia.

Le di un beso en el nacimiento del pelo y mis manos empezaron a explorar su cuerpo.

—¿Qué ocurriría si dos soles se unieran? —Le giré el cuerpo lentamente hasta que quedamos cara a cara y la barandilla de la cubierta estuvo a sus espaldas. La tenía exactamente donde quería, arrinconada, con mi cuerpo enorme acorralándola. Era como un animal salvaje que necesitaba todas las formas de protección del mundo para mantenerla enjaulada.

Me puso las manos en el vientre, en la parte baja de los abdominales. Palpó cuidadosamente los surcos con los dedos, sintiendo las montañas de músculos y los valles de suavidad. Los subió lentamente hasta que las puntas de los dedos llegaron a mi pecho musculoso. Como si nuestra última conversación nunca hubiera tenido lugar, me tocaba el cuerpo como si fuera de su propiedad.

Mis manos se aferraron a su vestido y se lo subieron por encima de la cintura, dejando expuesta la parte inferior del bikini. Seguía apoyada en la barandilla y no hizo ningún intento por escapar. Se quedó donde estaba, dejando que mi gran cuerpo la inmovilizara en el lugar perfecto.

Le quité las gafas de sol de la cara y las colgué en la parte delantera del vestido, porque quería mirarla a los ojos. Ahora que no tenía un escudo tras el que esconderse, sus palabras eran tan fáciles de interpretar como un documento en una pantalla. Podía ver su deseo, la necesidad que sentía de acostarse conmigo.

Le pasé la mano por la nuca, por debajo del pelo, y le sostuve la parte

posterior de la cabeza con la palma. Mis labios estaban peligrosamente cerca de los suyos, lo bastante próximos como para tomar su boca en cuanto así lo decidiera.

—¿Sabes qué pasa cuando se unen? —susurré—. Explotan.

Acerqué mi boca a la suya y la besé con suavidad, disfrutando de aquel dulce momento porque nada iba a interrumpirnos. Nos habíamos centrado más en follar, pero nunca en besarnos. Y en ese momento, besarnos me parecía lo más sensual del planeta.

Sus labios vacilaron con el primer contacto, temblorosos en cuanto sintió la intensidad contenida de mi boca. Me hundió ligeramente los dedos en el pecho, sus uñas provocándome con su filo. Como si nunca me hubiera besado, respiró hondo antes de devolverme el beso con una pasión abrasadora que le recorría el cuerpo.

Le pasé el pulgar por la mejilla mientras la besaba; nuestros labios se unían, se separaban y volvían a juntarse. A veces interrumpía el beso sólo para frotar la nariz con la suya, para memorizar la erótica expresión de su rostro. Cuando pegaba mi boca a la suya otra vez, me recibía con un deseo voraz.

Nos movíamos juntos, haciendo girar nuestras bocas para obtener lo máximo posible del otro. Cuando me daba aquella pequeña lengua, yo la recibía con la mía. Intercambiábamos respiraciones y besos, y nuestras caricias se volvieron más apasionadas. Le agarré las caderas con una mano mientras le sostenía alzado el vestido, y mi erección casi me rompió el bañador en su intento por liberarse.

Podía llevármela a mi camarote para que pudiéramos follar en privado, al igual que mis dos amigos, pero su reputación tenía que permanecer intacta, y yo no la mancillaría nunca a menos que ella me lo pidiera explícitamente.

Pero tenía que hacer algo.

La agarré por detrás de la rodilla y le puse la pierna alrededor de mi cintura, haciendo que su tobillo quedara enganchado a mi cadera. Le puse la mano en la parte posterior del muslo y la sostuve en su sitio mientras continuaba el beso, sintiendo sus pezones a través del bikini y del vestido. Me apreté contra ella, pegando mi erección a aquel punto con el que ya estaba familiarizado.

Gimió contra mi boca, con los brazos alrededor de mi cuello.

Me froté contra ella con delicadeza, rozando sus pliegues anhelantes con mi dura erección.

Su cuerpo me correspondió, tomando mi sexo y moviéndose conmigo al mismo tiempo. Sus besos se volvieron más ávidos, tomando mi boca con una agresividad que nunca antes había mostrado. Me succionó el labio inferior, metiéndoselo en la boca y comiéndome vivo.

Dios mío, menuda mujer.

Me agarró el trasero con una mano y me atrajo hacia sí con más fuerza, presionando mi sexo justo contra su clítoris. Se movió contra mí, frotándose con mi cuerpo en la cubierta de mi yate.

Sentir que me deseaba de una forma tan salvaje, tomando exactamente lo que quería sin esperar a que yo se lo ofreciera, era jodidamente erótico. Respiré junto a su boca y la agarré por el pelo, sintiendo que mi cuerpo anhelaba a aquella mujer como nunca había anhelado a nadie. Cada parte de mí suspiraba por ella. Mi miembro deseaba reclamar cada uno de sus orificios, llenarla con mi semilla hasta que rebosara. Siempre había sido un hombre muy sexual, pero ella me convertía en una bestia.

De repente, sus labios se quedaron inmóviles, incapaces de besarme por completo. Me clavó las uñas, esforzándose por respirar. Sus jadeos se volvieron cada vez más profundos, roncós y callados.

Me mecí hacia ella con más fuerza, mirándola a la cara mientras me preparaba para el espectáculo. Estaba temblando con mis caricias y su cuerpo estaba preparado para recibir un orgasmo que la haría gemir con más fuerza de la que quería.

Se aferró a mis bíceps para mantener el equilibrio y se corrió, jadeando contra mi boca con un gemido quedo. Se me endureció la entrepierna al ver su placer y me apreté más contra ella. Su clímax se prolongó tanto como cuando estaba enterrado en su cuerpo. Tenía las mejillas teñidas de un rojo intenso y los ojos cerrados mientras se contenía para no gritar por el alivio del orgasmo. Mi boca sobre la suya parecía ser lo único que la mantenía callada.

Sacudió las caderas hacia mí hasta que el éxtasis llegó a su fin. Lentamente, volvió a la realidad; el ansia de su entrepierna había desaparecido ahora que ya estaba satisfecha. Apoyó la frente en la mía mientras recuperaba el aliento. En cuanto todo terminó y pudimos oír el sonido de las olas acariciando los costados del yate, volvimos al mundo real.

Sus manos seguían apoyadas en mis brazos y ella miraba hacia abajo, evitando mi mirada.

Era la primera vez que le veía hacer aquello.

—Titan.

—¿Sí?

—Dime qué es lo que quieres y te lo daré.

Ella mantuvo el rostro hacia abajo y las manos sobre mis brazos.

—Titan.

—No puedes.

—Ponme a prueba. —¿Qué era lo que quería aquella mujer que yo no pudiera darle? Quería a un hombre fuerte que la follara y eso era exactamente lo

que yo podía ofrecerle. No había ningún requisito que a mí pudiera importarme. Si tenía fetiches raros, a mí me parecía bien.

—Créeme, no puedes.

—No, créeme tú a mí —insistí—. Sí que puedo.

TATUM

LAS CHICAS se marcharon con los chicos, volviendo a sus apartamentos a pesar de que habían pasado toda la tarde montándose en el yate.

Sentía envidia.

Hunt entregó las llaves a la tripulación, y ellos se ocuparon de atracar el barco y de devolverlo al muelle. No recogimos todo el desorden que habíamos armado, así que di por descontado que también se ocuparían de eso.

Volvíamos a estar a solas, y yo sabía exactamente qué conversación íbamos a mantener.

Hunt se acercó a mi lado y, como si tuviera todo el derecho del mundo, me agarró de la mano. Su mano musculosa sobrepasaba la mía, y me llevó hacia el coche que había dejado en el aparcamiento. Me contempló fijamente, como si estuviera desafiándome a que me opusiera.

Después del numerito que había montado en el barco, no me sentía con seguridad para hacer nada.

Me abrió la puerta del copiloto de su Lamborghini rojo y él se sentó en el puesto del conductor. No me preguntó si quería que me llevara a casa antes de empezar a conducir, sin duda alguna en dirección a su ático.

No hablamos durante el trayecto.

Yo seguía con el bikini y el vestido mojados. Tenía el pelo alborotado por el viento, y la nariz algo enrojecida, pese a toda la crema solar que me había puesto. Ya era de noche, así que tenía las gafas de sol guardadas en el bolso.

Hunt aparcó en el garaje de su edificio y detuvo el motor.

—Tu coche es muy bonito. —Rompí la tensión con un cumplido sencillo, sabiendo que la mejor forma de ganarse a un hombre era elogiando sus juguetes.

—Gracias. —Salió y volvió a cogerme de la mano.

Me sentía como si fuéramos una pareja volviendo a casa después de una larga cita en parejas.

Y no me gustaba la sensación.

Nos subimos en el ascensor que conectaba directamente con su apartamento. Al abrirse, las puertas daban a un salón con un diseño perfecto y música clásica de fondo. Debía de activarse automáticamente en cuanto se abrían las puertas.

—¿Quieres beber algo?

—Agua, por favor.

Cogió dos vasos de la cocina y me tendió uno.

Di un trago largo, deshidratada por el vino, el *bourbon* y las hormonas con los que me había consentido durante todo el día.

Él bebió agua mientras me miraba, su garganta masculina se movía mientras

acababa el vaso entero sin esfuerzo. Lo apoyó sobre la mesita de café, y yo hice lo mismo.

Di por hecho que quería correrse, porque aquella tarde sólo había dado placer. La idea de ayudarlo a descargarse me resultaba tentadora; no creía en absoluto que fuera egoísta por su parte. Era uno de los hombres por los que con gusto me arrodillaría para chuparle aquella enorme erección, incluso aunque me provocase arcadas.

En lugar de llevarme al dormitorio, continuó de pie frente a mí, con una mirada ardiente como el fuego. Me asfixiaba sin quererlo con su firmeza, con la autoridad que siempre ejercía sobre mí cada vez que estábamos juntos en la misma sala.

Me sentía como si estuviera viendo una versión diferente de mí misma.

—¿Me has traído aquí para quedarte mirando?

—Entre otras cosas. —Dio un paso hacia mí, con una mirada fría y cálida al mismo tiempo—. Llegaremos a la parte buena en un segundo, pero primero vamos a continuar con nuestra conversación.

—¿Qué conversación?

—La única conversación que hemos tenido desde que nos conocemos.

Resté importancia al asunto, queriendo evitar la verdad lo máximo posible.

—No voy a vender mi empresa.

—Hablaremos de eso en otro momento.

—¿De verdad? —Ladeé la cabeza, desafiando su seguridad.

Permaneció de pie frente a mí, y el olor de su colonia y de la crema de sol flotó hasta mi nariz.

—Vamos a dejar clara una cosa. Vamos a seguir cruzándonos y, cada vez que lo hagamos, acabaremos juntos en la cama.

A pesar de mis errores anteriores, no permitiría que aquello sucediera. Ya había traspasado demasiados límites hasta el momento.

—Cada vez que voy detrás de ti, sólo logramos que sea más evidente para la gente que nos rodea que nos estamos acostando. Yo no quiero que eso pase, y tú tampoco. Así que vamos a llegar a un acuerdo.

—No hay ningún acuerdo que pueda funcionar entre nosotros.

—Yo creo que sí.

Él siempre estaría en desacuerdo hasta que lograra salirse con la suya. Crucé los brazos sobre el pecho, bloqueándolo con una soga invisible.

—Esta es la última vez que va a ocurrir esto. Propongo que lo disfrutemos y que luego nos olvidemos de ello.

Inclinó la cabeza hacia un lado, restando importancia a mis palabras sin dar ni un solo argumento.

—¿Cuántas veces has dicho eso hasta ahora?

Capullo.

—Sólo te he permitido que me tengas otra vez porque creía que eso bastaría para que te olvides de mí.

—¿Olvidarme de ti? —preguntó—. En realidad, tienes el efecto contrario sobre mí. Ahora que he probado parte de ti, te quiero entera. Ni siquiera te la he metido en esa preciosa boquita que tienes. Por no hablar de ese maravilloso culo.

La sangre me abandonó el rostro porque puso rumbo a otro lugar... más al sur. Ningún hombre me había hablado así y había salido indemne.

—Me estás ocultando algo.

Muchas cosas, en realidad.

—Me deseas. Lo sé. He hecho que te corras con sólo frotarte, así que no finjas que no.

No lo hacía.

—Y yo también te deseo. No hay motivo por el que no podamos seguir haciendo esto hasta que uno de los dos se aburra.

Cuanto más me buscaba, más deseaba ser honesta sobre mis intenciones. Más deseaba sincerarme y contarle el monstruo que era. Pero eso le pondría toda mi carrera en bandeja, y un cuchillo carnicero en la mano.

—Hunt, soy muchas más cosas de las que se ven a simple vista. Me gusta hacer cosas que no comprenderías. Tengo una vida que se asemeja al inframundo. Hay cosas de mí que nunca podría compartir. Tú quieres que sigamos haciendo esto pero, sinceramente, yo no. Si siguiéramos juntos, querría cambiar un montón de cosas. Y créeme si te digo que a ti no te gustarían.

No despegó los ojos de mi cara.

—¿Cómo lo vas a saber si no lo intentas?

—Es que no me fío de ti, Hunt.

—Pues deberías.

—¿Por qué? Eres mi rival y un desconocido.

—Pero también soy un hombre, un hombre que respetaría los deseos de su compañera fueran cuales fueran. Creo en la sinceridad y en la lealtad por encima de cualquier cosa. Si me pides lealtad, sólo te pido que tú también me des la tuya.

Lo miré a los ojos, cambiando de uno a otro y evaluándolo.

—Titan. —El tono cortante desapareció cuando pronunció mi nombre—. Dime exactamente qué es lo que quieres. Si tienes razón y es algo que yo no estoy dispuesto a hacer, nos olvidaremos de todo y punto. Pero no deberías echar a perder todo esto porque creas que me conoces. Dices que soy un desconocido. En ese caso, no tienes ni idea de cuáles son mis opiniones. No haré ninguna

suposición sobre ti si tú haces lo mismo por mí.

De algún modo, desarmó mis defensas, ablandándose por dentro. Ya no lo veía como a una amenaza, sino como un amigo, en cierto modo. Hacía las cosas muy fáciles, lo decía todo con palabras bonitas. Sentía que podía confiar en un hombre al que no conocía.

¿Cómo lo había hecho?

—Titan. —Dio un paso hacia delante, invadiendo mi espacio personal por completo. Su rostro estaba a centímetros del mío, y el olor del gel corporal todavía se percibía por debajo de la crema solar—. Confía en mí.

La confianza era la palabra más valiosa de mi diccionario. Era lo bastante afortunada como para contar con unas cuantas personas a las que les confiaba mis secretos más oscuros, pero ese tipo de comodidad no surgía con facilidad. Hacían falta años, décadas para ganarse ese tipo de lealtad.

Pero él ya estaba pidiéndomela.

Nada me gustaba más que estar con alguien en quien confiaba por completo, para tener el tipo de relación que es bonita porque el resto del mundo la desconoce. Me permitía ser yo misma, con mi verdadera personalidad. Pero era difícil encontrar a hombres leales.

—Lo pensaré.

Hunt contuvo la respiración mientras me observaba con un destello de aprobación en aquella mirada oscura. Aquella era la máxima cooperación que iba a conseguir por mi parte y no tenía sentido presionar más. Le había dado a él algo que no le había dado a nadie. Todas las personas con las que había estado habían sido investigadas minuciosamente antes de que me tomara ninguna molestia.

Pero esta vez iba a lanzarme a ciegas.

HUNT

POR FIN le había sacado una respuesta que no fuera un no.

Quizás.

No era un sí, pero pronto lo sería.

Sólo tenía que tener paciencia.

No sabía cuáles eran los secretos que escondía. No sabía qué tipo de perversiones le gustaban. Y fueran cuales fueran las cosas tan pecaminosas con las que disfrutaba, me sorprendía que le avergonzaran.

No parecía el tipo de mujer que se avergonzaba con facilidad.

Me preguntaba si le gustarían los látigos y las cadenas, estar atada mientras me la tiraba con una máscara. Si le iba ese rollo, a mí me parecía bien. Cuanto más perverso fuera, mejor. Le fustigaría el trasero todas las veces que quisiera.

La dominaría como nunca antes la habían dominado.

Sería coser y cantar.

Pero si fuera tan simple, me lo habría dicho sin más.

Natalie habló a través del interfono.

—Señor, Pine Rosenthal ha venido a verlo.

Me había asegurado de que mis ayudantes comprendieran que ya no podía irrumpir en mi despacho sin más. No importaba que fuéramos amigos desde el colegio. Podía esperar como todos los demás.

—Dile que pase.

Pine entró con mirada asesina, como si lo hubiera apuñalado en el estómago.

—¿Pero qué coño es esto? ¿Por qué tengo que esperar?

—Porque no eres especial. Por eso.

Pine se dejó caer en la silla y puso los ojos en blanco como un niño.

Lo cierto era que, en la mayoría de las situaciones, sentía que yo era el adulto.

—¿Qué tal Isa?

—Espléndida y flexible. —Me guiñó un ojo—. No puedo decirte por qué lo sé.

—No te lo he preguntado.

—Bueno... ¿Te has follado a Titan ya?

Me la estaba follando, pero la pregunta me molestó. Casi me parecía que aquella simple pregunta le faltaba al respeto a Titan. Pine era mi amigo, pero era evidente que la veía como algo que debía conquistarse, como si acostarse con una mujer fuerte como ella fuera algún tipo de logro especial.

Ahora entendía por qué ella no quería que contara nada. Todos los tíos de nuestro mundo hablarían de ello. La verían como la mujer que se había abierto

de piernas para mí y, como consecuencia, le perderían el respeto.

Qué estúpido.

—No.

—¿En serio? —Subió tanto las cejas que casi se le salieron de la cara—. No va a ceder, ¿no?

—No, no va a hacerlo. Sólo somos amigos.

—Sí, vale —dijo con sarcasmo—. Y mi polla sólo es amiga del coño de Isa.

Lo amenacé con una sola mirada.

Pine por fin cerró la boca.

—¿Entonces está saliendo con otra persona?

—No. Creo que simplemente es muy selectiva con las personas con las que sale.

—¿Y Diesel Hunt no cumple los requisitos?

—Supongo que no.

—De todas formas, es probable que no esté bien desde que su novio murió...

Se me tensó la columna al conocer esa información. Cuando había indagado sobre ella, había encontrado datos sobre su trayectoria profesional, sobre cómo había empezado de la nada y había llegado a la cima por sí sola. No había nada sobre su vida personal, ni un solo novio.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace mucho tiempo, cuando tenía veintipocos. En ese momento no era conocida.

—No encontré nada sobre eso en Internet.

—No es de extrañar. Estoy seguro de que no escatimó en esfuerzos para evitar que circulara esa información. La mayoría de la gente no lo sabe porque pasó hace mucho tiempo, cuando no era nadie.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo contó mi padre.

Quería saber hasta el último detalle sobre ese asunto, pero no quería sonar demasiado interesado.

—¿Qué le pasó?

—Estaban viviendo juntos y entraron a robar o algo así. A ella le dieron una paliza tremenda y tuvo que estar un tiempo hospitalizada. El atracador mató al chico, lo apuñaló en el corazón. Brutal, tío. Pasó en Brooklyn.

Me quedé mirando a mi amigo con una mirada inexpresiva en la cara, pero tenía un millón de pensamientos dándome vueltas en la cabeza. Había sufrido un ataque brutal y había salido viva, pero el hombre al que quería no había sobrevivido. Probablemente había muerto intentando protegerla.

No me extrañaba que ahora fuese tan cerrada.

—¿Recuerdas cuándo ocurrió esto exactamente?

—Creo que tenía veintiún años.

Habían pasado nueve años. ¿Todavía no había pasado página? ¿Aquella noche la atormentaba cuando dormía?

—Gracias por contármelo...

—Así que igual es mejor que las cosas no hayan funcionado.

—Sí...

11
TATUM

PASÓ UNA SEMANA.

Avancé mucho en el trabajo, pero cada vez que alguien entraba en mi despacho, levantaba la vista para ver quién era.

Para ver si era él.

Hunt me estaba dando más espacio que antes, porque sabía que me estaba planteando contarle todo lo que ocultaba.

No paraba de darle vueltas al tema.

A veces pensaba que no pasaría nada y que debería contarle la verdad, y otras me daba cuenta de que era una idea terrible que tendría repercusiones catastróficas.

Así que decidí preguntarle a alguien en quien confiaba más que en ninguna otra persona en el mundo.

Thorn.

Entró en mi apartamento y se reunió conmigo en la cocina.

—Huele bien.

—Solomillo con espárragos.

—Me alegro de que me hayas invitado a venir.

Nos sentamos juntos en el comedor, al lado de los ventanales que ofrecían vistas a toda la ciudad. Las luces brillantes centelleaban por el horizonte y se atisbaba el puente iluminado en la distancia. Se veían las luces de los coches por todas partes, aumentando su brillo cuando quedaban de frente a nosotros y después desapareciendo cuando giraban en otra dirección.

Thorn comía en silencio, con una copa de vino tinto junto al plato. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta negra, y la tela se ceñía a los músculos prominentes de su cuerpo. Hacía ejercicio de manera religiosa para mantener su buen físico. Yo, por otra parte, me limitaba a no comer. Tenía todo lo que podía desear, pero seguía sin poder permitirme el lujo del tiempo.

Thorn volvió la mirada hacia mí.

—¿De qué querías hablar conmigo?

—¿Qué te hace pensar que quiero hablar de algo? —Corté el espárrago antes de metérmelo en la boca.

—Cariño, te conozco. —Dio un bocado al filete y justo después se llevó la copa a los labios—. ¿De qué se trata?

Sostuve la copa de vino antes de responder.

—Diesel Hunt.

—¿Qué pasa con él?

—Insiste en tener algo a largo plazo conmigo. —El sexo no sería como hasta

ahora, pero porque sería mejor. Tal vez él no estuviera de acuerdo conmigo, pero aquella decisión tenía que tomarla él.

—¿Y?

—Estoy pensando en hablarle de mis gustos. —Bebí vino para enmascarar las molestias que sentía en el estómago. El miedo no era un sentimiento que me abordara con frecuencia, pero cuando lo hacía, era como tener una piedra en la boca del estómago.

—Diesel Hunt no parece el tipo de hombre que estás buscando.

—Ya lo sé. —Pero lo deseaba de todas formas. Me encantaría despojarme de todo y simplemente ser quien era en realidad.

—¿Puede mantener la boca cerrada?

—Dice que para él la lealtad es importante.

Thorn siguió comiendo, pensando en lo que yo había dicho.

—Me parece que ya has tomado una decisión.

—Sólo quería saber cuál es tu opinión.

—Mientras guardes mi secreto, me da igual.

—Sabes que siempre lo haré.

—Pero si esto llega a algo más...

—No lo haré.

Thorn no me presionó porque sabía que yo siempre me mantenía en mis trece.

—¿Qué le dirás si pregunta por nosotros?

—Nada. No es asunto suyo.

—Puede que te pida explicaciones.

—Ya pensaré en algo si tengo que hacerlo.

Tragó un trozo de espárrago antes de asentir.

—Haz que firme un acuerdo de confidencialidad.

Lo hacía con todas mis parejas. No había ninguna razón para no hacerlo también con Hunt.

—Lo haré.

—Buena suerte —dijo—. Espero que esto te salga bien, pero sospecho que no será así.

Preveía que Hunt se alejaría en cuanto le hiciera mi oferta, pero aunque no tuviera grandes expectativas, sabía lo decepcionada que me sentiría si ese hubiera sido nuestro último encuentro. Nadie lograba que contrajera los muslos como lo hacía él.

Y probablemente nunca lo lograría nadie.

NO FUE difícil conseguir su número de teléfono. Sólo tuve que mover algunos

hilos y en un par de minutos ya lo tenía grabado en el móvil. En lugar de mandarle un mensaje, lo llamé. Aquello no era muy diferente de un acuerdo de negocios, y se merecía un toque mucho más personal.

Respondió al teléfono, su voz profunda y cargada de masculinidad. Podía imaginar el movimiento de sus labios al hablar, el modo en que se le movía la garganta al sonreír.

—Hunt.

—Titan.

A continuación se produjo una larga pausa, llena de aquella sonrisa que sabía que tenía plasmada en la cara.

—Qué maravilla recibir noticias tuyas.

Estaba sentada frente al escritorio con las piernas cruzadas, y su voz masculina provocó en mi cuerpo reacciones particularmente femeninas. No sentía mariposas en el estómago, pero se me aceleró la respiración al imaginar su boca contra la mía.

—Vamos a concertar una reunión. Dime cuándo estás libre.

—Para ti siempre estoy libre.

Esta vez fui yo la que esbozó una sonrisa.

—Esta tarde a las siete. En mi casa.

—Por fin voy a ver tu casa. Allí estaré.

—Adiós, Hunt.

—Titan, sea cual sea el acuerdo al que lleguemos, te voy a follar antes de marcharme.

Una ola de calor me subió por la garganta, como las llamas que se formaban en una chimenea cuando se ponía otro tronco encima. Mis piernas esbeltas estaban apretadas entre sí y automáticamente me pasé la lengua por los labios en respuesta.

—No esperaré menos de ti.

MI ÁTICO ERA igual que mi oficina, en tonos negros, grises y blancos. Los toques de color de las flores, los cojines decorativos y las mantas aportaban calidez y luz a la habitación. El suelo estaba cubierto por una alfombra suave, y las paredes, decoradas con mis cuadros favoritos.

La iluminación era tenue, la mesa estaba puesta y ya estaba sirviéndome mi bebida favorita antes de que el ascensor pitara, anunciando su llegada.

Las puertas se abrieron y apareció él, un metro noventa de puro hombre. No llevaba traje porque se había cambiado antes de ir allí. Ahora vestía unos vaqueros y una camiseta de color verde aceituna que dejaba sus brazos musculosos a la vista, un disfrute para los ojos.

Una delicia sexual.

Pasó como si aquel lugar le perteneciera... y como si le perteneciera yo. Tenía los ojos fijos en mí, y no se paró a observar el vestíbulo ni el salón. No parecía que le interesara nada de lo que había dentro salvo yo.

Yo me quedé sentada a la cabecera de la mesa, negándome a ponerme en pie para recibirlo. Estrecharle la mano no parecía adecuado, y un beso en la mejilla llevaría a besos en otras partes.

—¿Quieres que te ponga algo de beber?

Cogió mi copa antes de tomar asiento en el extremo opuesto de la mesa. Con los ojos clavados en mí, se llevó la copa a la boca antes de terminársela.

—Estoy bien. —Yo le había hecho lo mismo a él en mi despacho, y no se me escapó el motivo por el cual él estaba haciendo aquello.

Saqué el acuerdo de confidencialidad y un bolígrafo, y se los pasé.

—Necesito que firmes esto.

Mantuvo la mirada en mí durante varios segundos antes de bajar la vista. Apenas lo miró antes de volver a levantarla.

—¿Un acuerdo de confidencialidad? —Aquella atractiva ceja se curvó, y la incredulidad intensificó su aspecto sensual.

—Sí.

Lo volvió a mirar antes girarlo.

—No voy a firmarlo.

Tenía las manos juntas sobre la mesa e incliné la cabeza, aunque intenté evitar ponerme de mal humor.

—Entonces no tenemos nada de lo que hablar. Ya sabes dónde está la salida, Hunt.

No se movió ni un milímetro.

—No necesito firmarlo porque es discutible. Los dos somos igual de ricos. Podríamos demandarnos el uno al otro eternamente y no lograríamos nada con ello. Este tipo de cosas no funciona si las dos partes son como nosotros.

Tenía toda la razón del mundo, pero me negaba a admitirlo.

—Entonces no debería suponerte ningún problema firmarlo.

—Esta relación que tú quieres tener se va a basar en la confianza, y eso es algo mutuo. Es algo que tiene que empezar ahora mismo. Hacerme firmar esto se carga toda esa confianza.

—¿Cómo puedo confiar en ti si no me das una razón para hacerlo?

—Mis amigos me preguntan por ti todos los santos días. Nunca les he hablado de las cosas que hacemos cuando estamos a solas, por obscenas que sean. Me lo he callado todo y seguiré haciéndolo hasta que tú digas que no lo haga. Ya te he demostrado que soy de fiar.

Había hecho lo que yo le había pedido, y no podía discutirlo.

Hunt me contempló con atención.

—Ahora cuéntamelo, Titan. Hablemos de lo que hablemos, de aquí no saldrá nada.

Hunt tenía algo que me atraía, que me hacía creer que podía confiar en él, aunque no tenía un motivo concreto para pensar así. Me recordaba a Thorn en muchos sentidos. Tal vez ese fuera otro de los motivos por los que me gustaba. Era sincero en extremo, y transparente. No había ni una sola ocasión en la que yo no pudiera deducir qué estaba pensando. Y si no podía, no tenía más que preguntar.

—Está bien.

Hunt se sentó en el borde de la silla, apoyando las manos en la mesa mientras se inclinaba hacia mí. Me observaba con unos ojos que tenían el mismo color que la tierra, el mismo color que el suelo que pisaba cada día. Me recordaba a todo su ser: sólido y robusto.

—Tengo relaciones específicas con los hombres de mi vida. Ni siquiera las llamaría relaciones, son simplemente acuerdos.

Hunt me miró atentamente, sin apenas parpadear.

—En estos acuerdos, yo tengo el control absoluto. Hacemos lo que yo digo cuando yo lo digo. No hay lugar para la negociación. El hombre sólo es responsable de seguir las órdenes que yo le doy. Su función es complacerme, hacer realidad las fantasías que me gustan. El acuerdo continúa hasta que uno de los dos le pone fin. No hay amor ni amistad. Sólo lujuria y confianza.

Hunt seguía sin modificar su expresión, escuchando todo lo que yo decía con una atención absoluta. No mostraba una expresión de burla ni estrechó los ojos con repulsión. Lo procesó todo sin decir palabra.

—Eres una dominante.

Al menos tenía una base para comprender lo que yo era.

—Más o menos, pero no exactamente.

—¿Cuál es la diferencia?

—En mi mundo no existen las palabras de seguridad. Al entregarte a mí, me estás cediendo tu alma. —Comería de mi mano todo el tiempo. No tendría voz, ni derecho a opinar—. Tu única opción es marcharte. Pero cuando lo hagas, no podrás volver. Ya no habría confianza y el acuerdo se habrá acabado.

No parecía que nada de aquello disuadiera a Hunt.

—Es más extremo, más perturbador.

Hunt se pasó los dedos por el mentón, acariciando la barba incipiente que le había salido por el rostro. Sus ojos marrones no mostraron reacción alguna, permaneciendo igual de oscuros que antes.

—Si ahora mismo tuviéramos ese acuerdo, en este mismo instante, ¿qué me harías?

No tuve que pensar demasiado para responder. Contemplé su expresión con una mirada firme como el acero.

—Me quitaría las bragas y te ataría las muñecas detrás de la silla con ellas.

La expresión de Hunt se endureció.

—Después me pondría de rodillas, te la chuparía y te montaría, corriéndome todas las veces que quisiera. Cuando estuviera completamente satisfecha, te daría permiso para que te corrieras tú. Y si lo hicieras antes, te castigaría.

La cara se le enrojeció por la excitación y se le movió la garganta al tragar saliva. Una leve sonrisa se extendió por su cara.

—Suenas bastante excitante.

—Más de lo que te puedes imaginar.

No todos los hombres se tomaban aquello con tanta calma como él. Los hombres dominantes y autoritarios, como era su caso, no estaban interesados en ser el juguete de una mujer exigente como yo. Hunt era el hombre más seguro de sí mismo que había conocido en mi vida, me asfixiaba con su presencia cada vez que estaba cerca. Pero hasta ahora, era el que mejor se lo había tomado.

Y eso era algo que yo no me había esperado.

—Básicamente sería tu esclavo sexual —dijo—. Te follaría cuando quisieras y donde quisieras.

—Algo así.

Se recostó en la silla; sus hombros anchos se veían poderosos sin importar qué postura tuviera.

—Tengo que decir que no le veo ningún inconveniente a esto. Estás más que invitada a montarme todo lo que quieras. Y a castigarme cuando quieras. —Me guiñó un ojo.

Sólo estaba viendo la parte buena del acuerdo, no la mala.

—¿Llevarías bien el hecho de recibir órdenes de una mujer?

—Si son de carácter sexual, ¿por qué no? Dame todas las órdenes que quieras. —Seguía esgrimiendo una sonrisa encantadora que dejaría empapadas a todas las mujeres en un radio de un kilómetro.

—¿Y cuando te haga daño?

—No podrías hacerme daño. —Su carácter bromista desapareció, sustituido por la sombra que apareció en sus ojos—. Hicieras lo que hicieras.

No sabía de lo que hablaba.

—Tengo una sala llena de látigos. Créeme, podría hacerte daño.

—Lo dudo.

Entrecerré los ojos, sorprendida de que siguiera allí sentado.

—Otra parte del acuerdo es que yo tengo todo el control. No hablas si no te lo digo. Cuando te digo que estés en un sitio, estás. Cuando te digo que me toques, o que no me toques, o lo que sea, obedeces. Cuando te digo que te cuelgues del techo, lo haces. ¿De verdad me dices que eso es algo que puedes hacer tú, Diesel Hunt? No habrá bromas, como ahora. Será todo cuestión de negocios, nada de juegos.

Cruzó los brazos sobre el pecho, relajado en la silla como si estuviéramos hablando de los planes para ir a cenar.

—No es tan fácil como tú te piensas. Muchos hombres se han largado.

—¿Haces esto mucho?

—Llevo casi diez años haciéndolo.

Inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, absorbiéndolo todo como si fuera una esponja.

—¿Y te gusta?

—¿Por qué si no habría seguido haciéndolo tanto tiempo?

—¿Nunca te has enamorado?

Sólo una vez, y aquello había sido un error.

—No, en estos acuerdos no. No me interesa el amor.

Hunt me miró fijamente con una expresión cerrada e indescifrable.

—Necesito un resumen de qué es exactamente lo que puedo esperar antes de darte una respuesta definitiva.

—Me parece justo. —Enumeraré todas las cosas que esperaba que hiciera, explicándolo todo en detalle.

—Así que no es más que sexo duro —dijo—. De principio a fin.

—De principio a fin.

—No hay conversaciones personales, no se comparte nada. Tú no me preguntas nada personal a mí y yo no te pregunto nada personal a ti. Como si estuvieras en el trabajo, haces tus horas y te vas a casa.

—Interesante.

—Y esta relación es monógama. No habrá nadie más que nosotros.

Aquella sonrisa arrogante volvió a aparecer.

—No quieres compartirme con nadie. Qué bonito.

—No es cuestión de celos, sino de salud sexual. No uso condones en estas situaciones, así que los dos tenemos que cumplir con la exclusividad de este acuerdo.

Asintió, mostrando su comprensión.

—Me parece bien.

—Bueno, entonces ¿qué me dices? —Quería que dijera que sí. De hecho, nunca había deseado tanto que un hombre me dijera que sí. Aquel cuerpo,

aquellos besos... En él todo era magnético. Poder hacer lo que quisiera con él en cualquier momento me parecía la cosa más apetecible del mundo.

—Tendré que pensar en ello. —Rompió el contacto visual conmigo y miró hacia la ciudad.

Así que dudaba...

—¿Qué dudas tienes? A lo mejor son cosas que puedo aclararte.

No giró la cabeza hacia mí, pero movió los ojos. Su atractiva sonrisa había vuelto a aparecer.

—Quieres que diga que sí.

—Evidentemente.

—Tienes muchas ganas de que diga que sí.

Cerré la boca, mostrando una vez más un gesto inexpresivo.

Él dejó escapar una risita.

—Puedes fustigarme todo lo que quieras. Puedes darme bofetadas hasta que tenga la cara roja. Puedes hacer todo lo que quieras conmigo y no pensaré en la palabra de seguridad ni una sola vez. Pero tienes razón sobre una cosa: tener que obedecerte en todo momento sería un reto. Estoy acostumbrado a estar al mando. Estoy acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas. Creo que en esta situación sería excitante que una mujer tan guapa me dijera exactamente cómo follarla. Que me ate para poder follarlo todo lo que quiera es más bien una fantasía. Pero con el tiempo... querría ser yo el que te atara, el que te follara como me diera la gana, el que te dijera exactamente qué hacer para correrme ante tu obediencia.

—Pero no funciona así. Yo estoy al mando, no tú.

—Precisamente por eso tengo que pensar en ello. —Volvió a fijar la vista en la ventana, guardando silencio como si yo no estuviera allí.

Lo observé hasta que bajé la vista al papel que tenía delante de mí. Tenía algunas notas que él había tomado, aspectos que negociar sobre cosas que no estaba dispuesto a hacer, pero estaba abierto a todas las peticiones que le había hecho. Lo único que tenía que hacer era decidir cuánto estaba dispuesto a darme, hasta qué punto estaba dispuesto a sacrificar sus propios deseos naturales para satisfacer los míos.

—Tienes razón. Espero que digas que sí.

Dio un golpe con los nudillos en la mesa antes de levantarse, atractivo con aquella camiseta ceñida.

—Hay una cosa que tengo que hacer antes de irme. Y sabes exactamente de qué se trata. —Su mirada perforó la mía, ardiente y fogosa. Lentamente se acercó a mi extremo de la mesa y se puso detrás de mi silla. Apoyó las dos manos en el respaldo de mi silla mientras se inclinaba hacia mí—. Levanta el culo. Ahora.

HUNT

LA OFERTA ESTABA sobre la mesa, pero no estaba seguro de que fuera a aceptarla. Era tentadora.

Pero también era poco apetecible.

Que una mujer tan atractiva me dominara era un verdadero regalo. Follármela hasta que gritara, dándole exactamente lo que me pidiera, era un escenario con el que podría masturbarme.

Pero yo también quería estar al mando. No quería que mi pareja fuera la única que llevara siempre las riendas, despojándome del poder que a veces necesitaba de forma desesperada. Tenía que ser algo equitativo, y estaba claro que ella no quería nada equitativo.

Pero si decía que no, la perdería del todo.

Y esa era una opción que tampoco quería aceptar. Era la primera vez que no tenía ganas de tener una larga fila de mujeres en mi cama. Desde que había conocido a Titan, ni siquiera me había planteado la posibilidad de acostarme con otra persona.

Ella era la única con la que quería estar.

Algo me decía que debía aferrarme a aquello, que tenía que hacer algo para reclamar a esa mujer como mía, pero como nunca antes había vivido una experiencia así, no estaba seguro de cómo lograrlo. Nunca había estado con ninguna mujer más de unas cuantas semanas. Y no había existido nada que hubiera durado más de un mes. Las constantes de mi vida eran mis amigos. Ellos eran mi base.

Nunca una mujer.

¿Querría Titan alcanzar un acuerdo conmigo?

¿Llegaríamos a un punto medio?

¿A quién quería engañar? Se trataba de Tatum Titan, una mujer que no se comprometía con nadie.

¿Por qué iba a ser yo diferente?

En cualquier otra situación, hablaría del tema con mis amigos, pero como le había asegurado a Titan mi lealtad, no tenía posibilidad de recibir consejos.

Pasó una semana completa y no me puse en contacto con ella. No me pasé por su oficina para saludarla. Me iba solo a la cama y usaba mi propia mano para correrme con los recuerdos de cuando me había acostado con ella. ¿Por qué no podíamos ser simplemente dos personas que se acostaban de vez en cuando?

¿Por qué tenía que gustarle ese rollo?

Parecía que las personas que tenían ese tipo de fetiches retorcidos habían tenido vidas difíciles. Eran víctimas de abusos o las habían abandonado cuando

más necesitaban a alguien. Titan era una figura tan fuerte que costaba creer que tuviera algún problema.

Pero no la conocía tan bien.

Sólo había pasado un mes desde que nos conocimos, pero tenía la sensación de que la había visto sonreír las veces suficientes como para saber qué la hacía reír. La había visto llevar la misma marca de zapatos las veces suficientes como para saber cuál era su estilo. La había besado las veces suficientes como para saber que le gustaban el perfume de vainilla y el *bourbon*. Me la había tirado las veces suficientes como para saber exactamente cómo hacer que se corriera.

Pero, en realidad, no la conocía en absoluto.

NOS SENTAMOS juntos en el club de *strip-tease*, donde había mujeres bailando en barras vestidas únicamente con un tanga. Balanceaban las caderas al ritmo de la música mientras el pelo largo les caía por la espalda. La música sonaba desde arriba y todo el mundo estaba envuelto en un mar de oscuridad.

Una mujer estaba sentada a mi lado en el sofá, una morena atractiva cuyo nombre no recordaba. Los chicos tenían sus propias parejas, ninguna de ellas amiga de Titan. Como no quería que me hicieran más preguntas sobre Titan, yo no les hice más preguntas sobre Isa y Pilar. Pero, a juzgar por el modo en que se habían olvidado de ellas aquella noche, me parecía que ya no estaban en el mapa.

—¿Te gusta esa, Diesel Hunt? —preguntó la morena mientras señalaba con la cabeza a la chica que bailaba en el escenario.

Me la había quedado mirando, pero en realidad no estaba prestándole atención. No me gustaba que la gente usara mi nombre completo fuera de la oficina. Sonaba extraño cuando lo decía aquella mujer que tenía la mano apoyada en mi pecho.

—Está bien.

—Yo puedo bailar para ti... en un sitio privado.

En cuanto una mujer se me echaba encima, mi interés se esfumaba. Últimamente me estaba resultando difícil emocionarme con algo. Había hecho todas las cosas divertidas de la ciudad. Me había follado a todo el mundo, había bebido de todo y había ido a fiestas a todas partes.

Ya no quedaba nada que hacer.

Me había estancado y sólo tenía treinta y cinco años.

—A lo mejor en otra ocasión.

Pine se fijó en mi expresión desolada y me dio una palmadita en el hombro.

—Tío, ¿qué te pasa? Estás que das pena esta semana.

Daba pena porque sabía qué tenía que hacer.

—No me encuentro bien. Luego os veo. —Me deshice del abrazo de aquella mujer, salí y encontré mi coche aparcado en la calle. El motor rugió, cobrando vida en cuanto lo arranqué, y la música empezó a sonar a través del equipo de sonido de lujo.

Me incorporé al tráfico y conduje a través de las calles de Manhattan, metiéndome en atascos algunas veces y disfrutando de las calles despejadas otras. No me dirigía a ningún lugar en particular. No tenía ningún plan. Simplemente no quería seguir en aquel bar, haciendo lo mismo que había hecho cientos de veces.

Al final, acabé poniendo rumbo al aparcamiento de mi edificio. Aparqué en mi plaza, pero no paré el motor. En lugar de eso, busqué en el teléfono el número de Titan. Me lo quedé mirando mucho tiempo antes de que mi dedo finalmente pulsara el botón.

Respondió después de algunos tonos y oí el sonido de la música alta a través del altavoz. Había salido de fiesta a algún sitio con sus amigas. Me pregunté si Thorn Cutler estaría con ella, aunque no debería importarme.

—Hola.

Escuché la música de fondo y reconocí la canción.

—Hola.

La música fue apagándose mientras salía a la calle o se metía al baño.

—¿Va todo bien? —Su voz me envolvió en el coche, una melodía fuerte y preciosa para mis oídos.

—Llevo toda la semana pensando en tu oferta.

Se quedó callada, dándome espacio para decir lo que necesitara decir.

—Por tentadora que sea, voy a tener que rechazarla.

Silencio.

Era estúpido por mi parte esperar que ella discutiera conmigo, que intentara persuadirme para que cambiara de opinión. Ella había hecho su oferta y no iba a cambiarla. No había ningún compromiso. Estar con Titan era emocionante porque no era como las otras mujeres. Tenía cerebro y sabía cómo usarlo. Era fuerte, inquebrantable. Una mujer triunfadora y atrevida como ella me parecía lo más sensual del mundo.

—Como te prometí, esto quedará entre nosotros. Buena suerte, Titan.

Ella siguió guardando silencio.

¿Iba a decir algo para hacerme cambiar de opinión?

Por fin, Titan habló.

—Gracias por hacérmelo saber. Cuídate, Hunt. —Como si no fuera más que una llamada de negocios, colgó.

Oí cómo se cortaba la línea dentro del coche, aquella abrupta despedida. La

decepción no debería haberse apoderado de mí, pero lo hizo. Se clavó en mí como si fuera una bala. Cuando me había hecho aquella oferta, había dado por descontado que era especial para ella.

Pero nadie era especial para ella.

Al final, apagué el coche y entré en mi ático. Solo.

—AQUÍ TIENE EL ESMOQUIN. —Natalie entró y colgó la ropa de la tintorería en el perchero—. Su asistente también ha escogido este reloj para usted. —Colocó el estuche en el borde del escritorio—. Ha pensado que quedará bien con el traje.

—Gracias, Natalie.

—¿Algo más, señor?

—No, gracias.

Natalie salió y me dejó a solas.

Mi teléfono sonó y el nombre de Pine apareció en la pantalla.

Respondí.

—Hola.

—¿Vas a ir a la Gala del Met esta noche?

—Sí. —Era una ocasión para contribuir con la beneficencia, pero también para aumentar mi propia agencia de negocios. Estar siempre atento a posibles acuerdos, a las oportunidades de negocios en alza o en quiebra y a tus competidores era clave para permanecer en la lista Forbes.

—¿Vas a llevar a alguien?

Yo nunca llevaba a nadie a aquellas cosas, y él lo sabía.

—No, ¿y tú?

—Esta noche voy yo solo. Mi padre quiere que asista.

—Puedes ser sus ojos y sus oídos.

—Bueno, ¿te apetece pasar a recogerme?

Solté una carcajada al teléfono.

—No me llores para que te lleve, tío.

—Mierda. En fin, tenía que intentarlo. Por cierto, he oído que Titan va a estar allí.

Había pasado otra semana y no había sabido nada de ella. Se podía decir con seguridad que no iba a proponer ningún otro acuerdo. No bromeaba cuando había dicho que ella no se comprometía. Nos habíamos acostado antes de que me marchara de su casa y seguía masturbándome con el recuerdo todas las noches. Me imaginaba qué se sentiría al estar atado para que pudiera montarme todo lo que quisiera, a pelo. Y siempre me ponía a cien.

—¿Y a mí por qué iba a importarme eso?

—¿Sigues intentando comprarle la editorial?

Eso ya no me importaba.

—No estoy seguro. Ahora que Bruce Carol está pasando por un momento difícil, puede que esa sea una oportunidad mejor.

—Cierto.

—Tengo trabajo que hacer, Pine. Luego hablamos.

—¿Acaso te crees que yo no estoy trabajando?

Mi silencio era toda la respuesta que necesitaba.

—Vale, estoy haciendo el vago. Me has pillado. —Colgó.

EL CHÓFER me abrió la puerta trasera y salí para ser recibido por una marea de periodistas. Me abotoné la parte delantera del traje mientras avanzaba, haciendo caso omiso de los *flashes* de todas las cámaras. Unos cuantos periodistas intentaron atraer mi atención gritando mi nombre, pero los ignoré mientras entraba en el hotel.

Un candelabro de cristal colgaba del techo y las esquiras, meticulosamente talladas, reflejaban las luces. La música sonaba desde arriba, tan suave que apenas podía oírla. Había algunas parejas de pie en el vestíbulo, ataviadas con vestidos caros y trajes a medida, y hablando entre sí antes de entrar en el auditorio.

Con una mano en el bolsillo, pasé al interior del auditorio. Unos tubos dorados colgaban del techo y las paredes estaban cubiertas con luces que parecían estrellas. Las mesas tenían manteles blancos y grandes jarrones llenos de azucenas también blancas. Era igual que todos los otros eventos benéficos a los que había acudido, en los que la celebración en sí valía más que el dinero que se recaudaba en realidad.

Mis ojos ansiaban ver a Titan, y me pregunté si ella estaría observándome cuando nuestras miradas se encontraran. ¿Qué vestido llevaría? ¿Estaría más guapa que nunca? ¿Pensaría en la última noche que habíamos pasado juntos? ¿O sería yo un recuerdo olvidado en el que no había vuelto a pensar?

Me topé con algunos compañeros y hablamos de trivialidades antes de que un camarero me tendiera una copa de champán. Todavía burbujeante y dorado, se esfumaba a medida que las burbujas subían a la superficie. Di un sorbo, sabiendo que había probado algo mucho más dulce en los labios de Titan.

Mi mirada se desplazó hacia el lado opuesto de la sala y la vi. Mi mente se movió en aquella dirección de inmediato, detectando inconscientemente la energía magnética que emitía. Se hacía dueña de cualquier sala en la que entraba, al igual que se hacía dueña de todo el mundo.

Excepto de mí.

Junto a ella se encontraba el infame Thorn Cutler, un empresario conocido

por su enfoque capitalista del conocimiento de las marcas. Con una altura similar a la mía, la complementaba perfectamente. Tenía unos rasgos atractivos que atraían la atención de la mayoría de las mujeres. Con una mandíbula cuadrada, ojos brillantes y unos hombros enormes, lo tenía todo. Por no mencionar que además tenía dinero.

Le puso la mano en la parte baja de la espalda, guiándola alrededor de un grupo de personas que charlaban mientras tomaban champán.

Ira.

Enfado.

Celos ciegos.

Sentí un montón de cosas que no me resultaban familiares. Nunca había sido posesivo con una mujer. Pine y yo las compartíamos todo el tiempo. Cuando una mujer salía de mi apartamento después de una noche de diversión, no volvía a pensar en ella.

Pero ver a Titan con otro hombre me ponía enfermo.

No comprendía su relación. Cada vez que preguntaba, ella cambiaba de tema. A veces parecía que estaban juntos, como en ese momento, y otras parecían indiferentes el uno al otro. Me había llevado a Titan de un bar y me había acostado con ella en mi casa. Y parecía que Thorn ni siquiera se hubiera dado cuenta de que se había marchado.

Entonces, ¿qué era lo que pasaba?

Aparté la mirada antes de que ella se diera cuenta de que la estaba contemplando. Tal vez nos cruzáramos durante la noche y le dedicaría un saludo educado. Pero no me movería de mi sitio para ir a hablar con ella, aunque siguiera soñando con ella.

—Ya has llegado. —Pine apareció a mi lado y me dio una palmadita en el hombro—. Bonita fiesta, ¿eh?

Di un trago al champán.

—No está mal.

—El director ejecutivo de Maxwell está aquí. —Pine señaló con la cabeza discretamente a un hombre con un traje oscuro—. Me encantan sus coches. Estoy pensando en comprarme uno.

—¿Quieres que te lo presente?

Pine parecía un niño que acabara de ver un montón de regalos de Navidad debajo del árbol.

—¿Lo conoces?

Había salido de fiesta con él alguna vez.

—Sí.

A Pine estaban a punto de salirse los ojos de las órbitas.

—Joder, sí, quiero conocerlo. Pero hazme quedar bien, ¿vale?

Me reí.

—Vale.

TITAN Y THORN estuvieron juntos todo el tiempo. En ningún momento se dieron la mano ni intercambiaron un beso, pero la mayor parte del tiempo él le rodeaba la cintura con el brazo. Para no ser pareja, parecía que lo eran.

Pero ella me había pedido que fuera suyo.

¿Significaba eso que Thorn era suyo mientras tanto?

¿Se había estado acostando con él mientras se acostaba conmigo?

Como estaba a favor de la monogamia, no me parecía que esa opción fuera probable.

Caminé hasta la barra para pedir otra bebida, con ganas de tomar un Old Fashioned.

Siempre que Titan estaba cerca de mí, me apetecía tomar ese cóctel. No me importaría derramárselo por el cuerpo y quitárselo con la lengua.

—Parece que tenemos los mismos gustos en lo que a bebidas se refiere.

—Thorn apareció a mi lado y le pidió dos Old Fashioned al camarero.

Giré el cuerpo hacia él, odiándolo todavía más ahora que estaba justo a mi lado. Poseía un aire de magnetismo, de seguridad natural, que rivalizaba con el mío propio. Pero no debería haber esperado menos de Tatum Titan. Sólo le interesarían hombres que pudieran proyectar el mismo tipo de fuerza.

—Parece que tenemos el mismo gusto en muchas cosas.

Captó exactamente a qué me refería, y sonrió.

—Brindaré por eso. —Cogió el vaso de la barra y dio un trago—. Es una lástima que no pudierais llegar a un acuerdo. Creo que lo habrías disfrutado.

Yo mantuve un gesto inexpresivo, absorbiéndolo todo y sin revelar nada a cambio. Era obvio que Thorn conocía perfectamente los gustos de Titan, pero, una vez más, no parecía importarle. Si estaban juntos, debían de tener algún tipo de relación abierta. O directamente no estaban juntos. Lo cierto era que no sabía nada de Thorn Cutler.

—Estoy seguro de que habría disfrutado, pero sólo por un tiempo.

—Pues propón un pacto. Negocia. Eso se te da bien, Diesel.

Moví la cabeza ligeramente hacia un lado, porque no sabía a qué juego estaba jugando.

—Titan no pacta con nadie.

—Tienes razón, no lo hace. —Se acercó más a mí, bajando la voz para que nadie más pudiera oír lo que estábamos diciendo—. Pero creo que por ti sí lo haría. —Se apartó y me guiñó un ojo—. Por mí no te has enterado de esto.

—Cogió los dos vasos y se marchó. Titan estaba hablando con Jonathan Kyte, el fundador de Mach Six, una de las mayores empresas de programación del mundo. Estaba de espaldas a nosotros, así que no vio nuestro encuentro.

Thorn me había dado mucho en lo que pensar.

Nos sentamos para cenar, Pine estaba a mi derecha y había otros cuantos socios en mi mesa. Brett Maxwell, un gran innovador en el mundo automovilístico, estaba sentado a mi lado. Me gustaba su trabajo, los diseños elegantes y los motores potentes. Los dos teníamos mucho en común, más de lo que la mayoría de la gente creía.

—¿Qué tal te va todo? —me preguntó Brett. Pine estaba hablando con Mike sobre el mercado de valores, conversando sobre finanzas como la gente normal hablaba del tiempo.

—No me quejo. —En realidad, sólo tenía una queja—. ¿Qué tal estás tú?
Se ajustó el gemelo, analizando la sala con una sutil indiferencia.

—Voy a sacar una nueva gama de coches la semana que viene. Deberías pasarte para que te haga un recorrido privado.

—No voy a decir que no a eso.

—Genial. —Con los ojos de color avellana y una suave sombra en el mentón, tenía los mismos rasgos oscuros que yo. No era tan implacable como yo, porque contaba con el encanto típico de los vendedores. Había empezado a crear su fortuna a una edad temprana vendiendo coches usados en un taller, pero con los años se había hecho un nombre. Ahora estaba en la cima del mundo, y se ganaba la vida conduciendo coches rápidos con una chica en el asiento del copiloto—. Esperaba que no lo hicieras. —Volvió a examinar a la multitud, al borde del aburrimiento.

—¿Quieres que vayamos a jugar al golf el sábado?

—Claro. Hace tiempo que no voy a hacer unos hoyos.

—Pues entonces creo que te voy a dar una buena paliza.

La comisura de la boca se le curvó en una sonrisa.

—Después nos veremos en la pista de carreras y seré yo el que te dé una paliza a ti.

Solté una carcajada.

—Creo que tenemos un trato. —Extendí la mano.

Él me la estrechó.

—¿Alguna mujer especial en tu vida, Diesel?

Él era una de las pocas personas del mundo que me llamaban por mi nombre propio. Me vino a la mente Titan, pero no podía compartir aquella información.

—En este momento no. ¿Y en la tuya?

—No. Sólo una sarta de mujeres anónimas, por desgracia.

—¿Por desgracia? —pregunté.

Se inclinó hacia mí y nuestra conversación se volvió privada.

—¿Te acuerdas de cuando éramos niños y sólo queríamos comer gominolas? Cuando por fin nos salimos con la nuestra, acabamos hartos de ellas. No importaba lo buenas que estuvieran, siempre sabían fatal. Pues así me estoy empezando a sentir... Es la misma mierda todos los días.

Sabía exactamente de qué hablaba.

—Comparto tu mala suerte.

—Supongo que quiero algo diferente, algo que nunca haya tenido.

Yo había probado a Titan y ya no quería nada más. Me refrescaba, me ofrecía un nuevo comienzo.

Brett dio un trago al vino.

—Supongo que los hombres que están en nuestra posición nunca están contentos con lo que tienen, ¿no?

—Siempre queremos más.

Chocó su copa contra la mía.

—O siempre queremos una cosa en concreto.

EL PROGRAMA LLEGÓ A SU FIN, celebrando la gran cantidad de dinero que habíamos recaudado para la Cruz Roja. Todo el mundo aplaudió antes de continuar disfrutando de la noche, ampliando su propia y ambiciosa agenda de contactos bajo el disfraz de conceder ayuda a los más desafortunados.

No juzgaba a nadie. Yo estaba haciendo exactamente lo mismo.

Me dirigí al baño sin saber dónde estaba Titan. Probablemente seguía sentada a su mesa, con Thorn y con el resto de las personas que habían logrado acceder a su círculo personal. Yo intentaba no mirarla porque sabía que aquella mujer era consciente de lo que la rodeaba en todo momento. Me negaba a mostrar un interés descarado.

Crucé la sala, entré en el pasillo y me encontré con ella, que venía en sentido contrario. Probablemente venía del baño o de hacer una llamada. Cara a cara, frente a frente, nos miramos el uno al otro.

Me quedé contemplándola y decidí no ignorarla. No me habría costado rodearla y fingir que no existía, pero cuando aquellos ojos verdes se posaron en mí, no hubo posibilidad de mirar hacia otro lado. Me desafió con una sola mirada y yo siempre afrontaba todos los desafíos que se cruzaban en mi camino.

Nos detuvimos y nos miramos. Llevaba un vestido azul intenso y el pelo recogido en un moño elegante. Nunca antes le había visto aquel peinado que dejaba al descubierto su hipnótico rostro. Tenía los pómulos definidos, unos ojos deslumbrantes y un cuello esbelto que yo había marcado con mis besos. Había

visto desnuda a esa mujer varias veces, pero nunca había estado más hermosa que en ese momento. Tenía pendientes de diamante en las orejas, y brillaban con tal intensidad que resultaba imposible no percibir su esplendor. Otro diamante, igual de brillante, colgaba de su collar.

Me negué a ser el primero en hablar. El que guardaba silencio durante más tiempo siempre era el más poderoso. Había rechazado su oferta porque no podía permitir que me dominara. Quedarme callado era otro modo de mostrar lo mismo.

Ella tomó la iniciativa.

—Hunt.

—Titan. —Estábamos solos en el pasillo, pero hablábamos como si hubiera miles de oídos escuchando nuestra conversación—. ¿Lo estás pasando bien?

—Supongo. ¿Y tú?

Vi cómo se movían sus labios sin prestar mucha atención a sus palabras.

—Supongo.

Sostenía su bolso negro delante de ella, un diseño de marca que añadiría a la colección que ya tenía en su precioso ático. Con el maquillaje como lo llevaba, sus ojos parecían más grandes y luminosos de lo normal. Me pregunté qué aspecto tendrían si hacía que se corriera en ese mismo pasillo, directamente contra la pared.

Me metí las manos en los bolsillos del traje, conteniéndome para no agarrarla como a mí me gustaba.

—He visto que Thorn Cutler es tu acompañante.

Me sostuvo la mirada sin pestañear, pero se negó a responder a mi afirmación.

Igual de terca que siempre.

—¿Tú has traído a alguien?

—No te tenía por una mujer que se anduviera con estos juegos. —Una de las cosas que me gustaban de Titan era su sinceridad. Decía las cosas a la cara, sin plantearse cómo se sentiría la otra persona. No era digno de ella fingir que no sabía si yo había llevado a una mujer colgada del brazo o no.

A pesar de mi insulto, no reaccionó.

—Supongo que entonces tu respuesta es un no.

—Ha sido un no desde la última vez que te vi. —No tenía por qué revelarle aquella información, y no estaba seguro de por qué lo había hecho. Debería dejar que su imaginación se descontrolara, que pensara que cada noche había una mujer distinta en mi cama. Si yo estaba tan celoso por Thorn Cutler, un hombre al que evidentemente no le importaba con quién se acostaba Titan, ella también tenía que sentir celos.

Intentó disimular su reacción, pero un ligero atisbo de ternura afloró a sus facciones. Estaba tan decidida a ser dura todo el tiempo que no podía permitirse mostrar un instante de debilidad nunca. Pero a mí me había mostrado un poco.

Di un paso hacia delante y le posé el dorso de los dedos en la mejilla.

Ella respiró hondo, su cuerpo reaccionando a mis caricias. Cerró levemente los ojos, girando la mejilla hacia mi mano, como si quisiera más.

Mis dedos recorrieron su cuello, notando su pulso. Mis ojos se embebieron del aspecto de sus labios, aquellos labios suaves y exquisitos que había besado tantas veces. Acerqué más la cara hacia ella, encantado con la altura que tenía con aquellos tacones de trece centímetros. Resultaba más fácil besarla, inclinarse de ese modo y pegar mi boca a la suya.

Sus labios se quedaron inmóviles, sintiendo cómo mi boca se cerraba sobre la suya. Ni siquiera respiró, su cuerpo entero colapsó en respuesta.

Le puse la palma de la mano en la mejilla y profundicé el beso, separándole los labios con los míos.

Ella cobró vida al instante, superando la conmoción de mi beso en público. Me devolvió el beso, deslizando los labios por los míos mientras nuestras pieles cálidas se movían al unísono. Su lengua estaba allí preparada y le pasé la mía por encima.

Gimió contra mi boca, una vibración jadeante tan sensual que me costó soportarla.

Le puse las manos en la cintura y la oprimí contra la pared, profundizando el beso, ardiendo de excitación. Le sujeté la nuca con la palma y me rocé contra ella, apretando mi erección contra su vientre a través de los pantalones del esmoquin. Nos frotamos y nos movimos juntos y, si no hubiera llevado puesto un vestido largo, su pierna ya estaría enroscada en mi cintura.

Si estuviéramos solos, estaría penetrándola en ese mismo instante.

Sus manos abandonaron toda contención y me tocó el cuerpo, deslizándolas por los músculos a través del esmoquin y sintiendo mi fuerza. Me tocó la barbilla con las yemas de los dedos, notando la piel suave por el afeitado de aquella tarde. Me besó la comisura de la boca, respirando con frenesí debajo de mí.

Quería más.

Lo quería todo.

Titan fue la primera que logró contenerse y puso fin al beso de forma abrupta. Inclino la cabeza hacia abajo, sus respiraciones todavía temblorosas. Aflojó las manos, que seguían sobre mi cuerpo, y las bajó lentamente por mis brazos hasta el hueco de los codos.

Sabía que aquello se había acabado.

Si seguíamos mucho más tiempo, nos pillarían.

No había nada que decir. Estaba claro que teníamos una fuerte conexión, una combustión física que rivalizaba con el motor más potente del mundo. Nuestra química era insólita por lo explosiva que era. Ella me deseaba y yo la deseaba a ella. Yo estaba ebrio de su confianza y ella quería hacerle el amor a mi poder. Éramos las dos caras de una misma moneda, dos conquistadores que deseaban las mismas tierras.

Y ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder ante el otro.

Retrocedí y me limpié la comisura de la boca, sintiendo que el beso aún persistía en mi piel. Le dirigí una última mirada antes de alejarme, sabiendo que no había nada más que decir. Cada vez que estuviéramos a solas, probablemente ocurriría aquello. Nuestras mentes eran tan lógicas, tan fuertes, que sabíamos que estaba mal.

Pero nuestros cuerpos opinaban lo contrario.

LAS GOTAS de lluvia salpicaban contra mi ventana aquel martes por la tarde. El suave goteo me resultaba relajante mientras estaba sentado ante mi escritorio y abordaba todos mis frentes a un mismo tiempo. Había tenido una reunión aquella mañana que no había sido tan productiva como yo esperaba, pero al menos había sido un paso en la dirección correcta.

La lluvia tenía algo que me tranquilizaba. Como si fuera ruido blanco que bloqueaba los sonidos que no querías oír, la lluvia me envolvía, aislándome de la cacofonía y el caos de la ciudad. Si no hubiera tenido aquella reunión ese día, probablemente ni siquiera habría ido a trabajar. Me habría quedado en mi ático y habría trabajado desde casa delante de la chimenea.

Natalie llamó con los nudillos a la puerta de madera antes de meter la cabeza.

—Señor, la señorita Titan ha venido a verlo.

Casi tuve que pedirle que me lo repitiera.

—No está en su agenda para esta tarde. ¿Le digo que se marche?

Tenía una reunión con mi asesor financiero, pero eso podía esperar para otro día.

—No. Despeja mi agenda durante la próxima hora.

—De acuerdo, señor.

—Y que no nos molesten.

Natalia asintió brevemente antes de salir.

No sabía qué quería Titan, pero esperaba que no fuera algo profesional.

Entró por la puerta un segundo después con una gabardina larga y negra que le cubría el vestido. Llevaba los tacones de aguja de siempre, completamente

negros y elegantes. No había ni un solo araño en ellos, como si fueran recién comprados.

En realidad, probablemente lo serían.

No me levanté de la silla, observándola como un halcón contemplaba a su presa. Ahora estaba en mi mundo, en mi territorio. Aquel era mi reino y ella no era más que una simple ciudadana. Yo era el rey y ella era una mera súbdita.

Se sentó en la silla de cuero que había frente a mi mesa y cerró las piernas inmediatamente.

—Gracias por haberme recibido, Hunt.

—El placer es todo mío. —Apoyé los brazos en los reposabrazos de la silla y crucé la pierna, apoyando el tobillo en la rodilla contraria. Sentía la madera del brazo del asiento con las puntas de los dedos, dibujando círculos intrincados. Mi despacho era un contraste directo con el suyo. Yo prefería los colores intensos y oscuros, una estética llamativa que hacía juego con la testosterona que me corría por las venas. Era un lugar poderoso, un hogar donde nacían la mayoría de mis ideas.

Titan estaba sentada con una postura elegante, la espalda rígida y recta, pero las facciones de su cara suaves. Aquella tarde llevaba el pelo suelto, y los oscuros mechones hacían de cortina alrededor de su nuca. Le bajaba por los hombros, llegando más allá de sus maravillosos pechos. No había traído un bolso consigo, ni una carpeta. Fuera lo que fuera de lo que quería hablar, sólo tendría lugar de forma verbal.

Esa era una buena señal.

—¿En qué puedo ayudarte, Titan? —Al igual que en cualquier reunión de negocios, no verbalicé mis suposiciones antes de que la otra parte expresara sus exigencias. Creía saber por qué estaba allí, pero no iba a probar suerte todavía.

—Quería saber si te habías replanteado mi oferta.

Sólo me había hecho una oferta, así que di por sentado que no estaba hablando de otra cosa.

—No hay nada que replantearse. —Siguiendo sus requisitos, no era algo que yo pudiera hacer a largo plazo. Incluso hacerlo a corto plazo me resultaría difícil. Había veces en que quería tirármela con fuerza y rapidez, tomándola en cualquier postura que me apeteciera. No quería tener que pedir permiso. Y ciertamente tampoco quería que me lo concedieran.

Ladeó levemente la cabeza, procesando mi sencillo comentario sin sentirse ofendida.

—Entonces ¿es un no definitivo?

Lo único que hice fue asentir.

—¿Te importaría explicarte?

Mis manos se aferraron a los bordes de mi silla porque me encantaba el tono de su pintalabios. Quería ponerme de pie delante de ella, sujetarle el pelo con la mano e introducir mi enorme sexo en aquella garganta pequeña y esbelta.

Quería provocarle arcadas.

—Soy demasiado dominante. Los dos lo sabemos.

—Pero no siempre necesitas ser dominante.

—En ese caso, ¿por qué no cambiamos?

Apretó los labios con firmeza, sin un argumento con el que rebatir.

—Creo que sería muy divertido, Titan. Que una mujer como tú asumiera el mando sería increíblemente erótico. Pero sólo durante un tiempo.

—Nunca dije que tuviera que ser permanente.

—Estoy pensando en una semana.

—Eso no es tiempo suficiente para que confiemos el uno en el otro.

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

Ella descruzó las piernas y siguió mirándome; los pensamientos bullían tras aquellos ojos inteligentes. Algo estaba en marcha. Los engranajes estaban girando y su mecanismo estaba en funcionamiento. De repente, se puso de pie, adoptando una postura perfecta delante de mi escritorio.

—Deja que te enseñe cómo sería. —Se llevó las manos a la parte delantera de la chaqueta y se desabrochó los botones uno a uno—. Puede que cambies de opinión.

Me empalmé en tiempo récord.

Cuando el último botón quedó desabrochado, se bajó la chaqueta por los hombros, revelando un picardías de una pieza de encaje fino que le cubría parte del cuerpo y no dejaba mucho a la imaginación.

Joder.

Había un broche cerca de la entrepierna, lo cual me indicaba que el picardías podía abrirse con sólo dos dedos. El encaje se ceñía a su cuerpo porque era perfectamente ajustado, y se le notaban los pezones a través del fino tejido.

Joder. Joder. Joder.

Rodeó mi escritorio lentamente, convirtiendo mi despacho en otra de sus propiedades. Ahora poseía el edificio, poseía el despacho y me poseía a mí. Agarró los dos reposabrazos de mi silla y me echó hacia atrás hasta que quedé más cerca de la ventana. Inmediatamente se montó a horcajadas sobre mis caderas, me puso la palma de la mano en la nuca y acercó mi boca a la suya.

Yo ya estaba perdido en una neblina, sin pensar dos veces en lo que estaba haciendo. Mi erección se apretaba contra mis pantalones, intentando liberarse para deslizarse en su interior. Llevé las manos a sus muslos, apretándole los finos músculos.

Ella me sujetó la corbata y me la aflojó en cuestión de segundos, besándome al mismo tiempo. Me la sacó por el cuello, deslizándola por mi camisa hasta que quedó enroscada en su puño. Entonces, me agarró las manos y me las inmovilizó en la parte posterior de la silla.

Dejé que ejerciera su poder sobre mí, excitado por aquella atractiva mujer que no dudaba en pasar a la acción. Se frotaba lentamente contra mi erección, aportándome fricción y recibéndola también ella. Me rozó los labios con los suyos, provocándome mientras me unía las muñecas con un nudo impresionante. Cuando tiré de él, apenas pude mover las manos.

Aquella mujer iba en serio.

Su boca volvió a la mía, devorándome los labios y la lengua como si le pertenecieran a ella en exclusiva. Con los dedos, me desabrochó los botones de la camisa y me besó, impregnándome de su pasión. La sentía ligera como una pluma sobre mí, pero desprendía tanto poder que podía sentirla por todas partes.

Le mordisqueé el labio inferior, tomándole la boca con más agresividad de la que ella aplicaba a la mía. Estiré el cuello para llegar a ella, para tener más de ella. Le metí la lengua en la boca, bailando lentamente con la suya.

Gimió.

—Titan... —Hablé junto a su boca mientras la miraba a los ojos, sintiendo un cosquilleo por toda la piel. Ni siquiera estaba dentro de ella todavía y ya quería explotar. Mis manos tiraron de la seda de la corbata, ansiosas por liberarse y disfrutar de su espléndido cuerpo, pero el nudo era demasiado fuerte.

Titan era demasiado fuerte.

Me abrió la camisa para revelar mi pecho desnudo y, a continuación, me desabrochó los pantalones. Tiró del cinturón para sacarlo y lo lanzó al suelo antes de abrir el botón y la cremallera. Después de esforzarse un poco, me bajó los bóxers hasta los tobillos.

Mi boca podía mentirle y decirle que aquello no me gustaba, pero mi sexo palpitante era incapaz. Estaba hinchado por la sangre, tan grueso que estaba a punto de explotar. Estaba ligeramente más largo de lo normal porque estaba extraordinariamente duro, excitado por aquella mujer. Tenía los testículos tensos, ansiosos por darle mi semen allá donde pudiera recibirlo.

Se deslizó hasta el suelo, arrodillándose sobre el parqué. Tenía la cara cerca de mi cintura, y su boca tenía un aspecto maravilloso tan próxima a mi erección. Todavía no me la había chupado, y por fin estaba a punto de acabar con mi erección embadurnada de aquel carmín.

Apenas podía respirar.

Subió la mano por mis muslos musculosos, acercándose lentamente a mi vientre. Me masajeó con delicadeza, provocándome al no tocar el lugar en el que

yo más deseaba que me tocara. Clavó la mirada en mi enorme miembro antes de lamerse los labios.

Dios mío, qué mujer.

Se acercó más a mí, con los labios separados y los ojos ávidos.

Volví a tirar de las manos, queriendo agarrarla del pelo y guiar su boca adonde deseaba que estuviera.

Se pasó la mano por el pelo y se lo recogió sobre un hombro antes de volver a pasarse la lengua por los labios.

Dios.

Por fin se inclinó hacia abajo y pegó la boca a mis testículos, a mi saco anhelante. Besó el sensible conjunto nervioso antes de pasar su lengua suave por mi piel rugosa, haciendo que mis testículos se tensaran tanto que me olvidé de respirar.

Tiré de la corbata una vez más.

Se movió más rápido, pasando la lengua por todas partes. Succionó la piel, introduciéndosela en la boca cada vez más a medida que aplicaba más fuerza. Pasó la lengua por ella, lubricándome los testículos con su saliva.

Nunca había visto a una mujer practicando una felación así. Se tomaba su tiempo, prolongando el momento. Aumentó mi excitación sin tocar mi erección siquiera. Me complacía como si fuera su trabajo... y sin duda era la empleada del año.

Estaba atado a mi silla en mitad del día; la lluvia golpeaba los cristales y la mujer más rica del mundo estaba arrodillada chupándome los testículos como si no pudiera saciarse de tenerlos en la boca.

Era lo más erótico que había visto nunca.

Mi entrepierna no podía estar más dura.

Por fin pasó la lengua por mi erección, subiendo lentamente hasta que llegó a la punta de mi sexo. Ahora se mantenía alzada sobre las rodillas, cerniéndose sobre mí con su cabello, perfectamente peinado, desperdigado por mi vientre. Me pasó la lengua por el glande, saboreando el líquido preseminal que se había formado en cuanto su boca se posó en mis testículos.

Se introdujo la erección en la boca hasta la base.

—Joder... —Rechiné los dientes, pero eso no evitó que un gemido escapara de mis labios. Tenía la mandíbula apretada con tanta fuerza que estaba a punto de partirse. Su boca era suave y cálida, y su saliva me cubría de arriba abajo.

Me clavó las uñas en la parte inferior de los abdominales mientras movía el cuello para tomar mi miembro una y otra vez. Mantuvo un ritmo lento, descendiendo poco a poco hasta los testículos y volviendo a subir. Cuando se sacó el glande de la boca, un reguero de saliva unió mi erección a sus labios. Lo

chupó con la lengua, cortando el contacto. Después, clavó la mirada en la mía.

Y se lamió los labios.

Mi sexo dio un brinco en respuesta. Me dio un beso cariñoso en la punta y pasó la lengua por la ranura. Cuando volvió a metérselo hasta el fondo de la garganta, lo hizo de una sola vez. Yo era un hombre grande con un miembro imponente, y estaba acostumbrado a que las mujeres sólo me tomaran hasta la mitad, simplemente porque era demasiado largo.

Pero no era demasiado largo para Tatum Titan.

Me la siguió chupando un minuto más antes de enroscar la mano en mi base. Me masturbó despacio, apretándome y moviendo la mano mientras se desplazaba arriba y abajo. Fijó la mirada en la mía, manteniendo el contacto visual mientras me complacía.

—No te vas a correr hasta que yo te lo ordene.

Mi sexo se retorció entre sus manos.

—¿Lo entiendes? —Pasó el pulgar por el glande, atrapando otra gota de semen. Se llevó el pulgar a la boca y lo chupó.

Todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos, expectantes. Le sostuve la mirada mientras se me aceleraba la respiración lentamente.

—Hunt. —Me puso la mano en los testículos y los masajé antes de pasar la lengua por mi erección.

Aquella era la mejor felación que me habían hecho en mi vida.

Una mamada de cinco estrellas.

Logró que me olvidara de todas las mujeres que alguna vez habían envuelto mi sexo con sus labios.

Santo cielo.

—¿Me entiendes? —Habló con la boca pegada a mi erección.

Sabía que no iba a correrme, pero quería mi cooperación. Quería que me doblegara ante ella, que respondiera cuando me hacía una pregunta. Eran los preliminares de lo que venía a continuación.

Pero no era suyo para que me diera órdenes, así que no dije nada.

Se puso de pie y soltó el botón de su picardías, destapándose para poder tomarme sin quitarse la lencería.

—Entonces haré que lo entiendas, Hunt.

Tiré automáticamente de la corbata; mi erección estaba tan hinchada que me dolía de verdad. Nunca en mi vida había visto a una mujer más sensual, a alguien tan seguro de sí mismo. Vi cómo rasgaba un envase y desenroscaba el condón hasta la base de mi sexo.

Después se subió sobre mí, apuntó mi grueso miembro hacia su entrada y se deslizó hasta abajo.

Apoyé mi frente en la suya y gemí, esforzándome al máximo por permanecer en silencio para que mis ayudantes no supieran que estaba disfrutando del mejor sexo de mi vida en ese mismo momento. Mis caderas se movieron hacia arriba, penetrándola todo lo que pude.

Ella me rodeó el cuello con los brazos y se recolocó hasta que tuvo las plantas de los pies apoyadas en la silla. Después alzó el cuerpo con una postura perfecta, sosteniéndose erguida sin mostrar ni la más mínima señal de esfuerzo. Y entonces volvió a resbalar hacia abajo.

Joder. Sí.

No apartó la vista de mí; aquella feroz autoridad ardía en su mirada. Tenía los labios entreabiertos mientras respiraba con cada movimiento, montándome desde la punta hasta la base.

—Hunt... Qué maravilla.

—Titan. —Intenté deshacerme del nudo y liberarme las manos porque ahora estaba desesperado por tocarla, por sentir aquel magnífico cuerpo que estaba a horcajadas sobre mí.

—Me encanta tu polla.

Tiré una vez más, empleando toda mi fuerza en intentar rasgar la corbata por la mitad. No me importaba si pasaba el resto del día sólo con la camisa. Mis manos ansiaban tocar a esa mujer, follarla con las manos.

—A mí me encanta tu coño.

Ella se tomó su tiempo para montarme, proporcionándome embestidas lentas y regulares. Cuando era lento, como en ese momento, era igual de placentero que cuando empujaba con brusquedad. Nos tomamos nuestro tiempo para disfrutar el uno del otro; mis caderas se movían despacio para recibir sus sacudidas.

Podría hacer aquello todo el puto día.

La voz de Natalie sonó a través del interfono.

—Señor, tengo a Pine Rosenthal al teléfono.

Puto Pine.

Titan me clavó las uñas en los hombros.

—No hablarás con nadie hasta que acabe contigo. —Se sentó sobre mi erección, tomando hasta el último centímetro mientras se inclinaba hacia atrás y pulsaba el botón del interfono.

Apenas podía pensar cuando estaba tan hundido en la entrepierna de Titan.

—Dile que luego le devuelvo la llamada. No me molestes por ningún motivo.

Titan volvió hacia mí, follándome como si no hubiera habido ninguna interrupción.

Estiré el cuello para poder besarla, metiéndole la lengua en la boca. Le

succioné los labios, le besé la boca y le ofrecí mi lengua mientras ella me ofrecía la suya. Nunca había sucumbido de ese modo al sexo hasta el punto de que todo lo que me rodeaba se desvanecía y no quedaba nada más que nosotros dos. Era una experiencia espiritual que existía en un plano diferente, superior a la realidad.

Era una puta delicia.

Ella balanceaba las caderas hacia delante y hacia atrás, frotando el clítoris contra mi hueso pélvico.

—Voy a correrme... sobre esta enorme polla.

Cerré los ojos durante un instante y un gemido se escapó entre mis dientes.

Se meció con más fuerza y sus respiraciones se convirtieron en quejidos. Me clavó las uñas con tanta fuerza que casi me hizo sangrar, rasgándome la piel. Se mordió el labio inferior mientras sus ojos se concentraban en mí, y en sus mejillas apareció aquel rubor justo antes de que llegara al éxtasis.

—Dios... Hunt... Sí...

Nunca me había costado tanto contenerme para no correrme. Quería llenar ese condón con toda mi semilla, pero me obligué a esperar. Contemplé aquel espectáculo, el modo en que echaba la cabeza hacia atrás mientras contenía el grito que quería escapar de sus labios. Su sexo se estrechó sobre mi erección, estrujándola como si fuera una mano de acero.

Respiré complacido, mi sexo tan hinchado que no iba a aguantar mucho más.

Su orgasmo pareció extenderse una eternidad. Tal vez sólo me había parecido largo porque estaba ansioso por que llegara mi turno. Ver cómo aquella mujer disfrutaba de mi cuerpo era mejor que cualquier película porno que hubiera visto nunca.

Hundió la cara en mi cuello mientras terminaba, y sus gritos quedaron amortiguados por mi piel.

Contuvo el aliento antes de volver a sentarse, de nuevo encima de mi sexo.

—Voy a dejar que te corras... sólo porque sé que tienes que trabajar.

Sacudí las caderas hacia ella.

—Como has hecho lo que te he pedido, te voy a recompensar. ¿Cómo lo quieres, Hunt? ¿Así, lento y profundo? ¿O fuerte y rápido?

Estaba tan desesperado por correrme que, llegados a ese punto, ya no me importaba nada más. Sólo quería experimentar lo que había sentido ella, vivir aquel orgasmo agotador que le había hecho curvar los dedos de los pies.

—Fuerte y rápido, Titan.

Puso las manos en mi pecho y empezó a trabajar, moviéndose arriba y abajo y tomando mi erección a una velocidad sorprendente. La silla rechinaba ligeramente por el impulso de sus movimientos, su cuerpo se desplazaba de

arriba abajo y su sexo estaba tan empapado que apenas había fricción.

Vi cómo le temblaban los pechos y sentí que mi miembro alcanzaba su máxima dureza. Yo respiraba cada vez con más fuerza, y mis manos tironeaban de la corbata hasta que al final empezó a resbalarse por mi sudor. Cuando todo mi cuerpo se puso rígido, dejé de respirar y, con los testículos pegados contra mi cuerpo, me corrí.

Me corrí de forma muy intensa.

—Joder... —La explosión fue surrealista. Como olas en una tormenta en el océano, era poderosa y natural. Me sentía un hombre, pura masculinidad cargada únicamente de testosterona. Ella había cumplido una fantasía que yo no sabía que tenía, haciendo que me corriera con tanta intensidad que mi orgasmo se prolongó un poco más de lo normal.

Había sido el mejor orgasmo de mi vida, el más potente que había experimentado hasta el momento.

Había sido increíble.

Aquella mujer era increíble.

Mi mente sufrió un apagón y fui incapaz de pensar con claridad. Pegué la frente a la suya y le di un beso suave en la boca. Mi erección se ablandó dentro de ella, pero no quería que se marchara. No quería interrumpir aquella conexión que teníamos. Era una de las pocas veces en mi vida en que realmente sentía algo. Mi vida no era insulsa, ordinaria y confusa.

Era luminosa como un día de verano.

Se apartó de mí, se abrochó el cierre y se puso la chaqueta, como si acabásemos de llegar a un acuerdo sobre una operación empresarial.

—Piénsatelo, Hunt. —Se arregló el pelo y el maquillaje, adoptando su apariencia ejecutiva y eliminando ese aspecto de acabar de echar un polvo. Después se giró hacia la puerta.

—¿Vas a desatarme? —Todavía tenía las manos atadas a la espalda, la camisa completamente abierta y mi sexo contra el vientre, la punta del condón llena de toda la semilla que había derramado por ella.

Apoyó una mano en el pomo de acero mientras me miraba.

—Estoy segura de que puedes arreglártelas por ti mismo.

TATUM

ENTRÉ en la librería y busqué por las secciones de los estantes. Había personas en los rincones con libros abiertos en las manos, rebuscando por las páginas como si fuera una biblioteca, algo que podían tomar gratuitamente.

Otros estaban en la cafetería, tomando café mientras trabajaban en proyectos para la universidad. La mayoría de la gente eran jóvenes que iban a la universidad para conseguir el trabajo de sus sueños, aunque nunca lo encontrarían. Yo era la dueña de aquella librería, pero era la segunda vez que entraba.

Llegué a la sección de poesía y busqué hasta encontrar el libro que estaba buscando.

EL ROBLE PODEROSO

Una colección de poemas

T. Titan

ME QUEDÉ CONTEMPLANDO el libro en mis manos, sintiendo toda una vida de recuerdos en algo que ya había leído cientos de veces. Todavía tenía el original encima de mi escritorio. Tenía más de un ejemplar, pero aun así, sentía la necesidad de comprar otro de vez en cuando.

El único motivo por el que tenía un negocio moribundo era para tener aquello.

Y para compartirlo con el mundo.

Fui a la caja y lo pagué antes de metérmelo en el bolso.

Thorn me llamó.

—Hola, cariño.

—Hola. —Dejé escapar un callado suspiro que dudaba que él pudiera oír.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Silencio.

—Estoy en la librería...

Thorn no necesitaba saber más.

—Isa y yo vamos a cenar en Blade. ¿Quieres venir con nosotros?

—Sabes que sí.

—Vamos a coger una mesa ya. Nos vemos ahora.

—Vale. —Colgué y encontré a mi chófer aparcado en la acera. Inmediatamente, salió de un brinco del asiento del conductor y me abrió la puerta de atrás para que pudiera entrar. Después, la cerró a mis espaldas antes de

llevarme a mi próximo destino.

A veces me apetecía que me llevaran de un sitio a otro, que otra persona se preocupara por el tráfico y por los peatones. En otros casos, normalmente a última hora de la noche, me gustaba sacar mi propio coche para dar una vuelta.

Ir a algún lugar en el que pudiera poner a prueba el motor.

Llegué al edificio, cogí el ascensor hasta la planta superior y entré en la azotea en la que se encontraba el restaurante. Habían construido paredes de cristal alrededor de las mesas, protegiendo a todo el mundo del viento frío que corría entre los rascacielos de la ciudad. Las estufas mantenían caliente a la gente, que estaba sentada a la mesas con manteles blancos y velas que proyectaban una luz tenue.

Encontré a Isa y Thorn y tomé asiento.

—Me muero de hambre.

Thorn empujó la cesta de pan hacia mí.

Tomé una rebanada y la unté con un poco de mantequilla usando el cuchillo. No comía mucho pan porque evitaba los carbohidratos de cualquier tipo. Thorn era igual, pero tenía mucha más fuerza de voluntad. Yo me daba algún capricho de vez en cuando, pues sabía que la vida era demasiado corta como para no darse un festín alguna vez.

—¿Alguna noticia sobre Hunt?

Terminé de tragar un trozo de pan antes de limpiarme la comisura de la boca.

—Unas cuantas, de hecho.

—Eso debería ser bueno —dijo Thorn—. Al final lograrás agotarlo.

—Me he pasado por su oficina... —Les conté todo lo que había ocurrido, omitiendo los detalles para que no perdieran el apetito.

—Ostras. —Isa sacudió la cabeza—. Madre mía, qué erótico.

Thorn se abanicó la cara con la mano.

—Tengo un poco de calor.

—Eso hará que cambie de opinión. —Isa se crujió los dedos—. Dale un día.

En realidad, ya habían pasado unos cuantos días. Sabía que le había gustado porque había notado lo grueso que estaba dentro de mí. Latía, a punto de explotar.

—No estoy demasiado segura. Hunt es un poco más difícil que el resto de los hombres. Tiene un carácter de acero.

—Pero tiene polla. —Thorn dio un trago a su vino—. No le des mucho mérito.

—Cierto —dijo Isa—. Y si no cede, haz otra jugada.

—Acabarás logrando que cambie de opinión —dijo Thorn—. No todos los días entra en tu despacho y te ata una mujer como tú.

Nunca podría contarle a nadie fuera de nuestro grupo lo que hacía en mi vida privada. Por suerte, los cuatro éramos igual de pervertidos, así que no era de extrañar. Ellos tenían sus propios fetiches, sus propios deseos. Yo no era el único bicho raro del mundo.

—A lo mejor deberías contactar con él —sugirió Isa.

—No —me apresuré a decir—. Yo ya me he expuesto. Ahora la pelota está en su tejado.

Thorn asintió con aprobación.

—¡Bien hecho!

—¿Crees que es de fiar? —preguntó Isa.

—Yo sí. —Thorn hizo girar la copa antes de dar un trago—. Intenta pasar desapercibido. Se nota que es un hombre con sus propios secretos. Quiere estar fuera del mapa y respeta a cualquier persona que quiera lo mismo.

—¿Has hablado con él? —preguntó Isa—. Ni siquiera lo conoces.

—Simplemente estas cosas las sé —dijo Thorn con vaguedad—. Se me da bien interpretar a la gente.

—¿Qué tipo de secretos tiene? —preguntó Isa.

—¿Quién dice que tenga secretos? —pregunté—. Parece bastante abierto.

—No, tiene razón ella —dijo Thorn—. Todo el mundo tiene secretos. Sé que ha guardado las distancias con su padre durante los últimos siete años. No han hablado ni una sola vez.

Aquello era nuevo para mí.

—¿Por qué?

Thorn se encogió de hombros.

—Algo relacionado con los negocios, creo.

—¿Su padre es rico? —Cuando había investigado a Hunt, me había centrado en su presencia en los medios de comunicación. Aunque era una persona importante, mantenía su vida privada alejada de los titulares. Sólo lo catalogaban como jugador, pero eso era bastante normal en un hombre rico y atractivo como lo era él. No había indagado sobre su historia personal.

—Mucho —dijo Thorn—. De ahí le viene a Hunt la mayor parte de su dinero.

—No lo sabía... —Hunt no parecía ser el tipo de hombre que hacía negocios con cualquiera. Me sorprendía que hubiera recurrido a la ayuda de su padre para llegar adonde estaba ahora.

—Cogió ese dinero y lo convirtió en algo más —dijo Thorn—. He oído que su padre esperaba recibir un cierto porcentaje de sus beneficios porque había ayudado a Hunt al principio, pero Hunt se negó. Creo que la historia tiene más cosas todavía, pero es algo así...

—Interesante. —Ni siquiera había tenido oportunidad de pedir mi copa todavía y ya estaba aprendiéndome su biografía.

—A lo mejor puedes preguntarle cuando tengas ocasión —dijo Thorn—. Puesto que eres una mujer que siempre consigue lo que quiere... creo que al final acabará siendo tuyo.

—Nunca hablamos de nada personal en mis acuerdos. —No quería que Hunt supiera nada de mí, y no me importaba lo bastante como para descubrir nada de él. Esa era la fría y dura realidad. Era más sencillo de ese modo, hacía que fuera más fácil que cada uno fuera por su lado.

Thorn se encogió de hombros.

—Las cosas surgen cuando uno menos se lo espera.

SEGUÍA sin tener noticias de Hunt.

¿A qué juego estaba jugando?

Le gustaba el sexo, eso no podía negarlo. Y a mí también me gustaba, era evidente. ¿Cómo era posible que no quisiera más? ¿Cómo podía no picar el anzuelo?

¿Había algo que se me escapaba?

Creía comprender a mi oponente, pero había empezado a preguntarme si en realidad no lo entendía en absoluto.

Pero me negaba a volver a ponerme en contacto con él. En cuanto lo hiciera, perdería el poder. Ya me la había jugado pasando por su oficina y follándomelo antes de marcharme. Si hacía algo así de nuevo, sólo lograría rebajarme más.

Pero, por fin, me escribió.

«Titan».

Me quedé mirando el teléfono mientras estaba sentada en el sofá de mi salón, con una camiseta y en ropa interior. Miré fijamente el mensaje antes de abrirlo y responder.

«Hunt».

«Voy a pasarme por allí en diez minutos».

Si quería que nos viéramos cara a cara, tal vez tenía una buena noticia que darme. Quizás estaba preparado para aceptar mi oferta y empezar de inmediato. Cuando había tenido las manos atadas a la espalda, me había encantado ver cómo su cuerpo musculoso luchaba por liberarse. Me había encantado ver cómo se le tensaban aquellos inmensos hombros, cómo la sangre palpitaba en sus grandes músculos. Tenía la mandíbula tan apretada que pensé que podría rompérsela.

Me excitaba con sólo pensar en ello.

Diez minutos más tarde, las puertas del ascensor se abrieron directamente en

mi ático. Llevaba unos vaqueros negros, una camisa azul marino y una chaqueta negra. Pasó al interior, comportándose como si fuera el dueño del edificio. Clavó la mirada en mí, que seguía en el sofá, como si estuviera a punto de subírseme encima y follarme en ese mismo instante.

Me levanté, abandonando mi Old Fashioned en la mesa, y caminé hasta él. Llevaba una camiseta larga y un tanga, e iba descalza. Ya me había visto desnuda muchas veces, así que no me parecía que tuviera lógica arreglarme cuando sólo me había dado diez minutos para prepararme.

No dijo nada y deslizó los ojos por mi cuerpo como si fuera la primera vez que me veía así.

—¿Te pongo algo de beber?

—No. Podemos compartir. —Cubrió la distancia entre nosotros y me rodeó la cintura con las manos. Me estrechó entre sus grandes brazos, y su mandíbula masculina quedó próxima a mi boca. Cuando respiró, sentí que el aire me hacía cosquillas en la piel. Oía a gel de baño, como si acabara de salir de la ducha sólo unos instantes antes.

—No soy el tipo de mujer a la que le gusta compartir.

—Puedes hacer una excepción por mí. —Me besó la comisura de la boca, cortándome la respiración con aquella delicada caricia.

Cerré los ojos y una ola de calor me recorrió la piel.

Me guio hacia el sofá, advirtiéndome de lo que ocurriría a continuación.

Yo me mantuve firme y lo hice retroceder.

—¿Has venido para aceptar mi oferta? —susurré contra su boca. No quería dejarme llevar hasta que hubiéramos decidido cuál iba a ser nuestra relación, porque sentirlo entre mis manos me estaba volviendo loca. Quería empujarlo hacia el sofá y hacer lo que quisiera con él, follármelo hasta que estuviera tan dolorida que no pudiese caminar.

Hunt me pasó el pulgar por el labio inferior mientras me miraba con los ojos del color del petróleo.

—He venido a negociar.

—¿Negociar? —susurré—. ¿Eso qué significa?

Esgrimía una leve sonrisa.

—No lo sabes, ¿eh?

Estábamos de pie delante de mi chimenea, las llamas llenaban la habitación y nos calentaban, a pesar de que la tensión ya era abrasadora.

—Estoy dispuesto a aceptar tu oferta con algunas condiciones.

—¿Como cuáles?

—Nos turnaremos. Tú estás una noche al mando, y luego estoy yo al mando la siguiente.

Lo último que deseaba era someterme a un hombre. Cuando había dicho que tenía algunas condiciones de las que quería hablar, había pensado que se refería a límites, cosas que no se sentía cómodo haciendo, como los látigos y las cadenas. No que quisiera darle un giro de ciento ochenta grados al acuerdo.

—No. Eso no es lo que quiero.

—Entonces tú haces lo que quieras la primera mitad y después, durante la segunda mitad, hacemos las cosas a mi manera. Eso es justo, es equitativo.

—No. —No me interesaba que me dominasen, quedar indefensa ante otra persona. Ya lo había hecho y no me había gustado, así que ahora tampoco me iba a gustar.

—¿No? —preguntó.

—Yo estaré al mando todo el tiempo. Tú harás lo que yo diga, sin preguntas. Cuando me has dicho que querías negociar, creía que te referías a pequeños detalles. Lo que estás pidiéndome ahora es una oferta completamente distinta a la que te hice yo.

—Tienes razón. —Me agarró la barbilla y me giró la cara hacia la suya—. Es un pacto.

—No quiero hacer pactos...

—Te deseo. Tú me deseas a mí. A pesar de lo mucho que me gustaría repetir lo del otro día, necesito más que eso. Si quieres poseerme como me estás pidiendo, yo también necesito poseerte a ti. Sólo así aceptaré. Esto tiene que ser equitativo. Tiene que ser una distribución del poder justa. ¿Quieres que confíe en ti? Pues entonces tú también tienes que confiar en mí.

Por muy razonable que fuera su petición, era espantosa. Yo no quería ese tipo de relación.

—No. —Me aparté de él, y su mano se separó de mi rostro—. Acepta mi oferta tal cual o no la aceptes.

Se llevó las manos a los costados; tenía los músculos de los bíceps rígidos y esculpados.

—Si me dieras una oportunidad, te gustaría. Ya me has tenido antes entre tus piernas. No puedes ni imaginarte lo increíblemente bien que te haría sentir... el tipo de lugares a los que te llevaría.

Era tentador, pero poco realista.

—No.

Cuando inclinó la cabeza hacia un lado, supe que no iba a recibir una aceptación tranquila por su parte.

—¿Por qué?

—El porqué no importa.

—A mí sí me importa. La confianza tiene que ser mutua. Dime por qué te

sientes así y puede que me lo plantee.

Deseaba a Hunt más que a ningún otro hombre en mi vida. Tenía algo que me complacía, me satisfacía y me calmaba al mismo tiempo. Ahora tenía una forma de lograr que aceptara mi oferta, que aceptara mis términos.

Sólo tenía que ser honesta.

Sincerarme.

Contar la verdad.

Y sería mío.

Sus ojos seguían clavados en los míos, esperando una respuesta.

Una parte de mí confiaba en él, sentía que podía contarle cualquier cosa. Podía indagar en mi pasado y abrirle las puertas, junto con todo lo demás que saldría a la luz. Pero mi buen juicio, mi corazón frío, me lo impedían.

—No puedo contártelo, Hunt.

Me puso las manos en la cintura.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo. —Le agarré las muñecas y aparté sus brazos de mi cuerpo con delicadeza—. Las razones no importan. Sólo quiero una cosa de ti, no hay necesidad de compartir historias personales.

Cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos.

—No hace mucho que te conozco, Titan, pero eres una mujer increíble y ya te considero una amiga. Puede que eso no signifique mucho para ti, pero yo no tengo muchos amigos... y es por algo.

Sí que significaba algo para mí, pero eso no era bueno. No quería sentir absolutamente nada.

—Yo tampoco tengo muchos amigos.

—Sé que tienes algunos amigos en tu círculo más íntimo.

—Tardaron muchos años en llegar ahí.

Se quedó observándome, quemándome con su mirada hasta que me vi obligada a devolvérsela. Era como el sol caliente azotando en un día despejado: no querías mirarlo, pero a veces no podías evitarlo.

—Entonces no puedo aceptar tu oferta, Titan. Estoy dispuesto a ser lo que tú quieras en una relación, hasta si va en contra de mis principios, si tú estás dispuesta a romper tus normas del mismo modo. Pero si no vas a hacer el mismo sacrificio que esperas que yo haga... entonces no hay acuerdo.

Estaba destrozada, como si me hubieran clavado un cuchillo en el corazón. Todas mis vísceras estaban esparcidas, desparramadas por el suelo de mi salón. Los hombres siempre habían ido y venido, y yo nunca había parpadeado. Pero oír decir que no a Hunt era como un puñetazo en la cara.

Tardé unos segundos en recuperarme.

Hunt suspiró mientras me miraba.

—Yo tampoco quiero que esto termine...

—Piénsalo un poco más...

—No. —Sus ojos eran oscuros, como la noche justo antes del alba—. Estamos en esto juntos o no estamos en esto. No vas a cambiar de opinión y lo respeto, pero no esperes que yo cambie la mía.

Debería haber sabido que no diría que sí. Un hombre tan duro, tan respetado, no lo cambiaría todo de sí mismo por una mujer. Yo no lo respetaría si lo hiciera.

—Bueno... Entonces eso es todo.

Asintió.

—Eso es todo.

A MEDIDA que los días pasaban, esperaba sentirme mejor.

Intentaba olvidarme de Diesel Hunt.

Rezaba por olvidarme de él.

Pero con cada día que transcurría, no me sentía mejor.

De hecho, sólo empeoraba.

Otros hombres habían rechazado mi oferta antes. No muchos, pero sí algunos. Nunca había sentido ningún tipo de decepción. Simplemente salía y buscaba a otro que lo sustituyera. Siempre había salido bien hasta ese momento.

Pero Hunt era diferente.

Ese hombre me gustaba de verdad.

Tal vez fuera mejor que no funcionara. Si me gustaba ahora, acostarme con él durante unos cuantos meses no ayudaría en nada. Nunca me había esforzado por alimentar mis sentimientos platónicos, pero cuando me había planteado de verdad contarle quién era yo en realidad, supe que Hunt se me había metido dentro.

Vivía dentro de mí.

Era dueña de diez coches. Mi Bugatti estaba en el aparcamiento de mi edificio porque me encantaba conducirlo a cualquier parte. Tenía algunos coches más en otros aparcamientos, en mi casa de Rhode Island, y algunos más en California.

Me encantaban los coches.

Era mi debilidad: comprar un motor magnífico que tuviera una potencia como para arrancar el tocón de un árbol del suelo sin el más mínimo esfuerzo. Me encantaba el elegante resplandor de la pintura, la aerodinámica que lo hacía volar a doscientos cuarenta kilómetros por hora, con la sensación de ir a cien. Me encantaba tener ese tipo de poder en las puntas de los dedos, la adrenalina que hacía rugir el motor y que me corría por las venas.

Decidí que la mejor forma de olvidarme de Hunt era ir de compras.

A por un coche nuevo.

Brett Maxwell poseía algunos de los coches más lujosos del mundo. Eran únicos porque eran caros y se tardaba mucho tiempo en fabricarlos. Cada uno era una muestra de perfección, el tipo de diseño que fascinaba a todos los amantes del motor.

Entré en el concesionario con una falda de tubo y con tacones, y miré los modelos que había en la sala. La versión más rápida que fabricaban era el Maxwell Bullet, que tenía dos motores V6 y una potencia increíble. Con asientos de piel, un sistema de sonido de última generación y unas llantas que brillaban más que mis joyas, era el coche ideal para mí.

Y sabía que lo quería en negro.

Un vendedor se acercó a mí, un hombre en los cincuenta. Me miró de arriba abajo con incertidumbre, como si fuera imposible que una mujer de treinta años realmente estuviera buscando un coche.

—Buenas tardes, señora. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Sólo estoy echando un vistazo. —Miré el Bullet que había delante de mí—. Muy bonitos.

—Sí que lo son —coincidió—. ¿Está buscando algo para su jefe?

Probablemente creía que era secretaria. Al parecer, era imposible que una mujer atractiva pudiera ser algo más que una ayudante.

—Algo así. Soy mi propia jefa, así que estoy buscando algo para mí.

—Ohh... Eso es maravilloso. Tenemos algunos modelos más antiguos atrás. ¿Le gustaría ver esos?

En lugar de poner los ojos en blanco, meforcé a sonreír.

—En realidad...

—Señorita Titan. —El propio Brett Maxwell salió de su despacho. Con un traje negro medianoche, un físico imponente por debajo como el motor de su coche, y una sonrisa encantadora, caminó hasta mí y me tendió la mano—. Es un placer tenerla aquí.

Le estreché la mano.

—Es un placer volver a verlo, señor Maxwell.

—Le aseguro que el placer es todo mío. —Mostraba esa clase de sonrisa que se reflejaba en sus ojos. Tenía la mandíbula cuadrada, unos rasgos faciales fuertes como los de los actores famosos que paseaban por la alfombra roja. Era mayor que yo, pero no por mucho. Había algo en sus ojos que me resultaba familiar, como si aquellos mismos ojos me hubieran mirado en un entorno más íntimo—. Podría hablar de mis coches todo el día con cualquiera, y especialmente con una mujer tan atractiva como usted.

Sonreí.

—Nada complementaría mejor a este coche que usted en el asiento del conductor. —Caminó hasta la parte delantera y abrió la puerta—. Si compra este coche, voy a tener que sacarle una foto y estamparla en un póster, si no le importa.

—En absoluto. —Me senté tras el volante, sentí el interior de cuero y examiné el sistema de sonido. Tenía dos asientos, pero a mí no me hacía falta más espacio.

—Arranque esta maravilla.

Coloqué el pie en el freno y pulsé el botón.

Cobró vida con un rugido.

—¿No es el sonido más bonito que ha oído en su vida?

Después de los orgasmos de Hunt.

—Sí.

Repasó las otras características del coche, diciéndome exactamente de qué era capaz un vehículo así. Su emoción era evidente en su expresión, hablaba de algo que lo apasionaba de verdad.

—Dígame si estoy aburriéndola.

—Claro que no, señor Maxwell.

—Brett. —Me cogió la mano y me ayudó a salir del coche—. Tanto si compra un coche como si no, voy a celebrar una carrera este fin de semana. Sólo seremos algunos amigos y yo en mi pista, el sábado. Vamos con nuestros coches para dar unas vueltas y llevarlos al límite. La invito a que se una a nosotros.

Me encantaría coger algo de velocidad fuera de la ciudad. A lo mejor me ayudaría a sacarme de la cabeza el hombre que no podía tener.

—Acepto su invitación... y me quedo con el coche.

Sonrió.

—No tiene ni idea de lo feliz que me hace oír eso. La mujer más rica del mundo conduciendo un coche mío... Es todo un cumplido.

CON UNOS VAQUEROS ceñidos y unos zapatos de carreras negros, conduje hasta la propiedad de Maxwell a las afueras de la ciudad de Connecticut. Llevaba una chaqueta de cuero roja y el pelo ligeramente retirado de la cara, con algunos mechones sueltos. Tenía las uñas pintadas de un rojo intenso, a juego con la chaqueta.

Me encantaba mi coche.

Era potente y rápido, y se movía con facilidad entre los demás coches. No tenía que clavar el pie en el acelerador y esperar unos segundos a que el coche respondiera a mis necesidades. Era una bestia, ronroneando ante los desafíos y

saliendo despedido.

Era increíble.

Giré a la derecha y entré en la exclusiva propiedad de Brett Maxwell. Tenía una mansión en mitad de prados y árboles, y detrás se encontraba su pista de carreras privada. Seguí la pequeña carretera de su finca hasta llegar a la pista de asfalto, a kilómetros de distancia. Había coches dando vueltas en la carretera cuyos motores resonaban con fuerza cuando aceleraban.

Había una docena de hombres a un lado, con una marea de coches aparcados a su alrededor. Había Ferrari, Lamborghini y todo lo que alcanzaba a imaginar. Otra persona tenía también un Maxwell, pero de color rojo.

Cuando aparqué en la plaza del fondo, todo el mundo se giró hacia mí. Las ventanas estaban tintadas, así que no podían verme la cara. Probablemente habrían dado por hecho que era uno de los compañeros de póker de Brett, no una mujer que compartía su pasión por los coches. Apagué el motor y salí.

Todos se me quedaron mirando.

Me acerqué a ellos a paso tranquilo y reconocí la cara de algunos, aunque no conocía sus nombres. Todos estaban en el club de multimillonarios, propietarios de empresas por todo el mundo y en toda la costa este.

Brett se separó de la multitud cuando me vio.

—Aquí está mi clienta favorita. —Esbozaba una sonrisa atractiva que dejaba a la vista todos sus dientes, y aquella expresión alegre me resultó familiar. Estaba segura de haberla visto antes, pero debía de estar equivocada. De lo contrario, podría recordar por qué sentía aquello. Me tendió la mano y yo se la estreché.

—¿Tu clienta favorita? —preguntó con incredulidad un hombre que estaba a su lado—. Yo te he comprado dos coches.

—¿Y acaso has traído alguno de los dos hoy? —repuso Brett sin mirarlo—. Titan, ¿necesitas un casco?

—Por favor.

—Ahora vengo. —Caminó hacia una caja que había cerca de la pista y sacó un elegante casco negro.

Mientras esperaba, me presenté a aquellos hombres. Charles Brown era el fundador de una marca de ropa deportiva de lujo, y Lance Washington era el propietario de los Giants. En cuanto oí sus nombres, supe exactamente qué eran. Todos en la treintena, formaban parte del club de los jóvenes y ricos.

Charlamos un poco hasta que Brett volvió con el casco.

—Este te quedará genial.

—Gracias. —Me metí el casco debajo del brazo.

—¿Has hecho esto alguna vez? —preguntó Charles Brown—. A lo mejor

deberías de montar con uno de nosotros la primera vez.

Cuando alguien daba por sentado que no podía hacer algo, sólo tenía ganas de demostrar que se equivocaba. En vez de mostrar mi irritación y hacer saber a aquel hombre que me había insultado, me limité a sonreír.

—Puedo apañármelas.

Brett me sonrió.

—Tendrás que llevarme a dar una vuelta. Estoy seguro de que será brutal.

Algunos hombres me trataban como a una igual en cuanto me conocían. Eran muy pocos, pero siempre valoraba a todos y cada uno de ellos. El resto no podía procesar el hecho de que fuera una mujer que pudiera hacer algo más que dar a luz.

Brett saludó con la mano a alguien al otro lado del asfalto.

—Eh, quiero que conozcas a alguien.

Miré en la dirección que miraba Brett y vi a un hombre con unos pantalones oscuros y una camiseta negra. Sus brazos esculpidos se marcaban bajo la tela, y se notaba que su amplio pecho era musculoso a pesar de que no se le podía ver la piel desnuda. Su cabello oscuro era del mismo tono que sus ojos. Caminó hacia nosotros con la mirada clavada en mí.

Diesel Hunt.

Por supuesto.

Ignoró a Brett mientras se unía al grupo sin apartar los ojos de mí en ningún momento. No parecía existir nadie más que nosotros dos. Cuando estábamos absortos en una conexión íntima como aquella, no podía dejar de pensar en cómo sabía su boca, en lo que sentía al tener el resto de su cuerpo contra mis labios.

Hunt se detuvo delante de mí, acercándose más que cualquier otra persona.

—Esta es Tatum Titan —explicó Brett—. Si no reconoces su cara, estoy seguro de que reconocerás su nombre.

Eché un vistazo al casco que tenía bajo el brazo antes de volver a mirarme.

—Nos conocemos. —Extendió la mano.

Me la quedé mirando, sintiéndome rara por saludarlo de un modo que no hacía justicia a la intimidad de nuestra relación. Al final deslicé mi mano en la suya, sintiendo sus dedos alrededor de la muñeca.

—¿Qué tal está, señor Hunt?

Se le curvó la comisura de la boca al oír cómo me dirigía a él.

—Bien. ¿Y usted, señorita Titan?

—De maravilla. Estoy a punto de ver hasta dónde puedo llevar a mi nueva chica.

Miró por encima de mi hombro hacia el Bullet que había aparcado detrás de mí.

—Muy bonita. ¿Me la presentas?

—Claro.

Acompañé a Hunt lejos del grupo y me acerqué a mi coche negro. No había cerrado las puertas, así que estaba accesible. No toqué la pintura por miedo a dejar huellas, y él hizo lo mismo. Rodeó el coche, metiéndose las manos en los bolsillos.

—El negro siempre es buena elección.

—Fue amor a primera vista.

—¿Sí? —preguntó—. No pensaba que creyeras en ese tipo de cosas.

—Yo tampoco, hasta que la vi a ella.

—Así que es chica, ¿eh? —Aquella sonrisa provocadora se extendió por su cara extremadamente atractiva—. Acción entre chicas... Qué excitante.

—Si crees que eso es excitante, todavía no has visto nada, Hunt.

Su sonrisa desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Ahora me miraba como si fuera un cazador a punto de atrapar a su presa. Era la misma mirada que me había dirigido en el pasillo de la gala benéfica. Me había inmovilizado contra la pared y me había devorado como si tuviera todo el derecho del mundo a hacer lo que quisiera.

Seguía queriendo que me dijera que sí.

—Ven conmigo. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección contraria antes de cruzar el asfalto hacia el otro lado de la pista—. Deja que yo te presente a mi mujer.

Miré la pintura roja y una sonrisa se extendió en mis labios.

—Así que tú tienes la tuya propia.

—La compré hace unas semanas... Todavía no he roto con ella.

—Es encantadora. Y me gusta el rojo.

—A mí me gusta el negro. —Se quedó junto al coche con las manos en los bolsillos. La conversación se apagó y lo único que hicimos fue mirarnos el uno al otro. Nuestra última conversación había terminado con un carácter irrevocable y cada uno había ido por su lado. Pero ahora que estábamos juntos otra vez, surgió la misma intensidad apasionada entre nosotros. Yo estaba desvistiéndolo con los ojos y él ya estaba follándome en el fondo de su mente.

—Voy a competir con algunos de los chicos. Más te vale que apuestes por mí.

—Yo siempre apuesto por ti, Titan. —Dio un paso hacia mí, acercándose tanto que la gente deduciría que éramos más que amigos—. Ten cuidado. A veces a la gente se le van de las manos estas cosas.

—Estaré bien, Hunt. —Me di la vuelta.

Me agarró de la muñeca y me atrajo hacia sí. La autoridad de sus ojos me

impidió cuestionarlo.

—Lo digo en serio. Ten cuidado.

—Gracias por tu preocupación, pero no es necesaria.

Me soltó, pero lo hizo con reticencia.

—¿Quieres competir conmigo, cariño? —preguntó Charles, que estaba junto a Brett.

No había nada que odiase más que el hecho de que me llamaran así, especialmente de forma condescendiente. Los hombres me menospreciaban constantemente sin darse cuenta siquiera de lo que estaban haciendo.

—Claro. Pero hagamos que sea interesante.

—Ooh... —dijo Brett—. ¿Cuánto vamos a apostar?

—Si gano yo —dije—, no volverás a llamarme cariño nunca más.

Los ojos de Charles se abrieron con sorpresa.

—Si ganas tú, te deberé un millón.

Hunt se unió al círculo con los brazos cruzados sobre el pecho.

Charles continuó mirándome con incredulidad.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente en serio. —Extendí la mano para estrechársela y cerrar la apuesta.

Sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo, y después me estrechó la mano.

—Estaré encantado de quedarme con tu dinero, Titan.

—Eso ya lo veremos. —Fui andando hacia mi coche y me puse el casco en la cabeza. Cuando llegué a la puerta, me giré para mirar a mi oponente.

Hunt lo tenía agarrado por el brazo y le dijo algo directamente al oído.

La expresión de Charles era inerte, su rostro estaba pálido. Cuando Hunt lo soltó, retrocedió y no volvió a mirarlo a los ojos.

No sabía qué era lo que le había dicho, pero sospechaba que tenía algo que ver conmigo.

LA LUZ CAMBIÓ de rojo a ámbar, y cuando se puso en verde, los dos clavamos el pie en el acelerador.

Y empezamos.

Llevaba toda la semana conduciendo mi Bullet, emprendiendo aventuras nocturnas por la ciudad y por el campo. Había probado el motor, los frenos y la estabilidad. Podía coger curvas más pronunciadas de lo que creía posible y apenas me había movido del asiento.

Aquello lo tenía ganado.

Charles tenía un Ferrari, un coche precioso que se merecía mi respeto. Era

amarillo y brillante, con la pintura todavía como nueva. El motor sonaba fuerte incluso para mis oídos.

Yo cogí más impulso que él en la recta, adelantándolo por centímetros. Estaba a la derecha y tenía que girar hacia la izquierda, cortándole el paso para poder coger el centro de la curva.

Pero él no iba a dejar que eso ocurriera.

Cuando nos acercamos a la curva, él seguía avanzando rápidamente, negándose a reducir.

Y eso era un error.

Yo pisé ligeramente el freno con el pie, dejando que me pasara en la curva. Pero sus ruedas perdieron tracción durante un segundo y las gomas soltaron humo al aire. Aquel acontecimiento bastó para que el coche virase ligeramente hacia la derecha.

Pisé el acelerador a medias en la curva, agarré el volante para no perder el control y aceleré en el pequeño hueco que había entre él y el borde de la línea. Si quería recuperar su sitio, tendría que golpearme.

Y más le valía no tocar mi coche.

Cogí impulso antes que él, porque mis ruedas no se habían visto afectadas por la pronunciada curva. Le saqué ventaja y, antes de que me diera cuenta, estábamos en la siguiente curva.

A pesar de los errores que acababa de cometer, no aminoró la marcha. Siguió avanzando con la esperanza de superarme en la curva. Giró el volante en mi dirección para mantener un control estable.

Yo tampoco reduje, porque sabía que me adelantaría si lo hacía.

Podría perder el control. Las ruedas podrían perder tracción. Me vino a la mente la advertencia de Hunt.

Pero lo ignoré todo.

Pisé el acelerador con más fuerza, logré salir de la curva y crucé la línea de meta medio segundo antes que él.

Me iba a quedar con mi dinero y con el respeto.

Deceleré el coche, salí de la pista y aparqué donde lo había dejado al llegar. Algunos de los amigos de Charles se reunieron con él en el coche, pero todos los demás vinieron hacia mí en cuanto abrí la puerta.

Brett fue el primero en darme una palmadita en el hombro.

—Ha valido hasta el último céntimo.

—Este coche lo vale, Brett.

Se rio y me rodeó el hombro con el brazo.

—Hunt, sácanos una foto.

Hunt sacó el teléfono con gesto molesto, mostrando esa expresión seria en el

rostro, y sacó unas cuantas fotos.

—Gracias, tío —dijo Brett.

Hunt se limitó a asentir.

—¿Dónde has aprendido a conducir así? —preguntó Brett.

Me encogí de hombros.

—Por ahí... —A decir verdad, nunca antes había estado en una pista de carreras. Mi única experiencia se basaba en ver NASCAR en la televisión—. Siempre me han encantado los coches. Siento una gran pasión por ellos.

—Se nota —dijo Brett—. Por eso tú y yo nos llevamos tan bien. —Se quedó de pie junto a Hunt y le dio con el dorso de la muñeca en el brazo—. Ha hecho unos movimientos muy buenos, ¿eh?

Hunt asintió.

Verlos a uno junto al otro hizo que me diera cuenta de lo parecidos que eran. Los dos tenían las mandíbulas cuadradas, los ojos del mismo color que mi Bullet, y una constitución y un peso similares. Pasé los ojos de uno a otro, fijándome en aquellos rasgos que eran demasiado parecidos para ser una coincidencia.

—Voy a darle a Charles una palmadita en la espalda —dijo Brett—. Ya sabes, por haberlo intentado. —Se alejó, dejándonos solos a Hunt y a mí.

La expresión de Hunt no se alteró, permaneciendo igual de dura que un momento antes. No me felicitó por la victoria ni pareció impresionado en lo más mínimo.

Sabía exactamente lo que estaba pensando.

—Sigo de una pieza.

—No hace falta ser temerario.

—No he sido temeraria.

—Claro que sí. He visto lo que has hecho en aquella curva.

No me gustaba que me reprendieran, que me dijeran que me había equivocado.

—No eres mi novio, Hunt.

—Pero soy tu amigo —dijo con frialdad—. Y los amigos cuidan los unos de los otros.

Para mí la amistad era sagrada. Era una relación bonita entre dos personas que no necesitaban nada del otro, sino que simplemente se cuidaban. En mi vida pocas veces había conocido a alguien que me cayera bien y en quien confiara. Si te consideraba un amigo, eras excepcional y me importabas mucho. Ser amiga de Hunt era mucho más importante de lo que parecía a primera vista.

—¿Qué le has dicho a Charles?

—Nada de lo que valga la pena hablar.

Di un paso hacia delante.

—Hunt. —Exigirle cosas a Hunt no haría que colaborase. Era igual de obstinado que yo, implacable. Sólo me respondió porque quería responder.

—Que le rompería todos los huesos si alguna vez se acercaba a ti.

ENTRÉ en mi casa y me quité la chaqueta de cuero. Me había despedido de todo el mundo en la pista antes de montarme en el coche y marcharme.

Hunt no me había dicho nada.

Una parte de mí esperaba que sucediera algo entre nosotros, que me pidiera que me fuera con él. Pero como los dos sabíamos que de todas formas no podría ocurrir nada, cada uno había ido por su lado.

Pero eso no evitó que me sintiera decepcionada.

Justo cuando me quité los zapatos, sonó el timbre del ascensor.

El corazón me dio un vuelco. El pulso me latía en el cuello. El aire dejó de llegarme a los pulmones porque mi cuerpo colapsó durante una fracción de segundo. El tiempo se detuvo mientras mi mente se transportaba hacia el hombre en el que pensaba constantemente.

¿Era Hunt el que llamaba?

Apreté el botón con el dedo índice.

—Titan. —Su voz profunda se escuchó a través del altavoz, tan masculina que resultaba inconfundible—. Soy yo.

Sabía exactamente quién era «yo». Pulsé el botón y dejé que el ascensor subiera hasta mi planta. Mientras esperaba, el pulso se me aceleró en las venas. Estaba extremadamente excitada al pensar en que él pasara por mi casa. Cuando lo habíamos dejado, ninguno de los dos había parado de pensar en el otro.

Como si fuéramos dos imanes, nos veíamos atraídos constantemente por acción de una fuerza invisible que no podíamos ver, sólo sentir. Vi cómo ascendían los números del ascensor a medida que se iba acercando a mi planta. Sólo le faltaban dos pisos cuando tragué saliva, sintiendo la garganta seca de repente, y la lengua hinchada. Me imaginé su cuerpo desnudo sobre el mío, introduciéndose hasta el fondo y haciendo que mi cuerpo convulsionara.

Por fin los números se detuvieron, hubo un leve tintineo y entonces las puertas se abrieron.

Hunt estaba de pie en el centro, con un aspecto igual de tentador que antes, con su camiseta negra y los pantalones oscuros. Entró lentamente y las puertas del ascensor permanecieron abiertas hasta que salió del todo.

Controlé la respiración para que no resultara evidente lo emocionada que estaba, pero el tono sonrojado de mi piel clara me delataba. El deseo de mis ojos era prácticamente un cartel publicitario, una señal cubierta de colores brillantes y

luces de neón.

Se quedó delante de mí, mirándome fijamente a la cara, como si fuera un león a punto de atacar. Entró en mi casa como si fuera su nombre el que estaba en las escrituras. Incluso a mí me miraba como si fuera de su propiedad, a pesar de que no tenía dicho poder sobre mí. Aquel hombre quería poseer la ciudad tanto como yo, pero también quería poseerme a mí.

Debería haberle preguntado qué hacía allí, pero ya conocía la respuesta. Debería haberle dicho que se marchara, que no iba a cambiar de opinión, pero mi boca permaneció totalmente cerrada.

Me puso la mano en el cuello, sus largos dedos contaban con el agarre de un *quarterback*. Los subió lentamente por mi cuello, deteniéndose por un instante en mi pulso, y después me sujetó la nuca. Pegó la boca a la mía y tomó exactamente lo que deseaba.

A mí.

Me rodeó la cintura con el brazo, envolviéndome por completo hasta que su mano llegó al lado opuesto. Su cuerpo poderoso se unió al mío, cada centímetro de músculo duro actuaba como un ladrillo en un rascacielos. Movié la boca sobre la mía sin prisa, con besos lentos y llenos de intención. No me besó con agresividad como había hecho la última vez. Ahora era calmado y firme, sus labios hacían todo el trabajo mientras su lengua permanecía retirada.

Cuando mis manos se recobraron de la conmoción de su abrazo, exploraron su pecho. Me encantaban las intrincadas líneas de los músculos de su cuerpo. Un hombre no tenía aquel magnífico aspecto si no iba al gimnasio a diario y se alimentaba a base de carne y verdura. Estaba tan bien definido que podría ser un modelo de ropa interior en una valla publicitaria de la ciudad de Nueva York, y los coches causarían accidentes porque nadie prestaría atención a sus acciones.

Me atrajo hacia su pecho y dejó escapar un callado gemido directamente en mi boca.

Joder, era increíblemente erótico.

Ahora no me importaban nuestros conflictos de intereses. No me importaba el atolladero en el que nos encontrábamos. Ahora sólo quería a aquel hombre hundido en mi cuerpo, dándome su dura erección mientras sus labios seguían devorándome.

Como si fuéramos una sola mente, me levantó en brazos y pegó mi cuerpo al suyo. Enganché las piernas alrededor de su cintura y sostuve mi cuerpo en volandas aferrándome a sus hombros, soportando mi propio peso aunque él podría llevar a tres personas como yo.

Recorrió el pasillo y encontró mi dormitorio, aunque nunca antes había estado allí. Era espacioso, con una cama de matrimonio grande con un edredón

de color crema y cómodas a juego. En el suelo había una alfombra gris y en la mesilla un jarrón con azucenas.

Hunt me quitó la ropa mientras me besaba, besando el resto de mi cuerpo como me besaba los labios. Cuando estuve desnuda, se quitó la camiseta por la cabeza y dejó caer los pantalones y los bóxers.

Era hermoso.

Me separó los muslos y puso la boca entre mis piernas, y la barba incipiente de la mandíbula me rozó la piel suave. Su boca dominaba mi entrepierna, chupándome el clítoris antes de succionarlo con la boca.

Arqueé la espalda y le hundí las manos en el pelo, con la respiración descontrolada porque no podía dejar de gemir. No podía dejar de retorcerme. Tener la cara de un hombre entre las piernas era mi mayor debilidad, y a Hunt se le daba mejor el sexo oral que a ningún otro hombre. Me chupaba como si estuviera muriendo de hambre.

Era una sensación maravillosa.

Hunt se apartó con brusquedad justo cuando empezaba a sentir que el orgasmo se aproximaba. Como el sol asomando por el océano, podía ver los pequeños rayos antes de que el sol de verdad fuera visible. Podía incluso sentirlo en mi interior.

Se mantuvo encima de mí con los labios relucientes por la excitación de mi entrepierna. Su expresión era dura, me miraba como si me despreciara. Era una mirada llena de hambre y de deseos violentos.

—Cierra los ojos.

Pasaron unos instantes mientras miraba sus ojos. Mi cuerpo todavía se retorció ligeramente bajo el suyo, ansioso por que volviera a estar entre mis piernas, donde debía estar. Pero no era mío, así que no podía darle órdenes. No era su dueña... todavía.

—Cierra. —Pasó los labios por los míos, provocándome—. Los. —Me besó, y el sabor de mi excitación se quedó en mi boca—. Ojos. —Me introdujo la lengua, enroscándola con la mía antes de retroceder—. Ahora.

Una parte innata de mí absorbió sus palabras y obedeció, haciendo lo que pedía sin pensárselo dos veces. Cerré los ojos y vi la oscuridad de mis párpados. Era más consciente de su cuerpo cálido sobre el mío, de la ardiente necesidad de mi entrepierna. Deseaba desesperadamente volver a tener su boca, que su barba se frotara contra mí.

—No los abras hasta que yo te lo diga. —Volvió a descender, metiéndose entre mis piernas y besándome los cálidos pliegues. Me rodeó el clítoris con la lengua antes de introducirla en mí, explorando mi canal empapado.

Dios, iba a correrme.

Con mucha fuerza.

Pero antes de que pudiera hacerlo, se apartó.

—Hunt... —Mantuve los ojos cerrados, pero no contuve un gemido. Le supliqué con una sola palabra, sin que me avergonzara admitir que deseaba a aquel hombre. Quería que acabara lo que había empezado.

Oí cómo cogía los pantalones del suelo y supe que estaba buscando un preservativo.

Genial.

Volvió a la cama y se subió encima de mí otra vez.

Seguía con los ojos cerrados, pero le puse las manos en el pecho, sintiendo los suaves músculos que resultaban cálidos al tacto. Me encantaba su cuerpo. Me encantaba su fuerza. No necesitaba que ningún hombre me protegiera, pero me sentía segura siempre que él estaba en la misma habitación que yo. Como si nada pudiera hacerme daño, ni ahora ni nunca. No tenía que llevar ninguna máscara, no tenía que ser la fría ejecutiva que constantemente tenía que probarse para ser tan respetada como sus iguales masculinos.

Podía ser simplemente yo.

Me agarró por las muñecas y me las sujetó encima de la cabeza. Después me puso dos esposas de metal.

—¿Qué estás haciendo? —Abrí los ojos de golpe y tiré de las muñecas, pero ya estaban inmovilizadas—. Quítame est...

Pegó su boca a la mía.

—Confía en mí. —Sus labios se movieron con los míos antes de que se apartara y me mirase a los ojos—. Vuelve a mí. —Me besó con más pasión, llevando la mano a mi cabello.

Su contacto me silenció, su poder me hacía sentir segura, no me sentía desafiada. Continuó besándome antes de que mi cuerpo empezara a relajarse otra vez, calmándose y tensándose de la mejor manera.

Cuando mi mente volvió a dejarse llevar, él se colocó entre mis piernas una vez más.

—Cierra los ojos.

Hice lo que me pedía, cayendo en la oscuridad.

Me besó despacio y después sopló en mi abertura, y sentí un hormigueo en los pliegues húmedos. Me besó la entrepierna como me besaba la boca, y se le daba de fábula.

Iba a correrme así, con su lengua dentro de mí.

Me movió el clítoris en círculos con más fuerza, apoyando los brazos en los lados opuestos de mis muslos. Me succionó los labios con la boca ejerciendo más presión, llevándome al límite.

Estaba a punto de correrme. Lo notaba.

—Hunt... Sí.

—Todavía no.

—Hunt... —Apreté los muslos contra su cabeza.

—No hasta que yo te lo diga. —Cuanto más me besaba, más difícil me resultaba. Estaba pendiendo de un hilo, a punto de explotar dejándome llevar por un torbellino de placer. Empezaron a temblarme los muslos y tenía los pezones tan duros que empezaron a dolerme.

—Por favor...

Retiró la boca y trepó por mi cuerpo.

—Te correrás cuando yo te lo diga.

Abrió el envoltorio metálico y se colocó el preservativo sobre la erección. Yo todavía tenía los ojos cerrados, pero me lo imaginaba todo en mi mente: sus músculos protuberantes mientras se sostenía sobre un brazo, la forma en que se le tensaban los músculos con cada uno de sus movimientos. Cuando estuvo preparado, sus muslos separaron los míos y se colocó encima de mí, doblándome para poder conseguir el ángulo más profundo posible.

Después me besó con delicadeza.

Gemí contra su boca, completamente desesperada por aquella erección.

—Mírame.

Abrí los ojos y me quedé observando fijamente los ojos de color café que me perseguían en sueños. Me contemplaba como si yo fuera un ejército que él estaba a punto de conquistar, como si yo fuera una mujer a la que estaba a punto de convertir en su reina. Introdujo el glande en mí y se deslizó por completo en mi interior por lo húmeda que estaba. No se detuvo hasta que llegó al fondo.

—Dios... —Tiré de las esposas de metal, olvidando que estaba inmovilizada.

Él se enterró dentro de mí, quedándose quieto mientras se empapaba de mi estrechez. Me dio besos en el cuello y bajó hasta mis pechos. Me succionó los dos pezones, frotando suavemente con los dientes cada uno. Tiró de mi piel con la boca con fuerza, haciéndome un poco de daño para que gimoteara.

Arrastró la lengua por el valle de mis pechos antes de colocarse encima de mí, nuestras miradas fijas.

Entonces empujó.

Con vigor.

El cuerpo se me sacudía con cada envite, y los pechos me temblaban mientras me embestía. Ansiaba tocarle el rostro con los dedos, sentir su espalda musculosa, pero estaba totalmente inmóvil. No podía hacer nada, estaba a disposición de aquel hombre.

Se meció hacia mí, golpeándome el trasero con los testículos una y otra vez.

Su sexo era tan grande que me dilataba, llenándome más de lo que ningún otro hombre me había llenado antes. Era un metro noventa de pura masculinidad, un ejemplar perfecto.

Ahora iba a correrme con más intensidad de la que habría sentido antes. Su miembro me daba siempre en el lugar preciso por lo hinchado que estaba. Podía dejarme llevar. Estaba a punto de llegar cuando me di cuenta de que había dejado de respirar.

—No.

Gruñí a modo de protesta.

—Te correrás cuando yo te lo diga. —Empezó a sudar moviéndose dentro de mí. El trasero se le tensaba con cada embestida. La sangre bombeaba sus músculos y la mandíbula se le tensaba por el esfuerzo.

Era lo más erótico que había visto nunca.

—Hunt, ya no puedo esperar más.

—Esperarás hasta que yo lo diga.

Apreté la mandíbula y me retorcí, tirando de las esposas que eran de acero sólido. Entrelacé los tobillos en la parte baja de su espalda y empecé a gemir de forma irregular, luchando con mi cuerpo para controlarlo.

¿Por qué estaba torturándome así?

De repente bajó el ritmo, sus empujones se convirtieron en embestidas largas y regulares.

—Titan. —Me besó con fuerza en la boca, metiéndome la lengua. Sus movimientos se volvieron todavía más lentos, su sexo estaba tan grueso que estaba a punto de romper el condón—. Ya puedes correrte.

En cuanto las palabras salieron de su boca, mi cuerpo se convirtió en una bola de fuego ardiente. Mi piel se derritió por el calor y mi cuerpo convulsionó por sí solo. Sus caderas empujaron hacia delante por voluntad propia y yo gemí sin control. El metal me cortó las muñecas porque estaba desesperada por aferrarme a él. Cuando grité, todo fue incoherente. Algunas veces pronuncié su nombre, y otras dije cosas que ni yo alcancé a comprender.

Él se corrió al mismo tiempo, soltando un suave gemido que no se parecía en nada a mis fuertes gritos. Entró en mí por completo al eyacular, deseando disfrutar al máximo de mi sexo.

Cuando los dos terminamos, permanecemos juntos: su sexo se ablandó y mi canal se relajó.

Deseé que no estuviéramos separados por un condón. Deseaba que fuera sólo él... y su semilla.

Levantó las manos y abrió las esposas, liberándome las muñecas sin apartarse de mí. No dejó de mirarme, todavía excitado pese a que los dos

acabábamos de disfrutar de un orgasmo increíble. Había sido el mejor de mi vida. Aunque, en realidad, decía lo mismo cada vez que me acostaba con Diesel Hunt. Y probablemente volvería a decirlo la próxima vez.

SE LIMPIÓ en el baño y sirvió dos vasos de agua. En ningún momento volvió a ponerse la ropa, por suerte. Pude ver aquel trasero tenso y atractivo mientras caminaba descalzo por el suelo. Con una espalda absolutamente recta, tenía una línea invertida de músculos en el costado. Los músculos prietos de su cintura llevaban a una ancha espalda que contenía la fuerza de diez hombres juntos.

Me tendió un vaso antes de sentarse a mi lado en la cama con la espalda contra el cabecero. Cruzó los tobillos y se tapó con la sábana hasta la cintura, ocultando su miembro blando, que era de todos modos impresionantemente largo. Las vistas de la ciudad eran maravillosas desde su lado de la cama. No era más que un cristal que dejaba ver un horizonte lleno de colores luminosos en la oscuridad. Se quedó mirando mientras bebía el agua, cómodo.

Yo también bebí, contemplándolo a él en lugar de mirar por la ventana. Apretaba y movía la mandíbula cada vez que daba un trago, y el gesto perezoso de sus ojos se intensificó mientras se relajaba en mi dormitorio. Su pecho duro era una línea recta hasta su vientre, su torso tan rígido como su espalda. Tenía unos bíceps prominentes y unos antebrazos estilizados llenos de venas musculosas. Podría quedarme mirando su cuerpo durante horas, disfrutando como si fuera una escultura en una galería de arte.

Tenía las mantas bajo las axilas, cubriéndome todo el cuerpo desde el pecho hacia abajo. Mi pelo, antes suave, estaba ahora alborotado después de haberme retorcido en la cama y de que él me lo hubiera sujetado con su enorme mano. No era muy charlatana. Prefería pensar en silencio y valoraba mis relaciones basándome en esa comodidad. Si podíamos sentarnos juntos sin sentir la necesidad de decir nada, sabía que era un buen candidato.

Sabía que teníamos la química perfecta.

Hunt se quedó sentado a mi lado hasta que terminó el vaso de agua. Dejó el vaso vacío en la mesilla blanca y finalmente giró la cabeza hacia mí, quedando más de perfil que de frente.

—Espero haber hecho que te lo replantees.

—¿Que me replantee el qué?

—Nuestro acuerdo.

Había dejado que me dominara, pero estaba demasiado excitada para oponerme. Llevaba toda la semana pensando en Hunt. Mis muslos estaban desesperados por ceñirse a su cintura todos los días. Me descubría apretando los muslos debajo del escritorio mientras trabajaba. A ese ritmo, tendría los muslos

más tonificados del mundo.

—Las dos formas son buenas, independientemente de quién esté al mando.

Me sorprendía haber permitido que me esposara. Más importante aún: me sorprendía haber disfrutado.

—No es eso lo que quiero.

—Bueno, pues es lo que yo quiero. —Giró la cabeza hacia delante otra vez y miró por la ventana—. Y es muy justo.

—¿Muy justo? —pregunté con voz queda—. Yo te hice una propuesta y tú decidiste darle la vuelta.

—Al igual que haría en cualquier reunión de negocios. Si tú ves esto de ese modo, no deberías esperar que yo lo vea de otra forma. Si quieres que esto ocurra, tenemos que hacer un trato. Estás pidiendo un cien por cien, pero tienes que aceptar un cincuenta.

No sabía qué clase de tratos hacía él, pero yo nunca esperaba nada tan bajo.

—¿Nunca te ha pedido esto nadie?

Los hombres a los que me acercaba estaban más que dispuestos a ser mi juguete. Disfrutaban con ello, disfrutaban al no estar al mando por una vez. Respetaban mi habilidad de tomar decisiones, de proporcionarles fantasías que no sabían que tenían. Les había enseñado mucho sobre sí mismos, los había convertido en hombres más fuertes cuando habíamos roto la relación.

—No.

Me agarró del brazo y tiró lentamente de mí hasta que estuve en su lado de la cama. Me atrajo hacia su pecho, colocándome en el hueco entre su brazo y su torso. Con el brazo rodeándome el pecho, pegó los labios a mi frente.

—Titan.

Cerré los ojos mientras inhalaba el aroma de su gel de baño. Estaba mezclado con el olor del sexo, con mi propio olor. Quería que oliese así todos los días, cubrirlo con mis besos, con los surcos de mi lengua. Quería que las mujeres entraran en su despacho y supieran que otra mujer ponía su mundo patas arriba todas las noches.

—¿Sí?

—Acepta mis condiciones.

Le rodeé el vientre con el brazo y miré hacia la ciudad, contemplando la cacofonía silenciosa justo frente a mi casa. Estaba en la planta alta de uno de los mayores rascacielos del mundo. Prácticamente era la dueña de la ciudad que, en unos años, sería mía.

Inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Me deseas, Titan?

Lo miré a los ojos y el pelo me cayó por el cuerpo.

—Sí.

—Pues acéptame como soy.

—Yo no hago excepciones por nadie.

—Haz una excepción por mí. —Me pasó la mano por el pelo, tocando con los dedos los mechones suaves hasta que llegó al hombro—. Sabes que sólo vas a pensar en mí cuando estés con otra persona. Y yo voy a pensar en ti.

Sentí un cosquilleo en la columna por sus caricias y por sus palabras. No quería que otro hombre estuviera dentro de mí, no cuando deseaba tanto a Diesel Hunt. Pero saltarme las reglas por una persona me hacía cuestionarme mi carácter, cuestionarme el puño de hierro con el que gobernaba.

—Lo pensaré.

Hunt me rozó el brazo con los dedos hasta llegar a mi mano. Dejó la palma sobre la mía, metiendo los dedos entre los míos.

—Gracias.

HUNT

—Tío, ¿por qué nunca quieres salir con nosotros? —Pine me hablaba por el altavoz de mi despacho.

—Salí con vosotros la semana pasada.

—Sí, bueno, unos cinco minutos. ¿Te he dicho que estas tías son modelos? —Hizo una pausa mientras esperaba a que reaccionara desde el otro lado del teléfono—. O sea, modelos de bañadores.

Yo seguía sin pronunciar ni una puta palabra.

—Modelos de bañadores italianas. Y sólo van a estar aquí esta semana antes de volver a Milán.

—Parece que os lo vais a pasar muy bien, pero yo tengo algunas reuniones este fin de semana.

Pine no se lo tragó.

—Y una mierda. Claro que no tienes reuniones.

—Ah, ¿ahora te sabes mi agenda?

—Sé que siempre lo pones todo a un lado cuando es para follar.

Ya estaba follándome a alguien, y muy bien.

—Intentaré reorganizar algunas cosas y te aviso. —Tenía que seguirle la corriente. De lo contrario, no dejaría de darme la lata.

—Pues más te vale reorganizar cosas, porque Mike y yo no vamos a aceptar un no por respuesta.

—¿Para qué me necesitáis? Os podéis follar a una tía sin mí.

—Pero hay tres —dijo—. Si no, una se queda fuera.

—Pues no la dejéis fuera. —Estaba claro como el agua lo que quería decir. Los tríos no eran muy diferentes a los dúos. Pine lo sabría si no fuera demasiado cagón como para probarlo. A mí me habían hecho una mamada dos mujeres a la vez. La saliva estaba pegada entre mi erección y la boca de una de las chicas y la otra la había quitado con la lengua antes de entregarse de lleno. Había sido la mejor felación que me habían hecho nunca... hasta que llegó Titan. Ella había arrasado con mis fantasías favoritas y había escrito su nombre en rojo en todas ellas.

—¿Estás saliendo con alguien o algo así? —La pregunta salió de la nada, inesperada y sorprendente.

—No. —Era libre de hacer lo que quisiera, porque Titan y yo no teníamos ningún compromiso. Pero, a decir verdad, no quería estar con otra mujer. No me parecía que tuviera sentido, porque sólo pensaría en Titan todo el tiempo.

—Lo que tú digas. Llámame luego. —Colgó.

Pulsé el botón cuando se cortó la línea. Si Titan aceptaba mis condiciones, y

sospechaba que lo haría, tendría que pensar en algo que contarle a Pine. Si la veía durante meses, sería muy evidente para mis amigos que tenía una relación exclusiva con alguien. No podría ocultarlo. Titan tendría que permitirme compartir nuestro secreto con un grupo selecto de personas. No es que fuera a contárselo a cualquiera.

Tenía una reunión para comer con Brett Maxwell, así que me marché de la oficina y me encontré con él en La Croix, en aquella misma calle. No tenía reserva y él tampoco, pero no había ningún problema para dos chicos como nosotros. Nos saltamos la fila y conseguimos mesa de inmediato. Pedimos vino y la comida antes de ponernos a hablar.

—¿Qué tal te va con el coche?

—De maravilla —dije—. No tengo nada más que cumplidos.

—Mis ventas se han disparado desde que los periodistas te vieron conduciéndolo.

—Eso es por mí, no por el coche. —Sonreí desde el otro lado de la mesa, metiéndome con él porque era una de mis aficiones favoritas.

—Nah... Yo creo que es el coche. —Dio un trago al vino y echó una ojeada por el restaurante—. Titan es una tía especial, ¿no?

Sin venir a cuento, se me disparó la adrenalina levemente. Era un borboteo suave, pero ahí estaba. Estreché los ojos mientras miraba a Brett, interpretando ligeramente el motivo de la reunión. No era el dueño de aquella mujer, pero parecía que lo fuera.

—Es excepcional.

—No se conocen mujeres así todos los días. Es más inteligente que nosotros dos juntos. Y, joder, cómo conduce. Tiene clase, ¿sabes? Y eso lo admiro.

Sus alabanzas parecían platónicas, simplemente una persona con mente de negocios que hacía un cumplido a otra.

—Yo también.

—Estaba pensando en pedirlos a los dos que hagáis un anuncio para mí. Los dos en uno de mis Bullet conduciendo por la costa amalfitana. Es el sueño de todo el mundo: ser la pareja más poderosa del mundo.

Se me aceleró el pulso. Lo notaba latir contra la correa de metal del reloj.

—No somos pareja.

—Ya lo sé. —Me sonrió, su rostro tenía una belleza clásica, como el mío—. No podrías conseguir a una mujer así.

Contuve una sonrisa a duras penas.

—Pero venderá. El sexo vende.

—Dudo que ella quiera establecer conmigo ese tipo de asociación. —De hecho, sabía que no lo haría. Sólo sus mejores amigos sabían que se estaba

acostando conmigo. Ella no quería darle pistas al mundo de que sí estaba en su cama todas las noches, esposado y siendo montado como un semental—. A lo mejor cada uno en un coche haciendo una carrera por la costa.

Brett asintió antes de que se le formara lentamente una sonrisa en los labios.

—Me gusta la idea... Me gusta mucho.

—A mí me interesa si ella quiere.

—Organizaré una reunión con ella para tantearla. No estoy seguro de cuánto costará su participación.

—Probablemente la mía tampoco puedas permitírtela.

Sacudió la cabeza, pero al mismo tiempo esgrimía una sonrisa.

—Te he regalado un coche. Me lo debes, capullo.

—Creía que era un patrocinio.

—No. Era un hermano mayor consintiendo a su hermano pequeño.

—Sostuvo la copa en alto y me guiñó un ojo.

No contuve la sonrisa que se dibujó en mi boca.

—¿Acaso te parezco un hombre que necesita que lo consientan?

—Me da igual lo rico que seas. Siempre voy a ofrecerte tratos. —Bebió de la copa antes de apoyarla en la mesa—. Te avisaré con lo que diga Titan. No necesita el dinero, pero puede que quiera hacerlo. Se nota que le gustan los coches de verdad.

—Sí que le gustan.

—Y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que es una mujer que ya tiene todos los coches de lujo del mundo.

—Reconoce la calidad cuando la ve. —Y eso me incluía a mí—. Avísame cuando sepas algo de ella.

—Lo haré. Bueno, ¿qué novedades tienes tú?

—No muchas. Te vi el sábado.

—Diesel Hunt vive la vida a tope, los dos lo sabemos.

Lo único interesante que pasaba en mi vida era algo de lo que no se podía hablar. El hecho de que él conociera a Titan y la respetara hacía que todo fuese más complicado.

—Estoy a punto de hacer una oferta por una compañía de *software*. El propietario ha tomado muchas decisiones estúpidas y su imperio se está derrumbando a sus pies. Quiero hacerme con él antes de que se lo quede otro.

—Si tú lo sabes ¿no es muy probable que otros también lo sepan?

—Es bastante confidencial.

—Y yo que creía que te interesaba más fundar empresas que rescatarlas...

—Así es —respondí—, pero este es un caso único. También le ofrecí a Titan comprarle su editorial, pero se negó a escuchar mi oferta.

—¿Se negó? —En su rostro apareció una sonrisa en cuanto pronuncié aquellas palabras—. Vaya. Esa mujer es implacable.

—La empresa se está hundiendo, pero no quiere soltarla.

—¿Y eso?

—Ni idea.

—Bueno, estoy seguro de que hay una razón. Una mujer así no toma malas decisiones empresariales.

Desde mi punto de vista, eso parecía. Cada trimestre perdía más dinero que el anterior. Todas sus otras propiedades eran grandes éxitos, excepto aquella. No le aportaba nada.

—Sea cual sea el motivo, no tiene nada que ver con el dinero.

—A lo mejor prevé un cambio en el mercado y entonces recogerá los frutos.

—Siempre ha habido un cambio en el mercado y ella no se está adaptando.

Se acabó el vino antes de servirse otra copa.

—Puede que nunca lo sepamos. O quizás es que no quería vendértela a ti. A mucha gente no le caes bien, así que no podría culparla por sentir lo mismo.

—Yo le caigo bien a todo el mundo —repuse—. Excepto a ti.

Se rio.

—Dudo que sea yo la única excepción.

Titan tampoco era una excepción, a juzgar por las cosas que habíamos hecho juntos la otra noche. Me había dicho que pensaría en lo que le había pedido. Seguía esperando a conocer su respuesta. Iba a decir que sí, los dos lo sabíamos, pero no sabía cuánto tiempo pospondría la decisión.

Pero podía tomarse todo el tiempo que necesitara. No iba a marcharme a ningún sitio.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó.

Siempre me preguntaba lo mismo, probablemente porque éramos familia.

—Ni sí ni no. ¿Y tú?

—Lo mismo —respondió—. Hay muchas mujeres guapas en el mundo, pero no muchas que sean extraordinarias.

Titan era la única que había conocido.

Nos trajeron la comida y hablamos de negocios, el único tema en el que los dos teníamos un interés particular. Podíamos pasar horas hablando de posibles inversiones, de Wall Street y del mercado de valores. Cuando acabamos de comer, pagué la cuenta y Brett se disculpó para ir al baño. Me quedé sentado solo en la mesa y saqué el teléfono para buscar entre el montón de correos que tenía que revisar.

—Diesel Hunt. —Un hombre se sentó en la silla que había frente a mí.

Dejé el teléfono y miré a los ojos a Thorn Cutler. De un color azul brillante y

entrecerrados, le daban un aspecto igual de intimidante de cerca que desde el otro lado de la sala, con el brazo alrededor de Titan. Lo miré a los ojos sin sorpresa, enfrentándome a su intimidación con mi propia confianza.

—Thorn Cutler.

Se inclinó sobre la mesa con las manos unidas junto a la bebida que había dejado Brett.

—No nos hemos conocido de manera formal.

—Encantado. —No pude ocultar la frialdad de mi voz. No me gustaba que Titan estuviera tan unida a un hombre que era evidentemente atractivo y triunfador. Proyectaba una sombra de dominio sobre ella. Podía verla incluso en ese momento, sin que ella estuviera en la sala.

—Sigue pensando en tu oferta.

Así que era verdad que se lo contaba todo...

—¿Cuál crees que será su respuesta?

—Que sí, claro. Sólo necesita algo de tiempo para aceptar los requisitos específicos de vuestra relación, pero yo sabía que caería. La pones cachonda... No le digas que te he dicho eso. —Guiñó un ojo.

Nada de aquello tenía sentido. Era evidente que aprobaba mi relación con Titan, pero parecía tener su propio tipo de afecto por ella.

—¿Qué relación tienes con ella?

—Soy su amigo, claro.

Aquella respuesta era mentira. Yo lo sabía, y él sabía que lo sabía.

—Entonces, ¿por qué siempre os veo a los dos juntos y tú le pones la mano en la cintura?

Se encogió de hombros.

—Somos cariñosos, supongo.

No sabía si debería caerme bien o si debería odiarlo. Estaba claro que no se estaba interponiendo entre Titan y yo, pero me molestaba no comprender la relación que tenía con ella. Los medios decían que estaban juntos, algo que ninguno de los dos confirmaba ni negaba.

Thorn se ajustó el reloj mientras me miraba.

—No me la estoy tirando, si es eso lo que te preocupa. Es toda tuya.

Pues no lo parecía.

—Tengo que marcharme ya, tengo una reunión para comer. —Cogió un trozo de pan de la cesta y se levantó—. Pero ha sido un placer verte, Diesel Hunt. —Me dio una palmadita en el hombro antes de alejarse.

Yo me quedé en la silla mientras meditaba sobre la conversación que acabábamos de tener, sin saber siquiera de qué habíamos hablado.

CUANDO PASÓ una semana sin que supiera nada de ella, la llamé.

Estaba sentado en el salón de mi casa con el partido en la televisión. Apagué el sonido y me recosté en el asiento, vestido sólo con unos pantalones deportivos. Tenía el teléfono pegado a la oreja y escuché cómo daba tonos incesantemente.

Respondió con una voz tan sensual que habría bastado para que me masturbara al oírla.

—Buenas noches, Hunt.

Hice una pausa antes de responder, atesorando el sonido de mi nombre en sus labios. Cada vez que lo pronunciaba, era lo más erótico que había oído nunca. Ninguna otra mujer había acariciado mi nombre como lo hacía ella. Lo cuidaba, prácticamente deslizando la lengua por él a pesar de que mi nombre no era de naturaleza física.

—Titan.

Permaneció en silencio desde el otro lado de la línea, sabiendo exactamente por qué llamaba y claramente sin tener que decir nada al respecto.

—¿Dónde estás?

—En mi salón.

—¿Qué llevas puesto?

Sonreí.

—Unos pantalones grises de deporte.

—Mmm...

Cerré los ojos ante aquel sonido. Ni siquiera podía hablar con ella dos minutos sin excitarme. Había pasado toda la semana masturbándome pensando en nuestro último encuentro. No era el tipo de hombre que se masturbaba con frecuencia; prefería el sexo con una mujer real, en vez de con mi mano. Pero durante la última semana, me había tocado todas las mañanas y todas las noches.

—Te echo de menos.

Su respuesta fue inmediata, aunque yo había dado por hecho que no recibiría ninguna contestación.

—Yo también te echo de menos.

—Entonces acepta mi oferta.

—Todavía me lo estoy pensando...

—Deja que vaya a tu casa mientras te lo piensas. —Estaba excitado y ella también lo estaba. Lo notaba sólo por la forma en que respiraba a través del teléfono. Si no íbamos a resolver nada aquella noche, bien podíamos disfrutar el uno del otro—. Estoy harto de mi mano. Te quiero a ti.

Respiró hondo otra vez, claramente excitada por el comentario.

—¿No has pasado tiempo con tus chicas?

—No. Sólo te deseo a ti.

Otra respiración.

Aunque no sabía qué significaba Thorn para ella, sabía que no estaba acostándose con él.

—Y yo soy el único hombre al que tú deseas.

—Es verdad —susurró—. ¿Piensas en mí cuando te masturbas?

No me avergonzaba mi respuesta.

—Siempre.

—¿Y en qué piensas exactamente?

El miembro se me puso duro en los bóxers.

—En tu lengua en mis testículos.

—Creía que eso te gustaba...

—¿Gustarme? —susurré—. No es que me guste, es que es una puta maravilla.

Titan respiró al teléfono, quedándose callada.

—Di que sí y punto, Titan. Podemos seguir dándole vueltas al tema, pero los dos sabemos qué es lo que va a pasar.

—¿Y qué es lo que va a pasar? —me desafió.

—Que vas a decir que sí.

—Pareces muy seguro.

—Se me pone dura sólo de escucharte. Si tu respuesta no es un sí, haré que sea un sí.

Titan dejó escapar un gemido tan callado que apenas pude oírlo.

—Estaré allí en diez minutos.

Sí.

—Son las nueve. Voy yo a tu casa.

—No.

—No es seguro que una mujer guapa salga por la ciudad a estas horas. —Era estúpido sentirme protector con ella cuando ni siquiera era mi chica, pero era un instinto natural. Durante todo el tiempo que había pasado en aquella pista de carreras, había tenido el corazón a mil por hora. Me aterrorizaba pensar en que podía perder el control del coche y estrellarse. Cuando había amenazado a Charles Brown, había dejado que mi temperamento me dominara, pero no había podido contenerme.

—Tienes razón, no es seguro —dijo—. Pero soy la dueña de esta ciudad. Y soy dueña de todas las personas que hay en ella.

LAS PUERTAS del ascensor se abrieron y ella entró en mi ático. La disposición de la casa era distinta a la de la suya, pero la sensación de amplitud era exactamente

la misma. El ascensor daba directamente al salón, al igual que en su ático.

Llevaba una chaqueta larga y zapatos de tacón.

No quería ni imaginarme lo que llevaría debajo.

Ya le había servido una copa, con una cereza y con cáscara de naranja, pero en cuanto la vi, no me molesté en ofrecérsela. Caminé hasta ella y le puse las manos en las mejillas antes de besarla.

Y la besé con pasión.

Mi lengua pasó directamente a la acción, deslizándose en su boca y encontrando la suya. Giraron juntas y yo le agarré la cintura, respirando en su boca al mismo tiempo. Mi cuerpo estaba fuera de control, desesperado por la mujer que se había convertido en mi mayor fantasía.

Gimió desde el principio mientras sus manos exploraban mi pecho desnudo.

Quería hablar de nuestro acuerdo, pero estaba demasiado caliente para preocuparme por eso en aquel momento.

Primero follaríamos y después hablaríamos.

Nos las apañamos para llegar a mi dormitorio, dejando caer la ropa por el camino, y acabamos en la cama cuando los dos estábamos desnudos. Saqué un preservativo del cajón y me lo puse antes de colocarme sobre ella, doblándola para tener la mejor postura y así poder penetrarla lo máximo posible.

Me agarró las caderas y tiró de mí hacia su entrepierna, boqueando cuando notó mi gruesa erección dilatándola.

—Dios, sí. —Me enganchó los brazos detrás de los hombros, dejando las piernas abiertas mientras yo le sostenía las rodillas con los brazos, y se movió conmigo cada vez que la penetraba.

A ninguno de los dos nos importaba la dominación. Ahora lo único que queríamos era correr, follarnos el uno al otro hasta que pudiéramos volver a pensar con claridad. No había sentido esa clase de pasión en años, quizás nunca. Mi cuerpo la necesitaba como un adicto necesitaba su droga. Era mi debilidad, la debilidad que me hacía fuerte.

La penetré con fuerza en la cama, estampando el cabecero contra la pared y causando tanto ruido que los vecinos sin duda se enterarían. No podía besarla porque me movía con demasiada velocidad, embestía con demasiada fuerza. Necesitaba respirar, sudar, sentir.

Se corrió de inmediato, en un tiempo récord.

Y yo me corrí al oír mi nombre en sus labios.

Hunt.

Llené la punta del condón, deseando que fuera su sexo desnudo. Nunca había tenido tantas ganas de correrme dentro de una mujer como con Titan. Cuando me lo imaginaba con otra mujer, siempre era con incertidumbre, pero darle a Titan

mi deseo, darle la semilla que mi cuerpo producía por ella, me parecía lo más erótico del mundo.

La besé cuando terminé mientras mi sexo se ablandaba dentro de ella. Salí de su interior, viendo cómo se retorció ligeramente al quedar vacía de mi miembro. Entré en el baño, me limpié y abrí la ducha. Conociéndola, probablemente estaría intentando vestirse y marcharse. Con ella siempre había riesgo de fuga... Era un incordio.

Rodeé la esquina y la vi de pie, desnuda en mi habitación.

—Ven aquí. —Le dirigí una mirada que dejaba claro que no iba a pedirselo de nuevo. Cabía la posibilidad de que me desafiara, pero me arriesgué de todos modos. Entré en mi amplia ducha y dejé que el agua caliente me empapara todo el cuerpo.

Cuando pasaron unos minutos, di por hecho que no vendría.

Pero entonces se metió en la ducha conmigo. Tenía el pelo recogido en un moño para no mojárselo, y se metió bajo el agua caliente conmigo. Su hermoso cuerpo quedó empapado de inmediato por las salpicaduras de agua. Se le formaban riachuelos que le bajaban por el cuerpo, llegando hasta el desagüe que había entre nosotros.

Acababa de acostarme con ella, pero seguía queriendo más. Le rodeé la cintura con los brazos y la besé, estrechándola suavemente, de una forma distinta a como la había recibido. Mis manos exploraron su cuerpo, sintiendo sus pechos firmes y su vientre tonificado. Había ido al baño para asearme, pero parecía que estaba a punto de ensuciarme otra vez.

Ella fue la primera en interrumpir el contacto. Cogió la pastilla de jabón y me la frotó por el pecho, lavándome con sus delicados dedos. Nunca había visto que tratara algo con tanto cariño, y me hizo sentir que realmente le importaba.

Vi cómo me frotaba, pasándome las uñas rojas por la piel.

—¿Vas a decirme que sí?

Vaciló por un instante antes de seguir pasándome el jabón por la piel.

—No estoy segura.

—Titan. —Estaba harto de ser paciente con aquella mujer. Quería disfrutar de un sexo increíble con ella todos los días de mi vida. Ya estaba en una relación monógama sin tener una relación de verdad. Y hasta el momento, no es que me gustara demasiado.

—Estás frustrado. —Levantó la vista, mirándome a través de las pestañas.

—Mucho.

—En mi defensa diré que no estarías frustrado si te limitaras a aceptar mis condiciones.

—Y tú no estarías frustrada si aceptaras las mías. —Aquello era algo mutuo

y ella lo sabía.

Usó la pastilla de jabón para asearse, frotándosela por el vientre y los brazos.

—Supongo que podríamos hablar de los detalles... Puede que nos topemos con algunos obstáculos.

—¿Por ejemplo?

—¿Estás dispuesto a hacerte pruebas?

—¿De enfermedades de transmisión sexual? —Ya había vuelto a los negocios, se había acabado la charla erótica.

—Sí.

—Claro. ¿Y tú?

—Sí. No quiero seguir usando condones. ¿Te parece bien?

Si estuviéramos sentados en una oficina, estaríamos los dos con traje y tomando notas. Habría un abogado acompañándonos a cada lado de la mesa.

—¿Tomas algún método anticonceptivo?

—Tengo un dispositivo intrauterino que es válido durante los próximos cinco años.

Nunca había mantenido relaciones sexuales sin condón. Mi promiscuidad nunca me había permitido tener algo más íntimo. Además, había muchas mujeres a las que les encantaría que las dejara embarazadas para estar vinculadas legalmente a mí aunque no las quisiera. Nunca podría confiar en que una mujer no me engañase, pero obviamente Titan era distinta a las demás.

—Entonces sí.

—No estoy diciendo que esté aceptando nada... pero tengo curiosidad. ¿Cuánto debería durar este acuerdo?

—Lo que nosotros queramos.

—Necesitamos un horario.

—¿Por qué? —Deberíamos disfrutar el uno del otro hasta que la llama se apagase, ya fuera en una semana o en tres meses.

—Porque vamos a turnarnos. Los dos deberíamos tener el mismo tiempo. Y empiezo yo... —Me miró como si esperase que la desafiara.

Como aquello había sido idea suya en un principio, dejaría que se saliera con la suya. Además, yo siempre me guardaba lo mejor para el final.

—Bueno, pues ¿dos semanas cada uno?

Ni de coña iba a terminar en dos semanas.

—Dos meses.

—¿Dos meses? —preguntó con incredulidad—. Eso es mucho tiempo... Un mes.

—Seis semanas.

Movió los ojos de un lado a otro, contemplando los míos.

—Vale, seis semanas.

Iba a hacer lo que me diera la gana con ella durante seis semanas. Tatum Titan era mía para mi exclusivo disfrute. Era un hombre muy afortunado.

—No hay palabras de seguridad. Ese es el tipo de confianza que me gusta tener con mis parejas... cuando no hay vuelta atrás. Si te marchas, y lo puedes hacer, no hay vuelta atrás, porque esa confianza se habrá roto.

No me la imaginaba haciendo nada demasiado extremo, pero si así fuera, podría soportarlo. Podría fustigarme hasta hacerme sangrar. Valdría la pena para tener un dominio completo sobre ella durante seis semanas. Podría hacer lo que quisiera con ella. Podría decirle que hiciera cualquier cosa y ella me obedecería. Ya tenía algunas ideas en mente.

—A mí me parece bien, pero se aplica a los dos.

Cuando sus ojos perdieron su aspereza habitual, supe que había tocado una fibra sensible. Su rostro mostraba una expresión diferente, una llena de incertidumbre.

—No... No lo sé...

—Si hay algo que no estés dispuesta a hacer, me lo dices y lo evitaré.
—Todo el mundo tenía sus límites, cosas que uno no quería hacer.

—Tendré que pensarlo. ¿Tú no tienes ningún límite?

—No. —No había nada que aquella mujer pudiera hacerme que yo no fuera a soportar.

—Bueno, pues si tú no tienes ninguno, yo tampoco. Tiene que ser equitativo.

Convertirme en el dictador de Tatum Titan parecía la cosa más maravillosa del mundo. Podría tenerla siempre que quisiera. Podría ordenarle que viniera a mi despacho y follarla sobre mi escritorio en mitad del día.

—A mí me parece bien.

—Nadie puede saber nada de nuestra relación fuera de nosotros dos.

—Thorn lo sabe todo.

Levantó las cejas hasta que casi se le salieron de la cara.

—¿Cómo lo sabes?

Me vi obligado a mantener los detalles en secreto, aunque no le debía nada.

—Me lo contó él.

—¿Cuándo ha hablado contigo?

—Nos encontramos en la gala benéfica. No dijo nada específico, pero dejó claro que sabía que nos estábamos viendo. Así que, si él lo sabe, ¿por qué no puedo contárselo yo a mis amigos?

—Porque no confío en ellos.

—¿Y por qué debería confiar yo en tus amigos?

—Porque soy yo la que necesita que esto se mantenga en secreto. Si el

mundo supiera que te estás acostando conmigo, sólo te haría quedar mejor, te haría parecer el conquistador que se hizo con la reina de hielo.

Vivíamos en un mundo en el que las mujeres pasaban por un doble rasero. Cuantas más mujeres me follara yo, más deseable era. Cuanto menor fuera el número de hombres con el que estuviera Titan, más estilo tenía ella. Era completamente injusto.

—¿Y si la gente cree que estamos saliendo? Eso no tendría nada de malo. El mundo no tiene por qué conocer nuestro acuerdo.

—Creen que salgo con Thorn.

—¿Y por qué no los corriges? —la desafié.

Dejó de mirarme a los ojos y se aclaró el jabón del cuerpo.

¿Por qué no me respondía?

—¿Estás saliendo con él?

—No.

—Entonces, ¿por qué finges que sí?

—Yo no finjo que sí —dijo con calma—. La gente nos ve juntos y piensa que somos pareja. Yo no puedo controlar lo que piensan los medios.

—Probablemente ayudaría que dejarais de ir a las fiestas juntos como si fuerais pareja —espeté.

Me lanzó una mirada de irritación.

—No quiero que nadie sepa lo nuestro, Hunt. Y no hay más que hablar.

—¿Que no hay más que hablar? —Apreté los dientes, irritado con aquella mujer tan terca—. Tengo fama de mujeriego, ¿sabes? Si dejo de salir con mis amigos, sabrán que pasa algo. Así que daría lo mismo que se lo dijera.

—Ni de coña.

—No le dirán nada a nadie si se lo pido.

—No los conozco —dijo—. No me fío de ellos.

—Son buenas personas, te lo juro.

—¿Buenas personas que se acuestan con mis amigas una vez y luego las ignoran? —preguntó con incredulidad—. ¿Que pasan de ellas cuando llaman?

Yo no podía responder por eso.

—Sí, son unos ligones, pero eso no significa que no me sean leales. Si les pidiera que no dijeran nada, no lo harían.

—No.

—Tienes que...

—He dicho que no.

Todo el cuerpo se me tensó por el enfado. Miré a aquella atractiva mujer y quise estranglarla en vez de besarla. Aquello era una novedad.

—Joder, no me interrumpas. —La acorralé en la ducha, pegando la cara a la

suya, poniéndome a la defensiva de forma natural.

Cuando retrocedió ligeramente, supe que estaba sintiendo mi ira.

—¿Me entiendes? —hablé en voz baja, pero mi voz seguía siendo más fuerte que el agua que caía de la ducha.

Asintió brevemente.

—No. Quiero oírte.

Entrecerró los ojos enfadada.

—No tientes tu suerte, Hunt.

Apagó el agua y salió de la ducha. Sólo había una toalla colgando en el toallero y la cogió antes de volver a entrar en mi habitación.

Acabábamos de tener oficialmente nuestra primera discusión.

Sólo esperaba que no fuera la última.

TATUM

CUANTO MÁS PERDÍA el control de la situación, más me enfadaba.

Estaba acostumbrada a poner las normas, a llevar las riendas, a estar al mando.

Entonces llegó Hunt y lo puso todo patas arriba.

Quería hacer peticiones que fueran obedecidas. Quería exigir cosas sin ser cuestionada, pero Hunt tenía sus propias solicitudes y la mayoría, si no todas, eran contrarias a las mías.

Era un incordio.

Salí hecha una furia de su casa, no porque estuviera enfadada con él, sino por lo frustrada que me sentía con la situación. Echaba de menos cómo eran antes mis acuerdos, cuando encontraba a un hombre al que deseaba y él aceptaba todas mis condiciones. A veces pedían que hiciera una o dos excepciones, pero siempre eran nimiedades.

Hunt quería darle la vuelta a todo.

Si no lo deseara tanto, si no soñara con él todas las noches, renunciaría a aquello y buscaría a otra persona.

Joder, pero deseaba muchísimo a ese hombre.

Lo deseaba más de lo que había deseado nunca a nadie. En él todo era puro sexo. Era fuerte, masculino e increíble en la cama. Su fuerza y su dominación eran dos aspectos por los que me había atraído desde el principio. Era bastante ingenuo por mi parte sentirme frustrada porque él hubiera conservado aquellos rasgos incluso con nuestras circunstancias.

Pasé la semana entre reunión y reunión. El papeleo se me acumuló y mis cuatro ayudantes no pudieron mantener el ritmo. Me habían invitado a un desfile de moda esa semana en Manhattan, el más grande que tenía lugar en Estados Unidos. Pilar iba a desfilarse, así que sin duda tenía que estar allí para apoyarla. Por no hablar de que me encantaba la ropa.

Como mis coches, era otra debilidad.

Tenía el armario lleno de trajes de los mejores diseñadores del mundo. A veces me los regalaban a modo de discreto patrocinio. A Connor Suede en particular le gustaba que exhibieran su ropa mujeres poderosas. Y como yo era una de las mujeres más influyentes del mundo, recibía conjuntos antes incluso de que llegaran al mercado.

Justo cuando estaba pensando en qué ponerme, Jessica entró en mi despacho con una caja enorme. A un lado estaba impreso el logo de Suede y había un lazo negro atado en la parte de arriba.

—Acaba de llegarte esto. —Lo dejó en mi escritorio y se fue.

En cuanto se marchó, no pude contenerme. Tiré del lazo y abrí la tapa.
Había una nota dentro.

TITAN:

El vestido más bonito para la mujer más bonita.

~C

LAS COMISURAS de los labios se me curvaron en una sonrisa antes de que dejara la nota a un lado y sacara el vestido. Negro, fino y elegante, estaba cortado en un suave tejido que cedía al tacto sin perder su elasticidad. Tenía la espalda abierta y los tirantes unidos en el cuello, y toda la parte frontal estaba adornada con diamantes circulares. La V del escote bajaba por el pecho hasta el abdomen.

Era tan bonito como había dicho Connor.

Lo sostuve en alto y lo examiné, conteniendo la respiración mientras veía cómo brillaban los diamantes auténticos con la luz que se colaba por la ventana de mi despacho. No me hacía falta probármelo para saber que me quedaría de maravilla. Connor conocía mis medidas a la perfección.

Lo volví a guardar en la caja y cerré la tapa antes de ponerla a un lado. Ahora ya no pensaba en el trabajo, sino en zapatos y accesorios. Tendría que ir de tiendas antes del fin de semana para encontrar los detalles idóneos para destacar mi espléndido vestido.

Una hora más tarde, mis pensamientos volvieron a Hunt.

Probablemente estaría allí.

Un desfile en el que habría montones de mujeres guapas que lo mirarían embobadas parecía el escenario perfecto para él y sus amigos. Nuestra última conversación no había acabado bien, y sabía que no sería él el primero en ponerse en contacto. Era yo la que había salido como una tromba de su piso. La pelota estaba en mi tejado y tenía que hacer algo.

Lo llamé al móvil desde el mío y escuché cómo daba tono.

La llamada se prolongó tanto que di por hecho que me saltaría el contestador, pero respondió al quinto tono.

—Titan. —Su voz era sensual, pero también fría. Era evidente que no le gustaba demasiado cómo habíamos dejado las cosas—. Me preguntaba cuándo sabrías algo de ti.

—¿Y por qué estabas tan seguro de que ibas a saber algo de mí?

Prácticamente pude oír su sonrisa al otro lado de la línea.

—Era una corazonada.

Era arrogante. Pero condenadamente sexi.

—¿Qué puedo hacer por ti, Titan?

Sabía exactamente por qué llamaba.

—Quería que supieras que mi arrebató de la semana pasada no cambia mi interés por nuestro acuerdo.

—Me lo imaginaba. No quieres alejarte de mí, al igual que yo no quiero alejarme de ti.

Yo ya no tenía tanto poder como antes porque él tenía la mitad. Estaba haciendo excepciones por él, algo que nunca hacía por nadie más, así que él sabía que era valioso. Podía tirar de la cuerda mucho más que cualquier otra persona.

—Y yo no soy el tipo de hombre que deja que mi chica se escape.

—No soy tu chica.

Se rio.

—Todavía no.

El vello de los brazos se me puso de punta, y se me erizó la piel de todo el cuerpo.

—Pero lo serás... Muy pronto.

Crucé las piernas bajo la mesa, sintiendo que el cuerpo se me apretaba por él. Tenía los muslos tan firmes que prácticamente ya eran de acero.

—Para mí esto no ha sido fácil. Hay muchas cosas que no me gustan... pero no puedo alejarme.

Hunt permaneció en silencio desde el otro lado de la línea, pero su sonrisa pareció desvanecerse. Ya no percibía aquella confianza por el teléfono como un minuto antes.

—No estoy acostumbrada a negociar. Nunca se me ha dado muy bien.

—Ya se nota.

Puse los ojos en blanco.

Soltó una risita, como si supiera exactamente lo que acababa de hacer.

—¿Por qué eres así?

Sentí que el bolígrafo me pesaba entre las puntas de los dedos y di unos golpecitos con él en la almohadilla de la mesa. La pantalla del ordenador se había apagado por la inactividad, y veía a mis ayudantes responder llamadas desde sus escritorios.

—Eso no importa.

—A mí sí me importa.

Yo no me dedicaba a intercambiar historias personales.

—¿Vas a ir al desfile de moda el sábado?

—Puedes cambiar de tema por ahora, pero volveremos a tener esta conversación dentro de poco.

No me sorprendía.

—Sí, voy a ir. Imagino que tú también.

—Sí.

—¿Vas a ir con Thorn? —Su tono escondía un atisbo de celos, pero era algo inapropiado porque era innecesario.

—No. Estará en Chicago ese fin de semana.

—Entonces, ¿vas a ir sola?

—Sí.

—Yo también. Pero sé que no nos iremos solos a casa.

Echaba de menos tener aquella boca tan segura de sí misma recorriéndome el cuerpo. Echaba de menos cómo sonaba aquella voz ronca en mi oído cuando estaba hundido en mi interior. Daba vueltas y más vueltas en la cama en mitad de la noche, cubierta de sudor mientras pensaba en aquel hombre.

—Continuaremos con esta conversación entonces... y le pondremos fin.

MI CHÓFER me dejó en la entrada y, en cuanto salí, los fotógrafos dispararon con sus cámaras. Oí que alguien decía: «¿Dónde está Thorn Cutler? ¿Qué ha pasado?». Ignoré aquella estúpida pregunta y caminé hacia delante. Como la importante figura que era, posé para algunas fotos antes de entrar.

La gente estaba reunida cerca de la barra, tomando algunas bebidas con sus mejores galas. Todos los hombres llevaban trajes y esmóquines, a excepción de algunos diseñadores. Las mujeres lucían vestidos de noche al igual que yo, vistiendo a los diseñadores que más les gustaban. Llevaba un bolso plateado en el costado y avancé a través de la multitud, saludando a los rostros que me eran familiares y charlando de trivialidades.

Me detuve al ver una cara conocida, una cara que se me aparecía todas las noches en sueños.

Diesel Hunt.

Con Pine y Mike a su lado, estaba de pie con ambas manos en los bolsillos. Había una rubia atractiva con un vestido plateado junto a él. Tenía la mano apoyada en su brazo, agarrándose a él como si fuera su cita aquella noche.

Sentí una punzada de celos.

Pero después lo dejé pasar, dejé que se disolviera en el aire. Me deshice de la sensación como si nunca hubiera existido porque sabía que la vida personal de Hunt no era asunto mío. Hasta que firmáramos los papeles no era mío, así que no debía pensar en él. E incluso cuando fuera mío, no sería de mi propiedad. No había amor entre nosotros. Tendríamos la suerte de compartir una amistad.

No me importaba.

—Titan. —La profunda voz de Connor surgió a mis espaldas.

Sonreí antes de darme la vuelta, quedando cara a cara con el atractivo rubio

que creaba la ropa más bonita del mundo.

Tenía un Old Fashioned para mí, pues recordaba qué me gustaba beber.

—Estás preciosa. —Me tendió el vaso antes de inclinarse hacia delante y besarme en la mejilla.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Cuando se apartó, seguía cerca de mí. Sólo nos separaban unos centímetros y pude oler la mezcla de menta y *bourbon* en su aliento. Con traje gris, y con camisa y corbata de color negro, se lo veía musculoso por debajo de la ropa. Al ser uno de los hombres más altos del mundo, destacaba entre la multitud. A pesar de que sus ojos eran bonitos y su rostro claro, aquellos rasgos no iluminaban su oscura apariencia. Desprendía un aura de oscuridad que atraía a todas las mujeres. En cuanto fui destinataria de aquella mirada, no pude mirar hacia otro lado.

—No le cuentes a nadie que he dicho esto... —me puso la mano en la cintura y me atrajo hacia sí, tocándome como un hombre tocaría a su pareja—, pero tú consigues que ese vestido brille más que cualquiera de las chicas que van a desfilarse en la pasarela.

—Me halagas, Connor.

—Es un halago sincero. —Se apartó de mí, pero tardó un poco más en quitarme la mano de la cintura—. Me alegro de que hayas venido.

—No me lo perdería por nada del mundo. Necesito un motivo para ponerme este maravilloso vestido. Lo he tenido todo el día puesto en casa, pero no lo ha visto nadie.

—Me alegro de haberlo visto yo. —Me recorrió el cuerpo con los ojos, demorándose en el profundo corte del escote. No era la primera vez que me miraba así. Me había mirado así unas cuantas veces... en la cama.

—Ha sido un placer verte, Connor. Te dejo que vuelvas al trabajo.

—Lo haré, pero luego nos vemos. —Me besó en la mejilla antes de marcharse.

En cuanto se hubo alejado, recibí a un nuevo visitante.

Hunt no pronunció palabra cuando llegó a mi lado. Se quedó allí de pie, una presencia, un núcleo de energía hostil que absorbía el aire que lo rodeaba. Me miró con gesto inexpresivo, el tipo de mirada que mostraba un verdugo antes de cercenar la cabeza a un criminal.

Pero yo no era ninguna criminal.

—Hunt. —Extendí la mano para estrechar la suya.

Él la miró, pero ignoró mi saludo.

Mi mirada se volvió más dura.

—Cuando una socia te tiende la mano para estrechártela, lo haces. —Nadie

nos estaba mirando, pero daba igual. Si no podía fingir ahora, ¿cómo se las apañaría más adelante?

Hunt me estrechó la mano.

—Connor y tú os conocéis bien. —No era una pregunta, pero sin duda sonaba como si lo fuera... Una pregunta llena de acusación.

—Me encantan sus diseños. Este vestido es suyo.

Sus ojos se pasearon por mi cuerpo, prestando especial atención al mismo corte que Connor se había quedado mirando un instante antes.

—Te ha vestido muy bien. Como si conociera tu cuerpo.

—Se gana la vida así, Hunt. —Mis ojos se dirigieron a la rubia que seguía con los amigos de él. Tenía los ojos clavados en la espalda de Hunt, contando los segundos que faltaban para que volviera a su lado—. Parece que tu cita está muy sola.

—No es mi cita.

Volvió a meterse las manos en los bolsillos de los pantalones. Sus hombros tenían un aspecto delicioso con aquel traje ajustado que llevaba. Se había afeitado antes de ir allí aquella noche, y tenía la mandíbula tan suave que quería pasar los dedos por la piel sólo para poder sentirla. Deseaba besar aquella zona, explorando su mandíbula masculina todo el tiempo que quisiera. Mi atracción por Hunt era tan ferviente que me hacía sentir el cuerpo más vivo que nunca. Estaba poniendo mi mundo patas arriba por él, pero sabía que valdría la pena.

—Pues creo que ella no lo sabe.

—Pronto lo sabrá. —Sus ojos marrones estaban clavados en los míos, ignorando a todos los presentes excepto a mí. Apenas pestañeaba, contemplándome con una intensidad que haría que cualquier mujer más débil apartase la mirada.

Pero yo nunca apartaba la mirada.

—No tienes ni idea de lo difícil que es estar aquí y no besarte.

Se me heló el pecho y dejé de respirar durante unos segundos. Todo mi cuerpo colapsó, pero cuando volvió a recomponerse, ardía con una intensidad mayor que antes. Quería enganchar una pierna en su cintura y frotarme contra él como había hecho en su yate el mes anterior. Quería disfrutar de él en la cama, bañando las sábanas con una mezcla de su olor y el mío. Quería limpiarle el sudor del pecho a lametazos cuando acabara de follarme como a mí me gustaba.

—No tienes ni idea de lo difícil que es no follarte ahora mismo.

—Si lo intentaras, no te detendría. —Dio un paso hacia mí, manteniendo las manos en los bolsillos para guardar las apariencias y fingir que nuestra conversación era puramente amistosa y no una batalla de pasión contenida.

—Es una suerte que sea paciente. —Vi cómo la rubia se acercaba a él,

pasando a la acción para intentar atraparlo antes de que se le escapara definitivamente—. Ha sido un placer verte, Hunt. —Pronuncié las palabras mientras ella se aproximaba—. Que pases buena noche. —Me alejé para no tener que hacer presentaciones. No iba a ser educada con una mujer que quería acostarse con el hombre con el que yo estaba obsesionada.

Hunt me alcanzó, poniéndome la mano en el codo. Se acercó a mí por detrás y me habló al oído en voz baja para que nadie pudiera oírnos.

—Incluso antes de que llegemos a un acuerdo, soy tuyo. ¿Me entiendes?

Ver cómo se entregaba a mí me hizo desear largarme de aquella fiesta y marcharme directamente a casa.

—Sí.

Ahora tenía los labios tan cerca que me rozaron el borde de la oreja.

—Y tú ¿eres mía?

Sabía que se estaba refiriendo a Connor, que me había saludado como si nuestra historia fuera más apasionada que una simple relación comercial.

—Dime que eres mía. —Me apretó con más fuerza—. O te haré mía ahora mismo.

Giré la cara hacia él, y mis labios casi entraron en contacto con los suyos.

—Ya sabes que eres el único hombre con el que me voy a ir a casa.

DESPUÉS DEL DESFILE, todo el mundo se separó y se dirigió a las distintas barras que había distribuidas por el edificio. Los camareros repartían tentempiés y Connor Suede recibió una avalancha de cumplidos de distintas personas de la industria e incluso de gente que no conocía. A veces sus ojos se posaban en los míos desde el otro extremo de la sala. Me estaba buscando, porque estaba interesado bien en mí, bien en el vestido que había diseñado para que yo lo llevara aquella noche.

—Señorita Titan. —Brett Maxwell caminó hasta mí con una bebida en la mano—. Eres la persona con la que más me gusta toparme. —Me estrechó la mano antes de inclinarse y darme un beso en la mejilla. Una fina línea de vello le recorría la zona próxima a la boca y me rozó la piel antes de que se apartara.

—Tú también eres la persona con la que más me gusta toparme, porque lo sabes todo sobre coches.

Sonrió al oír mi cumplido.

—Y tú sabes cómo conducirlos. Te luciste en la pista de carreras.

—Sólo quería probar a mi chica en el asfalto.

—Espero que te impresionara.

—Sin duda alguna.

Sonrió antes de chocar su copa contra la mía.

—Brindemos por eso. —Se llevó la copa a los labios.

Yo hice lo mismo, terminándolo todo y sintiendo el ardor bajándome por la garganta. Era mi tercer Old Fashioned y tenía que bajar el ritmo. Nunca me embriagaba porque tenía una gran tolerancia al alcohol, pero aun así no quería propasarme, no cuando iba a reunirme con Hunt aquella noche.

Miró mi vaso vacío, evidentemente pensando que me lo había bebido muy rápido, pero era demasiado caballeroso y no dijo nada al respecto.

—Iba a esperar hasta el lunes para sacar el tema, pero ahora que te tengo aquí, quiero comentarte algo.

—Dispara.

—Quiero rodar un anuncio para mi modelo Bullet y me preguntaba si te interesaría salir en él.

—¿Yo? —pregunté sorprendida—. ¿En serio?

—¿Estás de coña? ¿La mujer más rica del mundo conduciendo mi coche por la costa amalfitana? ¿Con el pelo al viento? ¿Con gafas de sol? Sería genial. Es algo que atrae a todos los públicos, a las mujeres que quieran un auténtico coche de lujo y a los hombres a los que les encantaría atraer a una mujer como tú.

La gente me hacía muchos cumplidos, pero no todos eran sinceros. Decían cosas que yo quería oír sólo para conseguir algo de mí, pero nunca me habían interesado las alabanzas ni el reconocimiento. Prefería estar en compañía de quienes me desafiaban, de quienes me decían la verdad como la veían. Pero Brett parecía sincero. Era encantador, y no sólo porque fuera increíblemente guapo. Siempre me había tratado con respeto, considerándome una igual con un toque adicional de admiración. Ojalá hubiera más hombres como él que no se sintieran amenazados por mi éxito o por mi inteligencia, sino que lo valoraran.

—Suena de maravilla, Brett.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Eso creo.

Sonrió, mostrando una hilera de dientes perfecta.

—Eso es genial. Diesel Hunt también va a participar. He pensado en que salgáis los dos compitiendo por la costa, cortándoos el paso el uno al otro mientras avanzáis hacia la meta.

No sabía que Hunt iba a formar parte de aquello, pero si Brett me lo hubiera dicho antes, no habría cambiado mi respuesta. Sin embargo, habría agradecido que me hubiera informado. No quería que me vieran pasando demasiado tiempo con Hunt.

—Suena muy bien.

—Al principio quería que estuvierais los dos en el mismo coche, como pareja. El sexo vende y ¿qué sería más excitante que dos ejecutivos disfrutando

del atardecer en uno de mis coches? Pero a Hunt no le parecía bien.

Y yo sabía por qué. Quizás me entendía mejor de lo que yo imaginaba.

—Ponte en contacto con mi oficina y lo organizamos.

—Perfecto.

Una mujer alta se acercó a su lado y le rodeó la cintura con el brazo, poniéndole la palma de la mano en el pecho. La reconocí de la pasarela: era una de las modelos que habían desfilado con la nueva gama de vestidos de Connor. Tenía la piel oscura, los labios gruesos y unas piernas interminables. Le susurró algo en francés con los labios pegados a su oreja.

Él la estrechó hacia su cuerpo y también le dijo algo.

—Discúlpame, Titan. Que pases buena noche.

—Tú también.

Vi cómo se alejaba con su cita, una mujer alta que era más baja que él incluso con tacones. Se pegaba a él como si no quisiera pasar ni un segundo más en público, sino de espaldas en las sábanas de él.

Ver cómo él le agarraba la cintura mientras se marchaban me recordó el modo en que Hunt me agarraba a mí. Había más similitudes entre aquellos dos hombres, otros rasgos que no lograba identificar. Pero sabía que había un vínculo entre ellos... uno muy fuerte.

ME SENTÉ en los asientos traseros de mi coche y el chófer me llevó de vuelta a casa, a unas manzanas de distancia. Había estado con Isa y Pilar hasta la una de la madrugada. Todavía no estaba cansada, pero si me quedaba demasiado tiempo, no sería capaz de decirle ni dos palabras a Hunt.

Pero todavía no me había llamado.

No dejaba de pensar en aquella supermodelo rubia que colgaba de su brazo, en la forma en que lo miraba como si fuera de su propiedad.

Venga, por favor.

Hunt había dejado claro que no iba a acostarse con ella aquella noche, y se había asegurado de que yo tampoco me fuera con Connor. Aquel era el único consuelo que necesitaba. Ninguno de los dos estábamos interesados en otras personas en ese momento, sólo el uno en el otro.

Pero yo no estaba sólo interesada. Estaba obsesionada.

Mi teléfono empezó a sonar y el nombre de Hunt apareció en la pantalla.

Pulsé el botón del techo y cerré la ventanilla que había entre Lucas y yo antes de responder.

—Creía que a estas alturas ya estarías demasiado cansado.

—Nunca estoy demasiado cansado para ti.

El interior de la boca se me humedeció al oír su voz. Podría pasar toda la

noche recorriendo su cuerpo con la lengua, saboreando su deliciosa piel. No me hacía falta acostarme con él para sentirme satisfecha. Con sólo chupar aquella enorme erección me bastaba.

—¿Qué tal está tu chica?

—Dímelo tú —dijo él—, porque mi chica eres tú.

Sonreí automáticamente porque no había nadie cerca para presenciarlo.

Tenía mucha labia y decía algunas frases que me impresionaban de verdad. Y yo no era una mujer fácil de impresionar.

—¿Dónde estás?

—Mi chófer me está llevando a casa.

—Pues allí nos vemos. —Esperó a que yo pusiera reparos.

Pero ciertamente yo no tenía ninguno.

—Más vale que no hablemos demasiado. Verte pasear con ese vestido toda la noche ha puesto a prueba mi paciencia. Puede que te lo rasgue cuando te lo quite.

—Entonces, ¿por qué no nos saltamos las conversaciones y vamos directos al grano?

Se produjo una larga pausa.

—Me gusta que vayas directa al grano, Titan.

ME PUSE de rodillas sólo en bragas mientras él estaba sentado en el sofá con la camisa desabrochada y los pantalones por las rodillas.

Le cogí las manos y se las puse en el cojín con las palmas hacia arriba.

—No te muevas. —Lo miré con seriedad, indicándole que no bromeaba. No era la clase de mujer que se conformaba con menos de lo que merecía.

Él dejó las manos quietas, pero me miró con los ojos entrecerrados.

Estiré el cuello hacia abajo y me metí su gran miembro en la boca.

En cuanto le toqué la punta con la lengua, se echó hacia atrás y dejó escapar un largo suspiro.

Me dediqué de lleno a su erección, moviendo la boca hasta abajo y después hacia arriba. Me deslizaba con lentitud, pasando la lengua por su vena palpitante.

—Titan...

Me encantaba oírle pronunciar mi nombre. Hacerlo disfrutar era casi mejor que disfrutar yo misma. Casi. Saboreé la lubricación que le salía del glande, encantada con la deliciosa sensación de tenerla en la boca. Sabía a hombre, a una gran dosis de masculinidad.

Deslizó la mano por su muslo y la hundió en mi pelo, donde agarró algunos mechones con el puño.

Yo le bajé la muñeca de un tirón y le di un bofetón en la cara.

—He dicho que no te muevas.

La mejilla no se le puso roja porque no le pegué con suficiente fuerza. Se quedó helado por la conmoción del impacto, pero en lugar de parecer enfadado, cerró los ojos y apretó la mandíbula mientras se le hinchaba el pecho por lo hondo que respiró.

Volví a dedicarme a su sexo, notando que estaba mucho más duro en mi boca.

Sabía que le gustaría dejarme al mando.

Se la chupé hasta que su erección estuvo empapada de mi saliva, resbaladiza y cálida. Me saqué su enorme miembro de la boca y me puse delante de él, apretando los pechos sobre su sexo para que lo estrujaran por ambos lados.

Hunt bajó la vista para ver lo que hacía e inhaló entre dientes. Las manos se le cerraron en puños en los cojines y la mandíbula se le volvió a tensar otra vez.

Moví los pechos de arriba abajo por su erección y después besé aquella boca masculina.

Él apenas me devolvió el beso, porque su respiración era profunda e irregular. Después de volver a ganar terreno, me besó introduciendo la lengua en mi boca y recibiendo la mía con sensualidad.

No tenía las manos en mi cuerpo, pero sentía los nervios a flor de piel. Sentía que la humedad de mi entrepierna me empapaba las bragas. Me temblaban los muslos y me dolían los pulmones cada vez que respiraba. Quería montarme en su sexo en ese mismo instante, pero también deseaba aquello. Su gruesa erección empujaba en el valle de mis pechos una y otra vez, deslizándose por la piel suave hasta que me levanté y volví a empujar otra vez.

Gimió en mi boca y su aliento cálido me llenó los pulmones.

Yo gemí en respuesta; nuestra excitación mutua me llevaba a nuevos límites.

Me palmeó los pechos con las manos y los apretó con más fuerza contra su sexo, aportándose más fricción mientras embestía hacia arriba.

Le bajé las manos y lo abofeteé con más fuerza que la primera vez.

Él tensó la mandíbula y tomó aire.

—Joder, Titan. Sólo estás consiguiendo ponerme aún más caliente.

Me agarré las tetas y las moví por su erección de nuevo.

—Podrás tocarme cuando yo te lo diga.

Gimió.

—Quiero tocarte ahora. Joder, déjame tocarte.

—No. —Hablé contra su boca, nuestros jadeos entrelazándose. Su sexo se frotaba contra mi piel voluptuosa.

Sacudió las caderas hacia arriba, moviéndose conmigo mientras me besaba. Sus jadeos se hicieron cada vez más profundos, volviéndose temblorosos y

acalorados. Parecía aún más hombre cuando estaba al borde del éxtasis, a punto de entregarme todo el semen que se le había acumulado en los testículos.

—Voy a correrme en tus tetas.

—Todavía no.

Gruñó y me mordió el labio inferior, tirando de él con brusquedad.

Yo le devolví el mordisco, mostrando la misma agresividad.

—Me estás matando...

Me moví más rápido y con más energía, torturándolo a propósito.

Volvió a apretar los puños y empezó a jadear. Las venas del cuello sobresalían por lo mucho que apretaba la mandíbula. Rechinó los dientes y casi pude oír el sonido.

—¿Quieres correrte, Hunt?

Me miró atentamente, su pecho musculado se elevaba y descendía de forma pronunciada.

—Dímelo.

Clavó la mirada en la mía, sus labios ya no me besaban.

—Sí.

—¿Te quieres correr en mis tetas?

—Joder, sí.

—¿Y en mi cara?

Sus ojos se oscurecieron de un modo que nunca había visto. Parecía que me odiaba, pero que precisamente por eso quisiera follarme todavía más.

—Me encantaría correrme en tu cara.

—Entonces tienes oficialmente mi permiso. —Cogí sus manos grandes y las puse a ambos lados de mis pechos.

En cuanto las yemas de sus dedos entraron en contacto con la piel desnuda de mis tetas, las apretó con brusquedad y las movió de arriba abajo, agitándome con mayor velocidad. Empujó hacia arriba al mismo tiempo y se corrió en tan sólo diez segundos.

Encima de mí.

Se corrió en mi barbilla, en el cuello y sobre mis pechos.

—Joder... —Con cada sacudida derramaba más semen sobre mí. Había gotas de su semilla por todas partes, deslizándose por mi piel mientras su erección seguía moviéndose. Todo mi cuerpo quedó embadurnado y el intenso olor de su corrida me llegó flotando hasta la nariz.

Admiró su obra de arte, contemplando los cúmulos blancos de su esencia desparramados por todas partes. Su sexo se ablandó entre mis pechos, pero frotó su semilla por su propio miembro al deslizarse por aquel líquido viscoso.

—Nunca me había follado un par de tetas tan maravillosas.

—Y a mí nunca me había follado las tetas una polla tan maravillosa. —Me pasé los dedos por el pecho antes de metérmelos en la boca, chupando el semen de las puntas.

—Madre mía. —Me apretó los pechos con fuerza; su cuerpo reaccionaba de la única forma en que podía, por intuición.

—Todavía no hemos terminado. —Me puse de pie y me bajé las bragas por las piernas. Se formó un hilillo de lubricación entre el encaje y mi entrepierna al tirar de la tela hacia abajo. Finalmente se partió, pero la parte interior de los muslos se me quedó húmeda de mis propios fluidos. Hunt lograba que me empapara cada vez más.

Se quedó mirando el área entre mis piernas y aquella intensidad masculina emergió a sus ojos. Acababa de disfrutar de un orgasmo que lo había obligado a ganarse, pero parecía excitado una vez más. Tenía el sexo duro a medias, pero no tardaría mucho en ponerse como un mástil.

Me senté junto a él y chasqué los dedos.

—De rodillas.

Me miró con frialdad, como si no fuera a cooperar aunque se lo pidiera.

—Ahora.

Tras unos segundos de contacto visual, se dirigió al suelo y se colocó entre mis piernas. Yo las separé y le puse la cara contra mis pliegues resbaladizos.

—No estoy aquí porque me lo hayas pedido. Estoy aquí porque no hay nada que desee más que comerte el coño lo que queda de noche, y hacer que te corras todas las veces que quieras.

ERAN las tres de la mañana.

Estábamos tumbados en el sofá juntos mientras él me estrechaba contra su pecho. Tenía el mentón apoyado en mi cabeza y los dos olíamos a una mezcla de sexo, su perfume y el mío. Ambos estábamos desnudos, pero el calor que generaba su cuerpo nos mantenía calientes. Mi dormitorio estaba al final del pasillo, pero ninguno de los dos nos movimos.

Me pasó lentamente la mano por el pelo, acariciando los mechones que descansaban en mi hombro.

—Bueno, ¿vamos a hablar ya de los detalles?

A mí no me hacía falta dormir mucho, pero después de aquella larga noche, estaba demasiado cansada para mantener una conversación coherente.

—Mañana.

—Ya es mañana.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y si salimos a cenar? Si estamos en un lugar público, nos dedicaremos

más a hablar que a follar.

Aquello era demasiado arriesgado.

—No quiero que nadie nos oiga.

—Entonces, ¿en tu casa o en la mía?

—En la mía.

—Vale. ¿A qué hora?

—A las cinco.

—Y mientras tanto... —Me acarició la cara con la suya y cerró los ojos.

No iba a quedarse a dormir. Esa era una condición de la que todavía teníamos que hablar.

—Brett Maxwell me ha contado su idea de hacer un anuncio.

—¿Estás interesada?

—Me encantan sus coches y me encanta Italia, así que lógicamente lo estoy.

—¿Aunque yo también salga en el anuncio?

—Siempre y cuando la carrera la gane yo.

Sonrió contra mi frente.

—Contigo siempre es todo una competición.

—La vida es una competición.

—No siempre —susurró—. ¿Nos reunimos con él y hablamos de los detalles? Es el momento perfecto del año para ir allí.

—Tengo un montón de cosas pendientes, pero podría reorganizar algunas y hacer hueco para el viaje.

—Yo también. —Sus dedos continuaban acariciándome el pelo.

Al pensar en Brett Maxwell, recordé la pregunta que me había estado rondando la cabeza.

—Es pariente tuyo, ¿no?

Volvió a sonreír.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—¿Es tu primo?

—No. Mi hermano.

No tenían el mismo apellido, así que había descartado esa teoría de inmediato. Pero al pensar en lo parecidos que eran, me di cuenta de que era cierto. Tenían los mismos ojos, las mismas facciones, todo lo tenían igual.

—¿Por qué tenéis apellidos diferentes?

—Porque somos medio hermanos. Mi madre estuvo casada antes de conocer a mi padre.

—Ah... —Aquello no lo sabía.

—Su primer marido murió en un accidente de coche y después conoció a mi padre. Brett era muy pequeño por aquel entonces, sólo nos llevamos unos años.

—Parecéis unidos.

—Lo estamos. Es lo que tiene la sangre.

—¿Por qué no habláis nunca de ese vínculo? —Hunt podría haberlo mencionado en varias ocasiones, pero no lo había hecho. Me lo había ocultado, como al resto del mundo.

—Brett no quiere que lo vinculen con la familia Hunt. Mi padre y él nunca se han llevado bien. Cuando mi madre murió, mi padre tuvo que criarnos. Brett no tenía ningún sitio al que ir, así que se quedó, pero mi padre lo trataba como a una mierda todos los días. —Se le alteró la respiración y se tensó debajo de mí, claramente pensando en un pasado que preferiría olvidar.

Me sentí fatal por haber preguntado. Yo no quería que él husmeara en mi pasado, así que tenía que acallar mi curiosidad.

—Los dos sois encantadores, siempre me ha caído bien Brett. Me trata como a una persona, no sólo como a una mujer. Está muy seguro de su éxito y no le intimida el mío. Un hombre de verdad no se siente intimidado por nadie.

—Eso lo ha sacado de mí.

Puse los ojos en blanco.

—En realidad, probablemente lo hayas sacado tú de él.

—Tenemos muchos rasgos del otro. Él me toca las narices cuando me comporto como un idiota y yo me meto con él cuando hace el imbécil. Es lo que hacen los hermanos.

—Amor de hermanos.

—Tú no tienes ningún hermano, ¿no?

Era hija única.

—No. —Cambíé de tema antes de que pudiera seguir aquel camino—. Se está haciendo tarde... Debería irme a la cama. —Me aparté de su cuerpo y me puse las bragas. El vestido estaba arrugado en el suelo, pero estaba demasiado cansada para recogerlo. Los zapatos me los había quitado por el camino, y cada uno estaba tirado en un sitio distinto.

Hunt también se levantó, una estatua de pura hombría. Se puso los bóxers, ocultando su sexo potente, grueso y maravilloso.

Pulsé el botón del teléfono y miré la pantalla, preguntándome si habría algún correo importante que tuviera que leer. En la parte superior vi un mensaje de Connor.

«¿Quieres que quedemos?».

Volví a pulsar el botón y oculté el mensaje.

A juzgar por el gesto amargo de su rostro, ya lo había visto.

—Esa cama tuya es bastante grande...

Sabía exactamente lo que me estaba pidiendo. Dejar que se quedase a dormir

no me parecía la peor idea del mundo. Era muy cómodo, a pesar de lo duro y rígido que era su cuerpo, como si su respiración melódica hiciera las veces de una nana. Pero llevaba mucho tiempo durmiendo sola y no tenía intención de que aquello cambiara.

—No cuando te pasas la noche dando vueltas.

Cuando Hunt captó la indirecta, no insistió. Volvió a ponerse cada uno de los componentes de su traje, tomándose su tiempo para abrocharse el cinturón y abotonarse la camisa. Ahora que tenía el pelo revuelto, estaba incluso más sensual que al principio de la noche.

Lo acompañé hacia las puertas del ascensor, agotada pero todavía bien despierta porque él estaba allí. Yo sólo llevaba puestas las bragas y tenía los pechos duros por el aire frío.

Me recorrió el cuerpo con los ojos y la mandíbula se le tensó lentamente mientras me miraba de arriba abajo como si fuera la primera vez que me veía aquella noche.

—¿Esperas que me vaya cuando estás así?

Me acerqué a su cuerpo y me puse de puntillas, ahora mucho más baja que antes, porque ya no tenía los tacones de trece centímetros. Pegué la boca a la suya y le di un beso suave, uniendo mi pecho al suyo.

Él me devolvió el beso con un gemido callado mientras me envolvía el cuerpo con los brazos.

Le pasé los dedos por la barbilla, notando la barba incipiente que le había empezado a crecer en la mandíbula.

—Lo verás mucho más, así que no te preocupes.

HUNT

ESTABA a punto de salir de mi casa cuando Brett me llamó.

—¿Qué pasa? —Entré en el ascensor y bajé hasta el vestíbulo. Mi sexo ya luchaba contra una erección porque iba de camino a casa de Titan para ver a aquella maravillosa criatura que hacía las mejores felaciones del mundo.

Dejaba al resto de mujeres a la altura del betún.

Yo no sabía que podía experimentar esos orgasmos, que podían complacerme tanto. No hacía falta que le diera instrucciones para que hiciera lo que a mí me gustaba. No tenía que tomar la iniciativa. Ella sabía perfectamente cómo complacer a un hombre.

Sabía perfectamente cómo complacerme a mí.

Lo único que me importaba era poder disfrutar más de aquella mujer, no quería huir y buscar a la próxima sustituta. Las mujeres iban y venían como mercancía, sin tener ningún valor real, además del hecho de servir de distracción. Algunas mujeres excepcionales habían honrado mi cama con su presencia, pero no eran nada en comparación con Tatum Titan.

Ella era especial.

Ahora mi vida tenía una nueva emoción, un nuevo impulso. La ambición ya no era lo único que tenía en mente. Ahora anhelaba disfrutar de un beso apasionado delante del fuego, de una caricia en público que fuera demasiado íntima como para que alguien la viera.

Ahora sólo la deseaba a ella.

Brett respondió.

—Me sorprende que estés despierto tan temprano.

—Son las cuatro y media —dije con sarcasmo.

—Pero sé que eres un ave nocturna —bromeó—. Quería saber si podríamos reunirnos Titan, tú y yo esta noche. Ya sabes, para hablar del anuncio. El tiempo corre.

¿Por qué mi hermano tenía que ser un dolor de muelas precisamente aquel día?

—¿A qué hora?

—¿Sobre las siete?

Eso debería darnos bastante tiempo para que hablásemos y echáramos un buen polvo.

—Por mí bien. Avísame cuando hables con ella.

—Vale.

El chófer me recogió en la acera y me llevó al centro, hasta su edificio. Monté en el ascensor hasta su planta y entré en su salón, fijándome en que estaba

impecablemente limpio, como siempre. No parecía que me hubiera hecho una cubana en ese mismo sofá la noche anterior y que después le hubiera practicado sexo oral hasta hacer que se corriera tres veces.

Salió de la cocina con unos vaqueros y una camiseta.

Nunca había visto a Tatum Titan con vaqueros y camiseta.

Nunca.

Siempre llevaba vestido o falda, y zapatos de tacón. Cuando vestía de manera informal, su belleza era más natural. No parecía tan dura, tan fría, pero todavía conservaba la misma aura que le daba su poder ejecutivo. Si la hubiera conocido en ese mismo momento sin tener ni idea de quién era, habría sentido su seguridad y su elegancia de todas formas.

—Hola.

—Hola. —Puso dos copas en la mesa, dos Old Fashioned. Colocó cada uno en un extremo de la mesa, designando dónde nos sentaríamos para nuestra reunión. Con aquella ceñida camiseta negra se le marcaba la curva de la espalda, al igual que su fascinante pecho. Caminó hacia mí despacio, descalza y golpeando el suelo de parqué con sus pequeños pies. Cuanto más se acercaba, más inclinaba la cabeza hacia arriba para mirarme, porque era treinta centímetros más alto que ella.

Se puso de puntillas y me besó, saludándome como si me hubiera echado tanto de menos como yo a ella.

Aunque sólo había pasado un día.

Me encantaban aquellos primeros besos tanto como los últimos de la noche. Su afecto tenía algo que me seducía, que hacía que mi pecho murmurara de aprobación. Era tan sensual que a veces dolía. Pero mi cuerpo no podía contener su necesidad.

Se apartó antes de que el beso diera paso a algo más.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también.

Fue hasta la mesa y tomó asiento.

—¿Quieres tomar otra cosa?

—Esto es perfecto. —Me senté, molesto por que hubiera casi dos metros entre nosotros. Los ventanales mostraban la ciudad a nuestras espaldas y el sol se perdía lentamente tras los rascacielos.

Organizó una carpeta de papeles antes de deslizarla por la superficie de la mesa hacia mí. Con un bolígrafo.

No iba a firmar ni un puto papel.

—¿Te ha llamado Brett?

—Sí.

—¿Y?

—Le he dicho que nos vemos para la cena.

—Vale. Pues vamos a dejar esto terminado. Tengo que follarte antes de que nos marchemos. Si no, no voy a poder concentrarme.

Me observó con la aspereza que caracterizaba su mirada.

—Tú no vas a follarme a mí, Hunt. Voy a follarte yo a ti.

Joder, me volvía loco.

—Vamos a empezar. —Dio un trago a la copa antes de lamerse los labios y adoptar su actitud ejecutiva—. Durante las próximas seis semanas, serás exclusivamente mío. Cada vez que estemos a solas, deberás obedecerme. Cuando te pida que hagas algo, lo harás. Si no lo haces, serás castigado.

Si sus castigos iban a ser bofetones, adelante.

—¿Lo entiendes?

Di un trago a la copa.

—Recibido.

—Nuestra relación debe permanecer en secreto. No podrás hablarle a nadie de nosotros.

El primer escollo del camino.

—Entiendo por qué quieres que sea así, pero no va a funcionar. Mis amigos sabrán que pasa algo.

—Pues haz lo que haga falta para que no sospechen.

—¿Cómo voy a hacer eso si estoy siempre contigo? Si me pillan mintiendo, van a darme el coñazo hasta que les cuente la verdad. Es mejor que sea sincero desde el principio para que mantengan la boca cerrada.

—No. —Pasó la página como si la decisión ya estuviera tomada.

—Sólo estoy siendo realista.

—Me dijiste que eras un caballero. —Me dirigió una mirada llena de acusación—. A menos que fuera mentira.

—Yo nunca miento.

—Bien. Pues entonces pasemos al siguiente punto. —Apoyó los codos en la mesa, pero mantuvo la espalda recta—. Sinceridad total por ambas partes.

—Para mí no es un problema.

—Para mí tampoco. —Volvió a posar los ojos en el papel.

—No les hablo a mis amigos de todas las mujeres con las que estoy porque son rollos de una noche, pero si voy a tener una relación de tres meses contigo, una relación monógama, no va a ser fácil ocultarlo. Si tus amigos saben lo nuestro, los míos también merecen saberlo.

—No voy a repetirme, Hunt. —Aquella mirada fría volvió a posarse sobre mí—. No tengo que explicarte los detalles de por qué esto es importante para mí.

Tengo mucho más que perder que tú. Si no puedes hacer esto, no hay oferta.

Su petición era un fastidio, pero entendía su problema. La confianza era algo que evidentemente no entregaba a la ligera, como si fueran dulces en Halloween.

—Entonces, ¿puedes hacerlo, Hunt?

Deseaba tanto a aquella mujer que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por tenerla.

—Sí.

—Genial. Pues pasemos...

—Pero quiero saber qué pasa con Thorn.

Movió lentamente los ojos hacia mí, sus iris del color del jade, impenetrables.

—No me acuesto con él. Es lo único que necesitas saber.

—¿Por qué finges estar con él si no estás con él?

—No veo qué tiene que ver eso con nuestro acuerdo, así que no hay necesidad de hablar del tema. Es un muy buen amigo, un socio de negocios y los detalles concretos de nuestra relación no son de tu incumbencia.

El peso de sus palabras me dio de lleno en el pecho.

—Así que cada vez que asistamos a un evento ¿vas a estar con él?

—Probablemente. Pero no iría contigo de todas formas, así que eso no importa.

Si no se acostaba con él, no era asunto mío, pero aquello no saciaba mi curiosidad. Cada vez que la veía tocándolo, me enfadaba.

—¿Alguna vez te has acostado con él?

—Mi pasado carece de relevancia en nuestro acuerdo.

Entrecerré los ojos.

—¿Eso es un sí?

—No. No es ninguna respuesta.

—Titan. —Me contuve para no apretar la mandíbula, por miedo a rompérmela uno de esos días—. Pasas tiempo con ese hombre cuando se supone que eres mía. Tengo derecho a saberlo.

—Si confías en mí, no debería importar. —Apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, clavando los ojos en los míos—. ¿Confías en mí, Hunt?

Tatum Titan era una mujer entretejida en una red de ambiciones, secretos y sexo. Cada muro que la rodeaba tenía otro muro detrás. Tenía capas como una cebolla que no parecía tener centro. Lo único que conocía era su cuerpo, el modo en que reaccionaba al mío cada vez que la tocaba. Lo único que conocía era la conexión que teníamos, la intensa pasión que sentíamos sólo el uno por el otro. Eso era lo que sabía y me bastaba para confiar en ella. Sin preguntárselo, sabía que sólo me deseaba a mí. Tanto si se había acostado con Thorn como si no,

estaba claro que yo era el único hombre al que deseaba. No tenía motivos para ser traicionado por nadie.

—Sí.

—Entonces no debería haber ningún problema.

—¿Tú confías en mí? —contraataqué.

Permaneció en silencio tanto tiempo que parecía que no iba a decir nada.

—Eso creo.

Era obvio que tenía problemas para confiar en la gente. Debería agradecer que no me hubiera dicho que no directamente.

—No deberíamos hablar de negocios cuando estemos juntos. Conflicto de intereses.

—Nuestros negocios no tienen nada que ver.

—De todas formas, creo que deberíamos mantenerlos separados.

—Vale. —De todos modos, no quería hablar de trabajo cuando estuviera con ella. Sólo quería hablar de las obscenidades que haríamos juntos.

—Tendrás que enseñarme el resultado de las pruebas antes de que dejemos de usar condones.

—Eso también se aplica a ti.

No puso objeciones.

—Debería recibirlo en unos días.

—Yo también.

—Entiendo que probablemente no haga falta decir esto, pero... nunca habrá nada entre nosotros más allá de una relación física. El amor es algo que no me interesa. Sé que a ti tampoco te interesa, así que no debería suponer un problema.

No, no habría ningún problema. Las mujeres sólo me querían por mi dinero o para acostarse conmigo. Ninguna me quería por mí mismo. Me había acomodado en una vida de soledad hacía mucho tiempo. Últimamente me había sentido algo solo, pero ahora volvía a estar rejuvenecido.

—¿No quieres tener familia algún día?

—Esa pregunta es sexista.

—No tenía intención de que lo fuera. Sólo tengo curiosidad.

—La verdad es que sí quiero —dijo—. Pero todavía tengo algunos años antes de que tenga que empezar a preocuparme por eso. ¿Y tú?

—A veces pienso en ello... Y a veces no.

Ella no insistió.

—En seis semanas a partir de hoy cambiaremos los papeles. Tú estarás al mando y yo seré la que obedezca.

Se me encogió el pecho al pensar en ello. Me encantaría ejercer mi poder

sobre ella, dominarla por completo después de que ella me hubiera dominado a mí. Podía llevarme al límite todo lo que quisiera porque yo pretendía hacerle lo mismo a ella. Yo no sucumbiría, así que ella tampoco podía hacerlo.

—Me parece perfecto.

Era la primera vez que dudaba en la conversación, con la vista clavada en la mesa en lugar de mirarme a mí.

Pude ver la incertidumbre.

—Todo irá bien, Titan.

Todavía tenía las uñas pintadas de rojo de la semana anterior. Era un color que le quedaba de maravilla y que complementaba su piel ligeramente bronceada. No tenía ninguna picada porque evidentemente no se mordía las uñas. Rebuscó entre los papeles de la carpeta antes de sacar dos del montón. Un suspiro escapó de sus labios.

No parpadeé mientras la miraba porque no quería perderme ni el más mínimo detalle.

—Esto me resulta difícil, Hunt. Más difícil de lo que hago ver... —Ella nunca mostraba un lado vulnerable, jamás. Ni siquiera estaba seguro de que aquel fuera un momento de debilidad en lugar de una reflexión silenciosa—. Nunca me he adaptado así a un hombre. De hecho, nadie me había pedido tanto hasta ahora. Sólo estoy dándotelo a ti porque... quiero que esto pase.

—Yo también quiero que pase.

—Creo que todavía tengo que pensar en ello... No me asustan muchas cosas, pero esto me asusta.

Era el primer hombre al que se iba a entregar. Iba a entregarme su alma y a permitir que me la quedara durante seis semanas.

—No tienes ningún motivo para estar asustada, Titan. Te cuidaré, te lo prometo.

Se aclaró la garganta antes de empujar el papel hacia mí.

—El acuerdo de confidencialidad.

Ni siquiera lo miré.

—Te dije que no iba a firmarlo.

—Estoy dispuesta a firmar uno yo también.

—En ningún momento te lo he pedido. —Era un estúpido trozo de papel que no tendría muchas consecuencias legales. Los dos teníamos grandes arsenales y podríamos dar inicio a una guerra mundial si así lo queríamos, pero ¿adónde llegaríamos con eso?—. No voy a cambiar de opinión sobre esto. Vivo en un mundo de contratos. Algo como esto, algo tan bonito, está por encima de eso.

—Lo cogí y lo partí en pedazos antes de dejar el montón en la mesa—. Y sé que tú sientes lo mismo.

Me contempló con una expresión acalorada, irritada porque no podía hacer que yo cooperase con todo lo que quería. Tenía que hacer excepciones por mí constantemente y se cuestionaba su propia fuerza por permitir que sucediera. Fueran cuales fueran sus pensamientos, para mí eran un misterio, pero cuando cogió el papel y lo rasgó en pedazos, supe que se había rendido ante mí.

—Así es.

Estaba cansado de esperar. Cuanto antes empezáramos, antes la tendría. Quería ser suyo oficialmente, que ella fuera oficialmente mía.

—Me ocuparé de las pruebas mañana. En cuanto los resultados estén claros, empezamos. Se acabó esperar.

Me observó con la misma mirada hecha de acero.

—Se acabó esperar.

SALÍ hacia el restaurante diez minutos antes que ella para asegurarme de que nuestras llegadas no levantarán sospechas. Mi hermano me conocía bien, mejor que la mayoría de la gente, y detectaría algo si dejaba demasiadas pistas.

Me senté a su mesa y pedí una copa de vino.

Me saludó con un apretón de manos, tratándome como a un socio de negocios en lugar de como a un hermano cuando estábamos en público. La mayoría de las personas no sabían lo de Brett porque él era mayor que yo. La gente simplemente daba por hecho que sólo tenía un hermano pequeño, Jax.

—¿Te emborrachaste anoche?

—No. —Bebía a todas horas, pero no perdía el control. No me gustaba perder la cabeza y no poder recordar lo que había pasado la noche anterior. Los hombres ebrios siempre se comportaban como idiotas y claramente yo no quería ser un idiota.

—¿Te fuiste a casa con la rubia esa?

—No.

—Qué lástima.

Ni siquiera recordaba el nombre de aquella mujer. Era modelo, pero no era nada en comparación con Tatum Titan. No había acaparado mi interés durante más de dos segundos.

Brett miró su reloj.

—Titan siempre es puntual. Me sorprende que no esté ya aquí.

Porque se había visto obligada a llegar tarde por mí.

—Llegará cuando tenga pensado. Es tan importante que sabe que la gente esperará.

—Eso es quedarse corto —dijo con una carcajada—. Estaba guapísima con el vestido que llevaba anoche.

—Sí. —Pero estaba aún más guapa cuando el vestido quedó abandonado en el suelo.

—No se ven mujeres como ella muy a menudo. No tienen ese tipo de éxito y, aunque lo tengan, normalmente la gente que las critica acaba con ellas. Hace falta ser una mujer con carácter para llegar adonde está ella.

Elogiaba mucho a Titan, tanto que estaba empezando a sospechar.

—Si no estuviera con Thorn, lo intentaría.

No debería sentir celos porque no iba a intentar nada, pero saber que mi hermano, tan atractivo como yo, quería tirarse a mi mujer me hacía sentir incómodo. Quería reclamarla como mía y decirle que nunca volviera a mirarla de ese modo, pero no podía.

Porque le había prometido a Titan que no lo haría.

Cogí el vaso con las puntas de los dedos, usándolo para desahogar mi enfado. Darle un puñetazo en la cara habría sido mejor, pero aquello dejaría muy claro cuáles eran mis sentimientos por ella. Así que di un trago a la copa y usé el alcohol para calmar mis nervios.

—Ahí está.

Ya no llevaba los pantalones vaqueros. Lucía un vestido de noche azul intenso y unos zapatos de tacón con correas. Si alguien me hubiera dicho que había llevado puesta ropa informal treinta minutos antes, no lo habría creído a menos que lo hubiera visto con mis propios ojos. Llevaba un bolso plateado en la mano cuando llegó a la mesa.

—Buenas noches, caballeros. —Primero estreché la mano a Brett—. Me alegro de verte de nuevo.

—Siempre es un placer —dijo Brett, esbozando una sonrisa afectuosa.

Después se giró hacia mí con un leve cambio en la mirada. Me tomó la mano y me la estrechó, tratándome exactamente igual que a Brett, pero sin duda dirigiéndome una mirada distinta, mucho más intensa. El mero roce de nuestras manos nos afectaba de un modo íntimo. Pensé en cómo se había unido los pechos y los había movido de arriba abajo sobre mi erección. Era una imagen que nunca lograría sacarme de la cabeza.

Nos sentamos y estuve a punto de pedir un Old Fashioned para ella, pero pensé que resultaría demasiado descarado.

Hablamos sobre el anuncio y escuchamos la idea de Brett. Él y yo intercambiamos opiniones y Titan estuvo de acuerdo con todo. Usaríamos dos coches, uno negro y uno gris. Eran los colores más buscados del mercado.

—¿Qué os parece la semana que viene? —preguntó Brett—. Puedo organizarlo todo. Gastos pagados, por supuesto.

—A mí me vendría bien —dije—. Me ocuparé de algunas cosas en la oficina

y trabajaré a distancia.

—Para mí tampoco debería suponer un problema —dijo Titan—. Tengo una reunión el miércoles, pero creo que podré cambiarla.

—Genial —dijo Brett—. Si podéis confirmármelo los dos para mañana por la tarde, lo organizo todo. Puedo reservar los billetes de avión y el alojamiento.

—A mí me gustaría llevar mi propio avión, si os parece bien —dijo Titan—. Estáis más que invitados a venir conmigo.

Era excitante que una mujer tuviera su propio avión privado. Yo también tenía uno, pero no todas las personas ricas podían permitirse tales lujos.

—Yo acepto tu oferta.

—Yo también —dijo Brett.

Oculté mi enfado cuando supe que mi hermano también vendría. Pasar todo el camino hasta Italia follando me parecía un trayecto en avión fantástico.

—Me ocuparé de reservar los hoteles —dijo Brett—. Si tenéis alguna preferencia sobre cualquier cosa, que me avisen vuestros ayudantes y lo organizaré todo.

—Perfecto. —Me obligué a no mirar a Titan con la intensidad con la que acostumbraba a hacerlo. Mi expresión era tan fácil de leer como un libro abierto. Todo el mundo de la sala sabría que quería follármela, si no lo estaba haciendo ya.

—Me parece bien. —Titan sacó un billete de cien dólares por su parte de la comida—. Tengo que marcharme ya, he quedado para tomar un café.

¿Lo decía de verdad? En ese caso, ¿con quién había quedado? Más valía que no se estuviera tirando a Connor Suede. Odiaba a ese capullo.

—Que tengas buena noche, Titan.

—Tú también, Hunt. —No me miró al hablar, comportándose con más frialdad de lo normal para compensar nuestra evidente atracción—. Buenas noches, Brett.

—Buenas noches, Titan. —Le estreché la mano antes de que se marchara.

Nos dio la espalda y salió del restaurante contoneando las caderas.

Los ojos de Brett se posaron en su trasero mientras daba un trago de vino.

Se suponía que tenía que morderme la lengua, que no tenía que importarme en absoluto. Una mujer guapa e inteligente como Titan iba a tener pretendientes allá donde fuera. No era mi novia, así que no tenía derecho a arrancarle los ojos a todo el mundo.

Pero no pude evitarlo.

—Vuelve a mirarle el culo y te estrangulo.

Brett volvió los ojos hacia mí y bajo lentamente la copa de vino. Frunció las cejas confundido, porque no sabía si estaba bromeando.

Aunque estaba jodidamente claro que no estaba bromeando.

—¿Perdona? —preguntó, completamente perplejo.

—Ya me has oído, idiota. —No parpadeé ni una sola vez, indicándole que no quería meterse en aquella pelea.

Se removió en la silla mientras me miraba y su semblante se endureció, al igual que el mío. Mi hermano mayor era igual de testarudo que yo, si no más. Si alguien lo desafiaba a pelear, no se echaba atrás.

—¿Sientes algo por ella?

¿Cómo íbamos a manejar aquello Titan y yo? Ni siquiera habíamos empezado y ya me costaba horrores.

—No. Pero no le faltes al respeto en mi presencia.

—¿Faltarle al respeto? —preguntó con incredulidad—. No he hecho más que alabarla a la cara y a las espaldas.

—Entonces deja de mirarle el culo.

—No lo estaba haciendo.

—No me mientas. No se te da bien.

Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Si le hubiera mirado el culo, te lo diría. Te lo diría sobre todo para encabronarte. Pero estaba mirando a la rubia de la otra mesa, la de las tetas enormes.

Miré discretamente por encima del hombro y vi perfectamente a la mujer de la que hablaba. Estaba justo en la dirección en la que había mirado Brett, así que su versión tenía sentido. Lo volví a mirar, pero me negaba a admitir que me había equivocado.

Yo nunca admitía que me equivocaba.

Brett dio unos golpecitos en la mesa con los dedos.

—Diesel.

Yo no me inmuté.

—Voy a preguntártelo otra vez. ¿Sientes algo por Tatum Titan?

No quería mentir a mi hermano. No le mentía nunca y no sólo porque fuera de mi familia. Era uno de los hombres a los que más respetaba del mundo porque siempre conservaba una actitud positiva a pesar de que lo habían tratado como a una mierda durante toda su vida.

—No. —Me dolía en lo más profundo del alma mirarlo a los ojos y mentir. Yo me enorgullecía de mi sinceridad. Era la clase de hombre que decía las cosas que uno no quiere oír. Era sincero en exceso.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—La respeto, nada más.

—Es digna de respeto —dijo— e inalcanzable. Dudo que ninguno de los dos

pudiera conseguirla si lo intentáramos.

«No sonrías. No muestres una puta sonrisa».

—No sé qué tiene de especial Thorn. Es guapo y rico, pero nosotros también lo somos.

—Yo tampoco lo entiendo.

Sus ojos volvieron a dirigirse hacia la rubia que había detrás de mí.

—Lleva toda la noche poniéndome ojitos. Voy a lanzarme.

—¿Qué hay de la mujer con la que estabas anoche?

—¿Tanya? —preguntó—. Ya se ha marchado a Milán. —Cogió la copa y se terminó el vino. Dejó otro billete de cien dólares en la mesa—. Siempre he odiado las camas vacías. No están hechas para una sola persona. —Se disculpó, se fue a su mesa y se sentó en la silla que había a su lado. Estaba con una amiga, así que tal vez acabara la noche con las dos.

Pagué el resto de la cuenta y me pasé la mano por la cara. Acababa de tener un arrebato ridículo con mi hermano porque había dicho algo que debería haberme callado. Titan no era estúpida. Sabía que todos los hombres le miraban el culo en cuanto se daba la vuelta. ¿Le importaría? Probablemente no podría darle más igual.

Entonces, ¿por qué me importaba a mí?

RECIBÍ LOS RESULTADOS.

Estaba limpio.

Ya sabía que lo estaba antes de entrar en la consulta del médico. Me había hecho las pruebas seis meses antes sólo para estar seguro. Siempre usaba condón cuando me acostaba con una chica, no sólo por motivos de salud, sino porque nunca se sabía quién era una chiflada. A muchas mujeres les gustaría que las dejase embarazadas para atarme con un bebé de por medio.

Pero eso no sería un problema con Titan.

Le pedí una copia de más al médico en un sobre cerrado para que ella supiera que no había alterado los resultados. Tendría que ser una paranoica sin remedio para que la idea se le pasara por la cabeza, pero se trataba de Tatum Titan.

Necesitaba tenerlo todo bajo control.

Le envié un mensaje después de salir del gimnasio y darme una ducha.

«Ya tengo los resultados».

Otra cosa que me gustaba de Titan eran las conversaciones. Para ser mujer, no hablaba mucho. Decía exactamente lo que tenía que decir y se guardaba las cavilaciones para sí.

Era más sencillo de ese modo.

Me respondió al instante.

«Yo también».

Estaba cansado de esperar a que se decidiera. Cambiaba de opinión constantemente, sintiéndose cómoda con el acuerdo antes de que volviera a aterrorizarla. Los dos sabíamos que iba a decir que sí, así que sólo tenía que cerrar la boca y hacerlo.

«Pues voy para allá. Cuando llegue, espero que la única palabra que oiga de tu boca sea un sí».

Sin esperar su respuesta, me metí en el asiento trasero del coche y el chófer me llevó hacia allí. Si yo estaba dispuesto a aceptar su parte del trato, a ella no debería costarle aceptar la mía. Éramos dos de las personas más poderosas del mundo. Nos estábamos comprometiendo el uno por el otro.

Cuando llegué al ascensor, pulsé el botón.

Ella me permitió entrar de inmediato, dejando que subiera hasta la última planta del edificio, donde se encontraba su ático. En el ascensor sonaba música, y la maquinaria se fue deteniendo lentamente al acercarse al piso más alto.

El corazón no me latía ni rápido ni despacio.

Sencillamente no latía.

Las puertas se abrieron gradualmente, dejándola a la vista a ella, que estaba de pie con un sobre blanco en la mano.

Salí y le tendí mi sobre justo cuando las puertas se cerraron detrás de mí.

Nos intercambiamos los sobres y los abrimos.

Sus resultados estaban limpios, aunque yo ya sabía que sería así.

Debió de quedar satisfecha con los míos, porque los volvió a guardar en el sobre y lo tiró al sofá.

Mis ojos se posaron en los suyos, pidiéndole en silencio la respuesta que deseaba oír.

—Hazme tuyo y sé mía.

Nos separaba un metro y medio, y ella estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho. Pasó los ojos entre los míos con una mirada inestable pero severa al mismo tiempo. Por fin dejó caer los brazos a los costados y caminó hacia mí, cubriendo la distancia y sustituyéndola con una proximidad acalorada.

—Sí.

Por fin.

Tenía la respuesta que deseaba.

Tatum Titan, la mujer más poderosa del mundo, era oficialmente mía.

Y yo era suyo a su vez.

Le hundí las manos en el pelo y la besé con una pasión impactante. Sabía que la deseaba, ya estaba empalmado en el ascensor antes incluso de que las puertas se abrieran, pero la desesperación que emanaba mi piel seguía sorprendiéndome.

Mis dedos palparon los suaves mechones de su cabello y le acuné la cabeza con las manos. Pasé la boca por la suya, me separé y volví a unirme a ella, esta vez introduciéndole la lengua.

Ella me puso las manos en las muñecas y se aferró a ellas con fuerza, dejándolas inmóviles con su firme agarre.

La besaba de un modo diferente a antes, sabiendo que aquella sesión no se parecería en nada a todas las demás. Ahora yo era el único hombre en su vida, el único para el que se abría de piernas. Mi nombre sería el único que pronunciaran sus labios, estallando con un grito cuando hiciera que se corriera.

Sus besos suaves se convirtieron en abrazos apasionados. Me devoraba con brusquedad, golpeando sus pequeños dientes con los míos al volverse más agresiva. Sus manos se movían por mi cuerpo, agarrándome la camiseta y tirando del algodón. Siguió tirando hasta que me subió la camiseta por los hombros y me la quitó por la cabeza. A continuación, pasó a los pantalones y desabrochó el cinturón y el botón. Cuando me bajó los vaqueros y los bóxers, se puso de rodillas, dejándose caer al suelo junto con mi ropa.

Después se metió mi erección en la boca.

La hostia.

Me sujetó la base con las esbeltas puntas de sus dedos y se introdujo mi sexo hasta la garganta, tomando cada centímetro de mí como si no le supusiera ningún esfuerzo.

Y, a juzgar por el modo en que otras sentían arcadas y lloraban, sin duda alguna suponía un esfuerzo.

Pasó la lengua desde la base hasta la punta, tratándome como si fuera una delicia succulenta que hubiera comprado en la heladería. Fijó su mirada en la mía mientras le hacía el amor a mi miembro, besándolo y concediéndole los mismos besos que acababa de regalarle a mi boca.

Llevé la mano a su pelo aunque no me hacía falta guiarla. Sólo necesitaba algo a lo que agarrarme, algo que me ayudase a mantener el equilibrio. Aquel momento era real y yo era el capullo con más suerte del puto planeta.

Tatum Titan me la estaba chupando.

Y ella también estaba disfrutando.

Ninguna mujer me había hecho una felación como lo hacía ella. Era una experta, una cortesana profesional sin experiencia. Como si fuera un hombre que supiera exactamente qué daba placer, me la chupaba justo como a mí me gustaba. Sabía qué hacer con la mano, con la lengua y con la boca.

Me dio un último beso en el glande antes de ponerse de pie.

—A la habitación. Ahora. —Se dio la vuelta y se alejó pavoneándose; la falda de tubo le hacía un culo increíble. Se balanceaba de lado a lado de un

modo increíblemente erótico.

En lugar de sentirme molesto por la orden, sentí una punzada de excitación. Aquella poderosa mujer quería usarme, decirme exactamente cómo complacerla. Era tan consciente de su propia sexualidad que no temía decirme exactamente lo que quería.

A diferencia de la mayoría de las mujeres.

—Sí.

Se dio la vuelta con una mirada feroz.

—Sí, jefa.

Intenté no sonreír por aquel apodo, que me parecía el término ideal para aquella mujer.

Se puso las manos en las caderas, todavía mirándome de aquel modo iracundo suyo.

—A partir de ahora te dirigirás a mí de ese modo.

Sonaba de maravilla.

—Sí, jefa.

Se le relajó el cuerpo cuando obedecí y entró en la habitación que había sido creada según sus gustos específicos. La cama siempre estaba hecha con una docena de cojines decorativos. Había un jarrón de flores frescas en la mesilla. En toda la casa y en los cuartos de baño siempre había flores frescas repartidas aquí y allá.

Era evidentemente uno de sus detalles.

Se bajó la cremallera de la falda y se desvistió, despojándose de todo hasta que quedó desnuda, igual que yo.

Aquella noche me parecería bien cualquier postura. Lo hiciéramos como lo hiciéramos, sería una sensación increíble. Mi sexo palpitante estaba desesperado por entrar en ella desnudo. Aquella entrepierna prieta y húmeda no sería más que piel erótica. Podría derramar toda mi semilla en ella, llenándola hasta desbordarla.

Joder, a aquel ritmo no iba a durar mucho.

Se puso en la cama con la espalda sobre el edredón.

Yo trepé sobre ella de inmediato, porque no quería desperdiciar ni un segundo más de lo necesario. Me alegraba que estuviéramos cara a cara porque quería ver cómo se corría al sentir mi miembro desnudo.

Enganchó las piernas en mi cintura y colocó los brazos alrededor de mi cuello.

—Todavía no.

Gruñí contra su boca.

Me besó como lo había hecho en el salón, con fuerza y brusquedad. Me

masajeó los músculos con los dedos, sus uñas provocándome con su filo. Cuando me atrajo hacia su cuerpo, frotó su sexo empapado contra mi erección.

Jodidamente erótico.

Entrelazó los tobillos y continuó moviéndose, sacudiendo las caderas de una forma extremadamente sensual. Apartó los labios de mi boca y los pegó a mi oreja, todavía pasando el clítoris por mi erección.

—Cuando yo te lo diga, quiero que me folles con fuerza, Hunt. Quiero que lo hagas más profundo y rápido de lo que se lo has hecho nunca a nadie.

Le besé el cuello, arrastrando la lengua por su pulso.

—Sí, jefa.

Le hundí la mano en el pelo y la sujeté con firmeza, manteniéndola perfectamente colocada debajo de mí. Iba a poner su mundo patas arriba con tanta fuerza que se dejaría la voz gritando. Iba a acabar tan dolorida que no podría caminar al día siguiente.

Siguieron los besos y las caricias, y ella me hacía esperar.

Seguía haciéndome esperar.

Tenía el miembro duro, empapado ya en su lubricación. Cada parte de nuestros cuerpos emitía sonidos húmedos, nuestra excitación era tan rotunda como el sonido de un tambor. No podía dejar de imaginarme cómo sería sentirla, cómo sería aquel sexo resbaladizo cuando estuviera enterrado en ella. Era increíble con condón, así que no podía imaginar la sensación de que no hubiera nada entre nosotros.

Nada.

—Mujer, déjame follarte. —Hablé junto a su boca; el cuerpo me temblaba por lo excitado que estaba. Apenas lograba respirar por lo débil que tenía el cuerpo. Me estaba derritiendo encima de ella, mi mente se hundía en una laguna de puro sexo.

Tiró de mi labio inferior y se lo metió en la boca.

—¿Quieres follarme, Hunt?

Le pasé la erección entre los pliegues.

—Más que nada.

—¿Quieres darme tu corrida?

Lo único que podía hacer era gemir. No me era posible articular palabras coherentes.

—Dime que quieres correrte dentro de mí.

Respiré entre dientes y se me puso rígida la columna.

—Quiero correrme dentro de ti... hasta que ya no puedas aguantar más.

Me pasó las uñas por la espalda antes de separar más las piernas, abriéndose a mí.

—Pues dámelo todo.

Joder, ¡jaleluya!

Me sujeté la base y apunté el glande hacia su entrada, sintiendo la humedad que rezumaba por mí. La atravesé, sintiendo que su tenso canal me rodeaba. Tenía la mirada clavada en la suya, observando cómo se le abrían los ojos y cómo se le sonrojaban las mejillas cuando entré en ella. Me introduje un centímetro más, sintiendo más su humedad y su estrechez.

Joder. Joder. Joder.

Me enterré en ella por completo, penetrándola hasta que sólo los testículos quedaron fuera de su cuerpo. Ya había estado antes allí al fondo, pero ahora me parecía una experiencia totalmente diferente.

Aquel sexo era mío.

Se le aceleró la respiración y me agarró los bíceps mientras se aferraba a mí. Su pecho sonrojado subía y bajaba al compás de sus respiraciones profundas, y a través de los dientes, ligeramente separados, alcanzaba a ver aquella pequeña lengua.

Estaba completamente hundido en ella y no quería marcharme nunca.

—Titan...

Me dio un bofetón en la cara, un golpe suave.

—Jefa.

Me encantó el cosquilleo que sentí cuando la pequeña palma de su mano se estrelló contra mi piel. Me encantaron el impacto inicial, la quemazón y el ardor. Nunca me había abofeteado una mujer y acababa de darme cuenta de que era increíblemente excitante. O tal vez era excitante simplemente porque Titan podía hacerlo.

—Jefa...

—Ahora, fóllame. —Me agarró las caderas y me introdujo en ella.

Metí los brazos por detrás de sus rodillas y embestí, aplicando fuerza en cada empujón.

Ella gimió al instante, soltando unos gritos femeninos cada vez que mi erección entraba hasta el fondo de su cuerpo.

—Más hondo...

Le doblé el cuerpo hasta inmovilizarla contra la cama. La penetré con el ángulo más profundo que pude, obligando a mis veintitrés centímetros a llegar lo más hondo posible. Me desconcertaba que una mujer tan diminuta pudiera soportarlo, pero estaba claro que sabía cómo le gustaba que la follaran.

—Sí... —Me clavó las uñas en el pecho y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Empecé a sudar con los envites, sintiendo la humedad resbaladiza entre nuestros cuerpos. Mi sexo podía sentir cada íntimo detalle de su canal,

sensaciones a las que no había estado expuesto con el preservativo cubriendo mi erección. Pero ahora podía sentirlo todo, tocarlo todo. Follar era incluso mejor de lo que yo había creído.

Era el putito paraíso.

Gemí por lo bajo, mi cuerpo se dejó llevar por el éxtasis, al igual que había hecho mi mente. Cada embestida era exquisita. Ella estaba cada vez más húmeda y más tensa. Mi sexo estaba cubierto de su lubricación, que se acumulaba en la base de mi erección y bajo el pliegue del glande.

—Más rápido... —Tiró de mi cintura, dirigiéndome hacia ella.

Todos los músculos de mi cuerpo se esforzaron juntos por darle lo que ella deseaba, por follarla a tal velocidad que acabaría rompiendo la cama. Estaba penetrándola con profundidad y rapidez, y no tardé en comenzar a jadear por el agotamiento.

No había follado con tanta intensidad en toda mi vida.

—Dios... Sí. —Cerró los ojos mientras su espléndida boca se abría. Tenía los pezones duros y los pechos firmes—. Vas a hacer que me corra, Hunt.

Por supuesto que sí.

—Pero tú no te vas a correr hasta que yo lo diga.

Joder, ¿por qué tenía que provocarme? Lo odiaba a muerte, pero también me encantaba. La espera era siempre una tortura, pero la explosión siempre era intensa.

Me clavó las uñas y respiró más hondo, más fuerte.

Se tensó sobre mi erección. Ya me había acostumbrado a la sensación, pero ahora era más fuerte que antes. Su cuerpo contaba con la fuerza de una mordaza. Me agarraba con más energía de la que empleaba mi propia mano cuando me masturbaba.

Entonces dejó escapar un grito que me habría llevado al orgasmo si yo mismo me lo hubiera permitido.

—Hunt... Hunt... Sí.

Me moría de ganas de correrme. Escuchar a una mujer como Titan gritar mi nombre en la cama era lo más erótico que había oído nunca.

Seguí adelante, frotando mi cuerpo contra su clítoris para prolongar su clímax. Mi piel estaba cubierta de sudor y a ella le resbalaban las manos cuando intentaba aferrarse a mí. Mi mente y mi erección seguían pensando en descargarse en su interior. Quería ver aquel semen blanco gotear entre sus nalgas hasta la cama que había bajo su cuerpo.

Quería admirar mi obra de arte.

Pero ella no me lo permitía.

Me hizo continuar, hizo que siguiera follándola y provocándole orgasmos.

Una y otra vez, la llevaba al paraíso y le hacía probar las estrellas. Una y otra vez tenía que contemplar cómo disfrutaba sin poder unirme a ella.

No podía contenerme mucho más. No podía hacerlo.

Era fuerte, pero no era invencible.

Cuando alcanzó el tercer orgasmo, me sostuvo la cara entre las manos y me besó.

—Te lo has ganado, Hunt. Dámelo.

Sí, por fin.

Embestí con fuerza y tardé sólo cinco segundos en llegar al límite. Introduje toda mi erección en ella, golpeándole el cérvix, y me corrí.

Me corrí con intensidad.

Y expulsé una gran cantidad de semen.

—Joder... —Pegué la frente a la suya mientras terminaba, con aquella hermosa mujer completamente abierta para recibirme. El orgasmo pareció extenderse una eternidad, prolongándose más y más. No sabía cuánto había eyaculado, pero sabía que era una cantidad enorme—. Joder.

Entrelazó los tobillos alrededor de mi cintura y me mantuvo dentro de ella.

—Pesa... y está caliente.

Me mecí suavemente mientras empezaba a ablandarme, sintiendo que mis fluidos y los suyos se entremezclaban.

Me besó la comisura de la boca y me pasó las manos por el pelo, empapándose los dedos con mi sudor.

—Quiero más. —Volvió a besarme la comisura de la boca, siendo delicada después de haber sido tan agresiva conmigo.

—Te daré más.

UNA HORA MÁS TARDE, estábamos tumbados juntos en su cama, desnudos y agotados.

Mi visión del mundo había cambiado por completo. Había mantenido muchas relaciones sexuales increíbles en mi vida, había estado con muchas mujeres guapas, pero, joder, hasta ese momento no sabía nada. Ahora había estado con una mujer de verdad, con alguien que no temía ser sensual y aventurera.

Y su entrepierna... Virgen santa.

Trepó sobre mí y me fue depositando besos sobre el pecho.

—Me lo he pasado muy bien esta noche.

—Yo también. —Subí la mano por su espalda suave y la dejé posada en su nuca.

—Eres el amante perfecto. —Me besó la piel sobre el corazón antes de salir

de la cama y ponerse una camiseta por la cabeza.

—No soy nada en comparación contigo.

Sonrió antes de coger unas bragas limpias de su cajonera.

—No sé yo... —Eché un vistazo al reloj antes de girarse hacia mí—. Deberías marcharte ya. Se está haciendo tarde.

Nunca me había quedado a dormir en su casa y sospechaba que ella no quería que lo hiciera.

—¿Por qué no me quedo aquí contigo?

Su mirada se endureció.

—Porque no quiero que te quedes.

Ostras. Eso era soltarme la verdad a la cara. Aparté las sábanas con los pies y empecé a vestirme.

—¿Nunca?

—Nunca. —Salió del dormitorio y caminó hacia la entrada del ático.

Después de ponerme la camiseta, la seguí.

—¿Hay algún motivo?

Ignoró la pregunta por completo y se detuvo frente al ascensor.

—Buenas noches.

No me gustaba acurrucarme con las mujeres. Yo siempre había sido la clase de hombre que necesitaba toda la cama para sí. Cada vez que una mujer se quedaba, acaparaba las sábanas y luego pasaba el día siguiente remoloneando en mi casa. Y no podía comportarme como un capullo y decirle que se fuera.

Pero ahora los papeles se habían invertido.

Era ella la que no quería que me quedase. Sólo quería follar y que me marchase.

A mí me parecía perfecto.

—Buenas noches. —Me incliné y la besé en los labios.

Me envolvió en sus brazos y me besó con más pasión, rozándome con la lengua.

Para acabar de pedirme que me marchara, no parecía querer que me fuese a ningún sitio.

Finalmente interrumpió el beso y retrocedió.

—Adiós, Hunt.

Las puertas del ascensor se abrieron, invitándome a pasar.

Me la quedé mirando varios segundos, confundido por aquella mujer. Era la amante más apasionada que había tenido nunca, pero era capaz de apagar aquella lujuria al instante. Podía pedirme que me largase sin sentir ni el más mínimo asomo de culpa.

Entré y me di la vuelta. Contemplé su cabello castaño oscuro, sus ojos verdes

y su precioso rostro. Era una dictadora implacable, pero tenía un toque sumamente femenino. Era tan delicada, tan sencilla a la vista... Era tan hermosa que a veces dolía mirarla. Pero aquellos increíbles rasgos y aquella piel suave no mostraban lo que había realmente bajo la superficie.

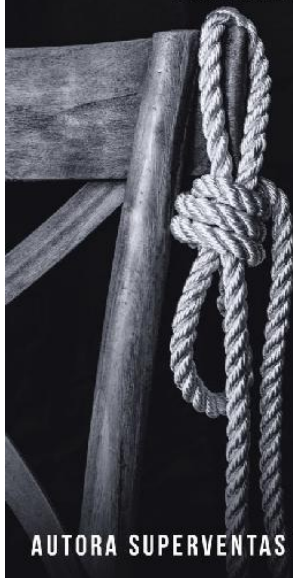
—Adiós, jefa.

OTRAS OBRAS DE VICTORIA QUINN

SERIE LOS JEFES: LIBRO DOS

EL JEFE

VICTORIA QUINN



*Ahora
yo estoy
al mando*

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

MENSAJE DE HARTWICK PUBLISHING

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing

Table of Contents

[Portadilla](#)

[1. Tatum](#)

[2. Diesel](#)

[3. Tatum](#)

[4. Diesel](#)

[5. Tatum](#)

[6. Hunt](#)

[7. Tatum](#)

[8. Hunt](#)

[9. Tatum](#)

[10. Hunt](#)

[11. Tatum](#)

[12. Hunt](#)

[13. Tatum](#)

[14. Hunt](#)

[15. Tatum](#)

[16. Hunt](#)

[Otras Obras de Victoria Quinn](#)

[Mensaje de Hartwick Publishing](#)